

EL
ALBERTO

3

2
19163



2
19163

Inv. 88-5-13.

ALBERTO,

6

EL DESIERTO DE STRATHNAVERN.

TOMO III.

ALBERTO
Se hallará en la librería de Ranz,
calle de la Cruz, y en la de Castillo,
frente á S. Felipe el Real.

ALBERTO,

ó

EL DESIERTO DE STRATHNAVERN

DE MISTRIS HELME:

HISTORIA INGLESA TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. E. A. P.



TOMO III.

MADRID

En la imprenta de la calle de la Greda.

1807.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE

TERCER TOMO.

C APÍTULO I. <i>Conversacion. Casamiento. Progresos de un amante.....</i>	PÁG.	1
C AP. II. <i>Fiesta. Nuevos pretendientes. Recuerdo de una antigua injuria.....</i>		16
C AP. III. <i>Proposicion de casamiento. Secretos del corazon descubiertos.....</i>		35
C AP. IV. <i>Amante inquieto, agradablemente sorprendido. Viaje inútil á Londres.....</i>		50
C AP. V. <i>Declaracion. Sobresaltos del amor. Pérdida difícil de soportar.....</i>		62
C AP. VI. <i>Prueba delicada. Qual fue su efecto.....</i>		72
C AP. VII. <i>Declaracion. Sorpresa. Prenda de reconciliacion.....</i>		84
C AP. VIII. <i>Reconciliacion. Avisos de la amistad.....</i>		105
C AP. IX. <i>Cartas. Perseverancia en tenerse oculto.....</i>		117



CAP. X. Otro capítulo de amor todavía.....	126
CAP. XI. Deudas generosamente pagadas. Disputa muy extraordinaria entre tío y sobrino....	138
CAP. XII. Betsey Southern vuelve á parecer en la escena.....	150
CAP. XIII. Viage al norte.....	159
CAP. XIV. Viage á Londres. Disposiciones.....	186
CAP. XV. Reunion.....	192
CAP. XVI. Generosidad. Amante importuno.....	211
CAP. XVII. Amante acusado de locura. Presente doblemente precioso.....	229
CAP. XVIII. Incomodidades de la vida de los solteros.....	238
CAP. XIX. La accion mas seria de la vida.....	243
CAP. XX. Fin de una vida libertina. Felicidad, que es el fruto de la virtud.....	254

ALBERTO,

6

EL DESIERTO DE STRATHNAVERN.

CAPÍTULO PRIMERO.

Conversacion. Casamiento. Progresos de un amante.

La carta de Federico produjo el mayor placer. Unicamente sintieron que persistiese en tener oculto el lugar de su retiro: misterio tanto mas desagradable, quanto no habia medio de penetrarlo.

Alberto habia llegado á ser su mas verdadero amigo, convencido de la perseverancia de sus honrados pensamientos por Mariana, los quales no le inquietaban ya, y de esto Gertrudis le estaba agradeci-

da ; y asi no dexó de significárselo en la primera ocasion. Yo os doy gracias , le dixo con la mas tierna expresion : la dicha de mi hermano depende , bien segura estoy , de su entera reconciliacion con vos. Y despues que he visto vuestras generosas seguridades , me lisonjeo de que algun dia os abrazareis , sin acordaros mas de lo pasado. Mucho tiempo ha que yo no pienso en ello , respondió Alberto : la impresion que he conservado nada tiene que pueda ofender á Mr. San Austyn. Sus faltas no le son propias : yo las habria tenido probablemente menos disculpables si mi educacion no hubiera sido mas cuidadosa que la suya. Las medidas y disposiciones que ha tomado , y su retiro voluntario anuncian un carácter capaz de mayores esfuerzos. Impaciente estoy ya por ver llegar el momento en que nos juremos una

amistad , cuyo término sea la muerte. Acepto el vaticinio , dixo Gertrudis con emocion , presentando su mano á Alberto. Lo que acabais de decir es de vuestra parte un empeño sobre el qual cuento. Me acuerdo me hicisteis una promesa semejante el dia que me hirieron ; pero aquella promesa pudo arrancárosela mi situacion : esta que es libre , me es doblemente agradable.

Alberto cogió transportado la mano de Gertrudis , y se la besó mil veces. Ah ! exclamó , podeis pensar que la promesa que os hice entónces me hubiese sido arrancada , quando mi mas apasionado deseo no tiene otro objeto que vuestra felicidad !

Esta exclamacion escapada á la sensibilidad de Alberto , y su extremada emocion confirmaron las sospechas que habia concebido Mariana , y dieron alguna consisten-

cia á las ideas de que Gertrudis misma no habia podido defenderse; y retiró su mano trémula de la de Alberto, poniendose mas colorada que la grana. Mariana, viendo al uno y otro cortados y mudos, tomó la palabra, y dixo: en verdad que es esta una composicion maravillosa, y un tratado precioso de paz, concluido sin la participacion del personage mas interesado en el asunto. Que Alberto se dexé ganar está muy bien; pero á mí no se me seduce tan fácilmente. Que llegue vuestro ermitaño, y arreglad con él quanto querais, y no habreis hecho nada, si no teneis mi parecer. Amada amiga, dixo Gertrudis, si ya no hubierais casi perdonado, tratariais el asunto con mas seriedad. Yo perdonar! exclamó Mariana. No, sobre mi palabra. ¿Por que he de conceder yo lo que no me piden? Hubo un tiempo en que

vuestro hermano hubiera podido hacerse notable si hubiese querido; pero hoy yo soy invulnerable. Bella cosa sería verme ir á sitiá á ese nuevo eremita en su celda, y solicitar el honor de plantarme enfrente de él al lado del fuego quasi como los Santones de la China á cada lado de la chimenea. Mi hermano ha trastornado su fortuna, dixo Gertrudis; pero Madama Stanhope está en disposicion de remediar esta desgracia. Por mí, que estoy persuadida de que mi madre no me habria dexado jamas sus bienes, si bubiera podido preveer la situacion en que se hallaria su hijo; determinó no reservarme sino la mitad, y dar el resto á Federico. Ya he consultado esto con mi tia, la qual lo aprueba, y estoy impaciente por verlo executado.

Un desinterés tan conforme á las inclinaciones de Alberto le dexó en-

cantado, y Gertrudis le pareció entónces mil veces mas bella que jamas. Oh! esto va siendo serio, dixo al punto Mariana; yo no creía haberos dado lugar á suponer que mi opinion acerca de Mr. San-Austyn estuviese subordinada á las variaciones de su fortuna. No, Gertrudis; vuestro hermano, entregado á sus primeros desórdenes, solo habria encontrado en mí oposiciones y desprecios, aunque hubiera puesto á mis pies una corona. Pero si es tal como yo le creo en el dia, quando nos veamos la primera vez no respondo de nada, sin que por eso influya su fortuna sobre mi determinacion. Vos dais, replicó Gertrudis, á lo que he dicho una interpretacion bien falsa, mi querida Mariana. Yo no he hablado sino de mí, y de los ningunos atractivos que hallaré en el goce de una inmensa riqueza, si Federico no disfruta

igual ventaja. Está muy bien, añadió Mariana riendose: por lo demas, mi desinterés no podria jamas probarse, á menos que yo no diese una vuelta á Europa para buscar al fugitivo, ó que enviase su filiacion á todos los gazeteros extrangeros con una quantiosa suma para quien lo descubriese y traxese.

Varias semanas pasaron sin ocurrir cosa notable. Las atenciones de Alberto con Gertrudis cada dia eran mas tiernas. Gertrudis correspondia á ellas, y las creía sinceras; pero no se declaraban recíprocamente.

Una mañana que el Coronel y su sobrino vinieron á visitar á las damas, repasando Gertrudis los papeles públicos que acababan de remitir de Londres, arrojó de repente un grito de sorpresa y satisfaccion. ¿Hija, la dixo Madama Stanhope, que teneis? Esta emocion ex-

traordinaria me sobresaltaría, si no viera en vuestro semblante ciertas señales de alegría. Dispensad un acceso de locura, respondió Gertrudis como avergonzada, porque no he sido dueña de un primer movimiento.

Madama Stanhope sin obligarla á decir la causa no pudo menos de persuadirse á que alguna cosa extraordinaria habia producido aquella sorpresa. Despues del desayuno, su sobrina y Mariana se retiraron á su quarto: entónces tomó los papeles, y encontró en ellos el párrafo siguiente:

“El veinte del mes pasado Carlos Berners, escudero, ha casado en la Hava con la viuda de Jorge Graham. Esta dama, aunque no está ya en la flor de su edad, reúne sin embargo quantas qualidades pueden desearse para la felicidad del matrimonio. La suponen dueña de

veinte mil libras esterlinas.”

Pobre víctima! exclamó Madama Stanhope: la compadezco sin conocerla; y ahora veo de lo que nació la sorpresa de Gertrudis. Berners está casado; es natural que ella no haya podido contener la alegría que debe haberla causado esta novedad, supuesto que la pone para siempre al abrigo de las persecuciones de ese miserable. Yo no creo, dixo el Coronel, que él vuelva mas á este Canton, aun sin la circunstancia de su casamiento: y puesto que Mis San-Austyn se halla contenta, yo tambien me alegro. Mi satisfaccion no es menor que la suya, dixo Madama Stanhope; y me permitireis os dexé un momento para ir á hablar con ella.

Mr. O'Bryen quedó solo con Alberto, y le miraba sin hablarle apoyado en su baston; y no viendole en disposicion de romper el silencio,

se puso á silvar una cancion irlandesa, sin que su sobrino le dixese una palabra ni aun quando la hubo acabado, y esta sangre fria le hizo perder la paciencia.

Y bien, señor, le dixo por último, ¿estais ya convencido de que Mis San-Austyn no tiene nada en el corazon que la impida recibir, con todo el respeto que os debe, el honor que vos quereis hacerla, quando acomode á vuestra grandeza arrojarla el pañuelo? En verdad, tío, le dixo Alberto, que yó no veo qué felicidad me resulte de este suceso. Que Mis San-Austyn desprecie á Berners no puede dudarse; pero qué es lo que esto prueba á favor mio? Oh! nada por cierto, le respondió el Coronel; bien desagradable cosa fuera que probase algo. Una señorita joven y bella no es apropósito para asociarse á un filósofo de vuestra especie.... Cuidado,

Montgomery; no jueges demasiado con la fortuna, porque te se irá de las manos quando quieras cogerla. Por lo demas, el negocio es tuyo, y yo me lavo las manos.

Despues de esta conversacion se retiró el Coronel, dexando á su sobrino en la sala, donde Mariana y Gertrudis entráron de allí á poco. El casamiento de Berners fue el objeto de la conversacion. Yo conozco, dixo Gertrudis, quan ridícula fue mi conducta esta mañana: mi alegría era demasiado grande para poderla contener. Ahora que me hallo fresca, temo haber creido ligeramente esta noticia, que tal vez será una especie sin fundamento. Que Berners sea lo que quiera, dixo Alberto, vos no debeis pensar en él porque no lo merece. Sin embargo, deseo que la noticia sea cierta, pues imagino que os es agradable. Parece, dixo Gertrudis, que este

suceso acaba de reconciliarme conmigo misma; no porque yo haya perdido la memoria de mi imprudencia, sino porque ahora me es menos penoso el acordarme de ella, pues creo respirar un ayre mas puro, y mis miradas se detienen con confianza en lo que me rodea. Para tener esta confianza, dixo Alberto, basta haceros la justicia que nadie os niega. Como! un cumplimento? exclamó Mariana, y á la manera de Alberto! Ved ahí un fruto enteramente nuevo. Gertrudis mia, yo os aconsejo que lo estimeis mucho. ¿Tendrá mi hermano la bondad de repetirlo? pero no, que merece ahorrarse este trabajo. Eso es acusarme sin razon, dixo Alberto; Mis San-Austyn es superior á vanos cumplimientos. Bueno, dixo Mariana, esto va cada vez mejor. Oh! yo voy á buscar á mi tio. El otro día me decia que jamas habia visto

un joven menos galan que su sobrino. Vamos, hermano, dadle una prueba de que os habeis corregido. Algunas bagatelas dirigidas en su presencia á Mis San-Austyn, harán un efecto maravilloso. ¿No convenis en que Gertrudis y yo somos dos bellas muchachas? No es fácil, respondió Alberto, hallarlas mas amables. ¿Por cierto, replicó Mariana, que nos haceis en eso mucha gracia! ¿Á que muger no se dice otro tanto? Jóvenes, ó viejas, feas, ó bonitas, todas reclaman el derecho de pasar por amables. El cumplimento es tan barato que á nadie se le niega. Confesad pues que somos lindas. Ah! dixo Alberto, bastante lo sois para excitar la admiracion de nuestro sexô, y el despecho del vuestro. Esa es, dixo Mariana, una de las frases de los solterones, que tienen siempre que satirizar á las mugeres, porque

quieren denigrar lo que no pueden obtener. Esa observacion, dixo Alberto, puede ser justa, pero hariais mal de generalizarla. Mi tio por exemplo.... Yo no conozco un hombre que admire con mas zelo á las damas. Yo me espanto, dixo Gertrudis, de que no haya jamas pensado en casarse. ¿Que muger no habria sido feliz con un hombre de su carácter, y dotado de un corazon tan bello? Vos le haceis justicia, dixo Alberto; yo os aseguro, Mis, que entre las mugeres vos sois una de aquellas que mi tio distingue mas. Mi hermano tiene razon, dixo Mariana; y algunas veces tengo de ello mis ciertos zelillos: mas digo, y es, que no me cogerá de susto el ver algun dia á mi querido tio arriesgar una declaracion en forma, y ofrecer á Gertrudis su corazon y su mano. Yo aceptaria ambas cosas, aunque no fuera sino para

enseñaros á respetar á vuestra tia. Consiento en ello de todo corazon, dixo Gertrudis: ¿pero que piensa Mr. Montgomery de esta proposicion? Digo, respondió, que sin duda deseo la felicidad de mi tio; pero que no sea á expensas de la mia.

La llegada de Madama Stanhope cortó esta conversacion. Acabo, dixo, de tener una larga conferencia con el Coronel tocante á Federico. Las gentes que este ha dexado en Yorkshire, ó bien su apoderado en Londres, deben saber el lugar de su retiro, y es de parecer que nos informemos de ellos, supuesto que no tenemos en el dia otro recurso para inquirir donde se halla. Madama, dixo Alberto, ¿quereis encargar esta comision á mi zelo? Os doy gracias, le respondió; pero mi intencion es esperar todavía algun tiempo. Si mi sobri-

no persiste en tener oculto su retiro, puede ser que yo misma me determine á hacer el viage de Londres.

CAPÍTULO II.

Fiesta. Nuevos pretendientes. Recuerdo de una antigua injuria.

No obstante que Madama Stanhope no gustaba de las diversiones ruidosas, amaba la buena sociedad. Muchas familias distinguidas residian en aquellas inmediaciones, y las juntaba frecuentemente en su casa, visitandolas tambien de tiempo en tiempo con Mariana y su sobrina. A distancia de unas cinco millas de su quinta vivia un tal Willowby, gentilhombre hacendado y muy rico. Su hijo, único varon que tenia, acababa de cumplir veinte y un

años, y su padre quiso celebrar esta época con una fiesta, á la qual convidó toda la nobleza de las inmediaciones, especialmente á Madama Stanhope, su sobrina, Mariana, el Coronel y Montgomery.

Hubo un bayle muy brillante, y el heroe de la funcion, el joven Willowby, lo rompió con Mis San-Austyn. Mariana bayló con otro joven en seguida varias contradanzas. En el intervalo de una contradanza á otra este joven la preguntó si se llamaba Montgomery. Montgomery es mi apellido, le respondió. Mucho deseo que jamas lo mudeis, la dixo. Eso será lo que suceda, segun las apariencias, replicó Mariana, algo sorprendida de un deseo de aquella especie. Este suceso sería para mí el mas feliz, instó el joven. Yo no sé, le dixo Mariana, que interes podeis tener en eso. ¿Me prometeis, la dixo en-

tónces , no cambiar vuestro apellido por otro? Eso es, le replicó, exígir demasiado; porque si se presentase uno que me pareciese mas sonoro que el mio , podria muy bien olvidar la promesa. Eso me aflige, dixo el joven. Yo apuesto algo á que por aumentar mi sentimiento me abandonais en la próxima contradanza. Sin duda lo haré, dixo Mariana ; pero no será sin embargo contrariar vuestras ideas , puesto que el objeto de mi eleccion se llama tambien Montgomery.

En efecto fue á buscar á Alberto , que algo mas ocupado de Gertrudis que no de su hermana , habria muy bien excusado el honor que queria hacerle de que baylase con ella. Sin embargo se resignó, pero con un ayre que le hizo decir al que dexaba: solo un hermano puede aceptar con tanta frialdad tan agradable convite.

Mariana, no perdiendo de vista á su primera pareja, le vió entablar conversacion con la dueña de la casa , y con un hombre de edad avanzada ; y las miradas de estos se dirigian alternativamente á ella, á su hermano y al Coronel.

Inmediatamente que se acabó la contradanza Mistris Willowby se acercó á Mariana y á Alberto con el jóven caballero. Permitid, les dixo, Mistris , que os presente una persona que os pertenece de cerca, Eduardo Montgomery, el hijo de Sir James Montgomery.

La sorpresa de Alberto y de su hermana fue terrible. El primero, aunque demasiado generoso para no acusar al hijo de los agravios de su padre, no pudiendo no obstante separarlos de pronto de su memoria , le saludó con una frialdad que no le era natural.

Primo , le dixo Eduardo, yo sé

que vuestros padres han tenido de que quejarse de los míos; pero no habiendo yo tenido parte en sus desavenencias, creo de vuestra equidad no me aborrecereis. La frialdad de Alberto no pudo sostenerse contra esta confesion. Los tres se retiraron á un rincon de la sala, á donde no tardó en ir Gertrudis, no queriendo baylar mas.

El bayle y el encuentro á que este dió lugar, ofrecieron al siguiente día materia á varias observaciones tanto en Blackwood, como en casa de Madama Stanhope. El Coronel, aunque conviniendo en que el hijo no era responsable de la conducta de su padre, parecia poco dispuesto á cultivar su conocimiento. Supo con mucha satisfaccion que Sir James era solo visita de Mr. Willowby, á causa de la union de los dos jóvenes que habian sido educados en un mismo colegio.

Eduardo y su amigo vinieron la mañana siguiente á saber de la salud de las damas; y seguidamente fueron á Blackwood.

Mr. O'Bryen los recibió con política, pero no con aquella franca cordialidad que le hacia tan amable. El temor de mortificar á Alberto hizo que el hijo de Sir James fuese mas obsequiado que lo que seguramente lo habria sido sin esta consideracion.

¿Que pensais de estos dos jóvenes, dixo el Coronel á su sobrino despues que se fueron? Yo los conozco muy poco, respondió, para poder hacer juicio de ellos: sin embargo, me parecen mas superficiales que instruidos. Yo me inclino á creer, dixo el Coronel, que el joven Montgomery no ha heredado la insolencia de su padre; y espero que este y yo no haremos jamas buenas migas juntos, pues ape-

nás podré contenerme; aunque por otra parte no sea yo mas excusable que él. ¿Por que, mi amado tío, le dixo Alberto, os atormentais con semejantes memorias? El momentaneo olvido que os echais en cara, si mis padres volviesen al mundo, le hallarian suficientemente reconpensado con lo que habeis hecho despues con nosotros. Eso es imposible, dixo el Coronel; pero yo tengo en el corazon un juez mas dificil de satisfacer. Qué pesadumbre, no pude ahorrármelos! De qué placeres no me he privado! como lo dice tu pobre madre en su carta. Pensad mas bien, le repuso Alberto, en la felicidad que os deben sus hijos. Este encuentro de Sir James Montgomery, dixo el Coronel, ha renovado una antigua herida. Este hombre es como un espejo que me repite mis propias faltas. Sean las que fueren, dixo Alberto, mi pa-

dre no las puso jamas en paralelo con las de Sir James. Este ha sido la primera causa de la desunion de las dos familias; y por otra parte se ha apropiado muchos bienes que legítimamente pertenecian á su hermano.

Pocos dias despues de esta sesion vinieron á anunciar al Coronel la visita de Sir James Montgomery, y de Mr. Willowby. Mr. O'Bryen los recibió con todos los miramientos y atencion que creia debidos, particularmente á este último, pero haciendo que no conocia á Sir James.

Coronel, dixo Mr. Willowby, despues de los cumplimientos corrientes, aquí venimos á solicitar vuestra mediacion en un asunto que á todos nos interesa. Nosotros tenemos un hijo cada uno, á cuya felicidad está en vuestras manos el poder contribuir de un modo directo, interponiendoos con Madama

Stanhope. Deseando verlos casados quanto antes, nos hemos decidido sin titubear á practicar quantas diligencias hemos creído indispensables para conseguirlo. Mi hijo os suplica apoyeis con Madama Stanhope la intencion en que está de pedirle su sobrina; Sir James tiene la misma proposicion que haceros tocante á Mis Montgomery para su hijo Eduardo.

Mr. Willowby podria haber hablado mas tiempo, porque el Coronel no tenia intencion de interrumpirle; mas viendo por último que calló, y que esperaba una respuesta, le dixo: vos me honrais mas, Mr., de lo que merezco. La estimacion que tiene á bien dispensarme Madama Stanhope, no es un título para penetrar, y mucho menos para dirigir las miras que pueda tener acerca de su sobrina; y debo decir lo mismo por lo que hace á la mia. En lo que úni-

camente pienso es en dexar á mi sobrina un caudal digno de la hija de mi hermana. Lo demas toca solo á Madama Stanhope, que la honra con su afecto, y que dispondrá de ella segun lo juzgue conveniente.

Convengo, dixo Sir James con algun embarazo, en que vos tendreis creído que debeis darme esta respuesta; pero no negareis sin duda que mis faltas no hayan sido tambien las vuestras, y solo me aventajais en haber sido el primero en repararlas. Yo no pienso hacer un mérito de ello, respondió el Coronel. Mr. Willowby es amigo vuestro, Sir James, y pienso explicarme en su presencia con mi franqueza natural. Sabreis pues que á pesar de todo lo que me hallo en estado de hacer en beneficio de mi sobrino y de su hermana, jamas me creeré justificado de mi conducta con res-

pecto á sus padres. Yo estaba rico, y mi hermana con su estimable esposo y dos hijos interesantes apenas tenian de que subsistir. No obstante eran dichosos, porque tenian virtudes y valor: estos medios de felicidad, Sir James, no eran de aquellos de que los padres pudiesen despojarles. Yo no sé, dixo este, que tenga que ver todo eso con el objeto de mi visita; me parece que Mis Montgomery no tiene porque avergonzarse de que mi hijo la busque. No, sin duda, dixo el Coronel, y os doy mi palabra de honor de que no me mezclaré en semejante asunto; pero dexadme acabar. Alberto y su hermana tienen una buena dosis del orgullo de la familia; y es la única cosa que sus padres les han dexado. ¿Pues quien podrá vituperar su resentimiento si lo conservan? Por cierto, no seré yo. Esas reflexiones, dixo Sir James,

no prueban que Mis Montgomery deba desechar á mi hijo, á menos que no se halle ya empeñada. Me persuado, dixo el Coronel, de que no lo está hasta este momento. ¿Pero os hallais informado, Sir James, de las humillaciones que ella ha tenido que sufrir? El cuerpo de su madre fue embargado despues de su muerte para procurarla sepultura, Alberto sacrificó su libertad, y una prision fue su asilo. Mariana, recogida por una muger respetable, que tenia mas generosidad que medios de serla útil, se vió reducida á servir de doncella. La providencia la dirigió á Madama Stanhope; desde entónces ella y su hermano tuvieron una protectora, ó mas bien una amiga, y desde entónces pudieron creerse para siempre al abrigo de la indigencia. Estas son nada menos las obligaciones que debemos á esta dama. Seguramente, Sir Ja-

mes, que no dexareis de conocer toda la extension de un beneficio tan grande. Yo tendria sin duda una particular satisfaccion, dixo este, en conocer con mas intimidad á una dama tan respetable como parece serlo Madama Stanhope; yo no creo no obstante deberla, por lo que hace á mí, obligacion ninguna; pero siendo cierto lo que alegais, el honor de la familia exigiria, segun pienso, que pensásemos de concierto en indemnizar á esta dama no solo de lo que ha hecho por Mis Montgomery, sino tambien por su hermano. A mi parecer, dixo el Coronel, no hay compensacion posible. Madama Stanhope es superior á toda consideracion pecuniaria. Las obligaciones que todos la debemos no son de aquellas que puede pagar el dinero.

Mr. Willowby, conociendo que nada habia que esperar de la me-

diacion del Coronel, cortó la conversacion, diciendole: pues que vuestra intencion es la de quedar neutral en este negocio, nosotros nos dirigiremos á Madama Stanhope, y Sir James se atendrá á lo que esta dama determine. Si salgo por mi parte bien de la solicitud de mi hijo, nosotros nos prestaremos á todos los pactos y condiciones que exija el interes de Mis San-Austyn.

Despues de esta declaracion Mr. Willowby y Sir James se despidieron del Coronel. Luego que se retiraron empezó á pasearse con aceleracion silvando una cancion irlandesa, de que se acordaba siempre que estaba de mal humor. Alberto entró; y notando la agitacion de su tio, aunque sin adivinar la causa, se sentó sin hablar palabra, esperando á que le dirigiese la palabra. Concluida la cancion hasta la

última nota, Mr. O'Bryen se volvió hácia su sobrino, y le dixo: el joven Willowby... es un mozo que no se descuida: sin perder tiempo en regatear, toma la hija como es. Ved ahí el fruto de vuestros *pues, ya*. Su padre ha venido á solicitar mi mediacion con Madama Stanhope. Mis San-Austyn podrá reservarse todos sus bienes, y su pretendiente ofrece además engruesar su dote con una parte de los suyos. Bien conoceis que semejantes ventajas no se desprecian asi como quiera.

Aterrado Mr. Montgomery con esta noticia no desplegó sus labios. Sin embargo, supo dominarse, y respondió á su tío en estos términos: este suceso no me admira. Mis San-Austyn es digna de ser amada. Las ofertas de Willowby le hacen honor, y son una prueba de su discernimiento. Sí, del mismo modo,

replicó el tío, que vuestra conducta lo es de vuestra obstinacion y de vuestra extravagancia. Si os hubierais dignado de dexaros gobernar y conducir, todo estaria acabado á estas horas. En la presente apuesto diez contra uno á que Mis San-Austyn acepta el partido. ¿Y que direis á eso, señor mio? Yo no sé lo que diré, respondió Alberto; pero será preciso que yo soporte ese golpe como hombre razonable. Y eso será, volvió á decirle el tío, lo que no hareis á pesar de toda vuestra hipócrita sangre fria. Vos sois loco, y lo estais por esa niña; Willowby no la conseguirá sino defendiendo su cuerpo; vos le matareis... no habrá diablura que no hagais antes que cederla. Yo espero que no, tío, dixo Alberto. Conozco, y lo confieso, que tengo un afecto muy vivo á Mis San-Austyn; pero si ella da la preferencia á Willowby, procuraré

consolarme, y no recurrir á esos medios violentos.

Vaya al diablo esa moderacion filosófica! dixo el Coronel, qué tiene que ver esta con el amor? Muy poca cosa, respondió Alberto, si he de juzgar por mí mismo. Ah, señor! vos convenis en esto le dixo: corred pues sin perder tiempo á casa de Madama Stanhope; haced vuestras ofertas antes que el otro: su voto, asi lo presumo, será para vos, y Gertrudis, á golpe seguro, no será ingrata. Por lo mismo que tanto la quiero, dixo Alberto, debo evitar que su consentimiento sea forzado. Yo me contemplo como empeñado con ella para siempre, despues que habeis solicitado á favor mio la mediacion de Madama Stanhope, y asi deseo que su eleccion sea libre absolutamente. Si ella rehusase á Mr. Willowby... Rehusarlo! dixo el Coronel; yo la

creo bien despejada. Si ella esperase algo de vuestra parte váya con Dios; pero no hay nada. En esta inteligencia tomad vuestro partido. Ah! ah! continuó el Coronel riendose de cólera, yo espero que Gertrudis ha de aceptar la proposicion de Willowby, aunque no sea mas que por veros castigado de vuestra ridícula conducta; y yo me burlaré entónces tambien como lo merecis. Yo me lisonjeo todavía, dixo Alberto, de que las cosas no estan en el estado que vos las pintais. No es verisimil que Gertrudis ame á Willowby, y si no le ama, seguro estoy que le desechará. ¿La creeis enamorada, le preguntó el Coronel, de vuestra figura, señor mio? Alberto trata de tener sentido comun. Lee la fábula del perro y la sombra, y aplícatela,

El Coronel salió enfadado, dexando á Alberto entregado á sus

reflexiones; pero volviendo á entrar al cabo de un momento , le dixo: se me olvidó deciros , que el viejo Montgomery vino tambien á verme con Mr. Willowby, y á pedirme para esposa de su hijo á Mariana. ¿Es posible , dixo Alberto , que os haya propuesto esta alianza? Muy posible , le replicó el Coronel. ¿Y podrá saberse, dixo Alberto, qual ha sido vuestra respuesta , y qual es vuestra opinion? Mi opinion, le respondió , es que Mariana quede dueña de su libertad para proceder segun el dictámen de su corazon y de su juicio. Madama Stanhope es la que puede dirigir mejor su eleccion, y allá he enviado á Sir James. Yo no necesito deciros que no puedo ver absolutamente á ese hombre. Sin embargo si su hijo agrada á Mariana yo me conduciré de modo que no perjudique su felicidad. Ah! amado tío , exclamó Alberto entene-

cido, Mariana que os tiene en lugar de padre , jamas se casará con un hombre que no sea de vuestra entera satisfaccion. Silencio, señor, le dixo el Coronel. Para explicarme á vuestro modo os respondo que yo no pretendo indicarla su conducta : y asi tened á bien no decir palabra de si esto me agrada ó desagrada.

CAPÍTULO III.

Proposiciones de casamiento. Secretos del corazon descubiertos.

Sir James y Mr. Willowby apenas tenian tiempo para felicitar-se de la recepcion que les habia hecho Mr. O'Bryen: sin embargo como se mantenian en su plan , fueron á ver á Madama Stanhope , y la suplicaron entrase desde luego en sus miras.

Señores, les dixo esta dama, yo

procuraré corresponder á la confianza del coronel O'Bryen , relativamente á su sobrina , á quien no quiero menos que á Gertrudis. Como yo he resuelto dexar á esta una entera libertad en la eleccion de esposo , haré lo mismo con Mariana. En consecuencia las comunicaré vuestras recíprocas ofertas , y si me honrais con otra visita , dentro de algunos dias os diré tambien su respuesta. Mr. Willowby y Sir James se retiraron ; y Mis San-Austyn y su amiga que ignoraban esta visita , porque habian salido ya quando aquellos se presentaron en casa de Madama Stanhope , pasaron el resto del dia alegremente. Al siguiente quando se juntaron para desayunarse , dirigiendose Madama Stanhope á una y otra , las dixo riendose : sin duda voy á sorprenderos , anunciandoos que tengo que hablaros separadamente , no

porque el asunto de que se trata deba tenerse reservado , porque vosotras podeis discutirlo juntas luego que yo haya desempeñado mi comision. Querida tia , dixo Gertrudis , si no os viera sonreir me asustaria al oiros hablar asi. Una media hora , la dixo su tia , bastará para esta explicacion. Mis Montgomery , vos sereis , si lo teneis á bien , la primera que me oiga. En mi gabinete me hallareis , y se retiró.

Las dos amigas se miraron sin decirse palabra. Ah! prorumpió al fin Mariana con su acostumbrado buen humor , solo un marido se anuncia con esta terrible solemnidad ! Desde ahora adivino todo lo que van á decirme. Apuesto algo á que Alberto se ha declarado , y van á consultarme sobre este gran negocio : nada es mas puesto en razon. A la verdad , Mariana , dixo Gertrudis , que esa es una suposicion bien po-

co verisimil. En verdad Gertrudis, la respondió Mariana, que yo no encuentro en ella nada de inverisimil. Convengo que lo pudiera haber, si fueseis vieja ó fea. Por Dios, dixo Gertrudis, hablemos seriamente. Supuesto que vos sois la primera citada, vuestras conjeturas son evidentemente falsas. Nada de eso, dixo Mariana, porque querán saber mi dictámen. Una persona tan importante como yo, debe consultarse antes de la decision; y se me dará probablemente el encargo de dirigir vuestra conducta en esta ocasion: así, amiga, haced buena provision de docilidad. Ah! Mariana, la dixo Gertrudis, tratad de abreviar la conferencia, porque deseo vivamente saber el resultado. Muy bien, la respondió Mariana; pero salgo por fiadora de mis sospechas.

Mariana fue á ver á Madama

Stanhope, la qual la dixo al instante: vos deveis estar impaciente por saber qué especie de asunto tenemos que tratar juntas; pues vedlo aquí. Trátase de casamiento, y la peticion os toca. En quanto al caudal del que se ofrece, no hay objecion razonable que hacer. Las demas circunstancias solo vos deveis apreciarlas. El Coronel se refiere á mí; quiere que yo obre en esta ocasion como si fuerais mi hija. Uso del poder que me dá transmitiendoloos. La negativa, ó la aceptacion del marido que os ofrecen pende únicamente de vos.

El buen humor que Mariana llevaba á casa de Madama Stanhope no se sostuvo contra esta noticia inesperada. Se avergonzó, baxó los ojos, y en nada pensaba menos que en responder. Nuestra separacion, la dixo Madama Stanhope, me será muy sensible, á menos que vues-

tra felicidad no la exija. Sir James Montgomery me ha hecho ayer una visita; y el esposo que os proponen es su hijo. Su hijo, señora, preguntó Mariana? ¿Que hallais de extraordinario en eso, la respondió Madama Stanhope? Que es, dixo Mariana, un paso muy extraño por parte de un hombre á quien apenas he visto dos veces. El jóven Eduardo, dixo Madama Stanhope, me ha parecido de bello carácter, y Sir James desea ardientemente esta alianza. Lo siento mucho, repuso Mariana. Eduardo Montgomery puede parecerme muy amable para primo, pero no para marido; y á esto se reducen todos mis sentimientos en favor suyo. Tambien tendré con Sir James todos los miramientos debidos á un tio, mas en vano exígeria de mí un afecto filial. Un tropel de penosas memorias lucharía sin cesar contra los sentimientos que yo quer-

ria manifestar al padre de aquel á quien habria confiado mi felicidad. Tomaos tres dias para reflexionar el asunto, la dixo Madama Stanhope. Ah! la respondió Mariana, tres años de reflexiones no me harían mudar de parecer. Yo tendré mucha satisfaccion en vivir en buena armonía con la familia de mi padre; pero vínculos mas estrechos no me agradarán jamas. Ya veo, dixo entonces Madama Stanhope, que no me queda mas que hacer, que imponer á Sir James en vuestra negativa, paliandose la lo mejor que me sea posible: hacedme el gusto de enviarme á Gertrudis.

Mariana fue á buscar á su amiga, que estaba con la mayor inquietud. Y bien, la dixo esta luego que la vió, de qué se trata? Temo alguna noticia desagradable. Vuestra alteracion, que en vano procurais ocultarme, me da á en-

tender que no me he engañado. Madama Stanhope os llama al instante, la respondió Mariana. No hay tiempo para sacaros de vuestra natural curiosidad, y solo os diré que me han presentado una buena dosis que me es imposible tragar. Explicaos, amiga, la dixo Gertrudis. Una dosis de las mas amargas, la respondió: un marido que no quiero....pero id, id, que os esperan.

Gertrudis salió poco satisfecha, y á pasos lentos se dirigió al gabinete de su tia.

Hija mia, la dixo esta, acabo de salir mal de una negociacion que tomé á mi cargo. ¿Seré acaso mas afortunada en otra que os concierne? Ayer me han hecho ofertas de casamiento para vos. Por lo que hace á la familia y bienes del pretendiente nada hay que decir; pero yo he querido consultaros antes de responder.

Gertrudis perdió el color, comenzó á temblar, y quedó muda. ¿No me preguntais, la dixo su tia, como se llama el aspirante? Lo adivináis acaso? Oh! no, Madama, en verdad, dixo entónces Gertrudis. Yo me encuentro tan dichosa á vuestro lado, que no tengo el menor deseo de mudar de situacion. Pero si el esposo que os propusieran, la replicó Madama Stanhope, tuviese la aceptacion de vuestros parientes, y que vuestro corazon le prefiriese á todos, qué partido tomariais? En ese caso, dixo Gertrudis, os suplicaria dirigieseis mi conducta. No os tendré mas tiempo con curiosidad, la dixo su tia. Las ofertas de que os hablo son por parte de Mr. Willowby. De Mr. Willowby, tia? la repitió. Qué tiene eso de extraño? la replicó Madama Stanhope. ¿Esperabais que las ofertas viniesen de otra parte? Es cierto, dixo Gertru-

dis, que yo no las esperaba de un hombre que apenas he visto, y que absolutamente me es extraño. Ahora me acuerdo que me hizo muchos cumplimientos en el bayle que hubo en casa de su padre; pero desde aquel momento no he vuelto siquiera á acordarme de semejante sujeto. Estos síntomas no creo sean propósito para animar sus pretensiones, la dixo Madama Stanhope; pero, querida mia, decidme con aquella franqueza que en vos conozco, si no habria algun otro un poco menos extraño para vos que Mr. Willowby, cuyas ofertas fueran mejor acogidas. Ah, Madama! dixo Gertrudis, ocultando el semblante en el seno de Madama Stanhope, ya veo que mi debilidad no sé os oculta. No me desprecieis, si acaso he caido segunda vez en un error. Moriria de vergüenza si alguno otro que vos, aunque fuera Mariana misma,

supiese lo que pasa en mi corazon. Segura estais, hija mia, la dixo Madama Stanhope, de experimentar la menor indiscrecion de mi parte.

Habrá como unos diez y ocho meses que me habria creido dichosa de pasar mi vida con Berners; pero su perversidad destruyó mi ilusion, y esta mudanza solo fue costosa á mi amor propio. Convencida estoy, dixo Madama Stanhope, de que jamas habeis amado á ese hombre. La prevencion que os extraviaba no era otra cosa sino el fruto de sus artificios y de vuestra inexperiencia. La falta de experiencia, dixo Gertrudis, me disculpaba entónces; pero qué podré decir hoy para justificarme? Preciso es que tenga el corazon muy débil, para haber vuelto á caer. Vuestro corazon es virtuoso y sensible, hija mia, la dixo Madama Stanhope, y solo necesita ser

ilustrado; y si la amistad y la prudencia son sus guías, es imposible que se extravie. Tanta bondad me confunde, dixo Gertrudis. Sabed pues, amada tia..Antes de proseguir, le dixo esta, acordaos que hablais á una amiga indulgente, dispuesta á admitir vuestras disculpas, si creeis necesitarlas. Mi buena y respetable tia, no pienso en callaros cosa alguna, prosiguió. Leed en mi corazon, y enseñadme á dominarle. De todos los hombres que conocia, Mr. Montgomery, segun su conducta con Berners, era el que menos me agradaba. Sus modales eran poco semejantes á las ideas que yo me habia formado, con la lectura de novelas, de un hombre amable, aunque freqüentemente no podia menos de hallarle tal á pesar mio. El dia que salvó la vida á Betsey Southern me obligó á admirar su conducta; pero sentia en algun modo

que el hombre que yo miraba como enemigo de Berners tuviera un derecho á mi aprobacion. Una loca curiosidad me conduxo á casa de Mistris Mosely, imaginandome neciamente que el oponerse á que fuera encerraba algun misterio. Esta visita destruyó la ilusion que me tenia ciega acerca de Berners. Entónces le vi como debia haberle visto siempre, y mi corazon hizo al instante justicia á Mr. Montgomery. Yo lo temia sin embargo: y á pesar de la delicadeza de su conducta, no podia hallarme delante de él sin acordarme de que estaba instruido en mi imprudencia. Su enfermedad acabó de iluminarme sobre el estado de mi corazon, por la comparacion que hice de mi congoja, con la que habia tenido tres años antes, quando Berners cayó gravemente enfermo. Ah! mi querida tia, qué diferencia entre este estado y el en

que me hallé mientras Mr. Montgomery estuvo en peligro! Por mas que me esforzaba á tranquilizarme, mi corazon estaba en una prensa, y asi pasé muchas noches.

Tal vez os acordareis de lo que me dixo en el acceso de delirio que le causaba la calentura: pero dificilmente podreis formaros una idea de lo que sufrí en aquella ocasion, y del placer que tuve quando le vi restablecido. Sin embargo tomé otra vez el partido de huirle á fin de triunfar de mi debilidad. Berners volvió á parecer, y por escaparme de él, iba casi á arrojarme en los brazos de Montgomery. Por otro lado, Mariana parece tiene gusto en repetirme que su hermano me ama. Sus acciones y sus miradas me han parecido algunas veces de acuerdo con lo que ella me decia; ¿es extraño que el nombre de Mr. Willowby me haya causado tanta

sorpresa, quando creí oír pronunciar otro? Vuestra sinceridad me encanta, Gertrudis mia, la dixo Madama Stanhope; ella me arranca un secreto, que por otra parte no dexarán de agradecerme lo descubra. Montgomery os ama hace mucho tiempo; pero no menos generoso y prudente que sensible, no quiere deber su felicidad sino á vos misma.

Gertrudis buscaba en vano expresiones con que responder á su tia. Su turbacion, su confusion y su alegría la enmudecieron. Su cabeza, apoyada en el seno de Madama Stanhope, no hacia mas que suspirar.

A pesar de la prueba que acabo de daros, continuó esta dama, de mi poca habilidad para guardar un secreto, no os inquieteis por lo que hace al vuestro, pues no saldrá de mi pecho sin vuestro consentimiento. Yo os dexo en este gabinete hasta

que hayais recobrado vuestra serenidad. En quanto á la respuesta que debo dar á Mr. Willowby, creo puedo encargarme de ella sin necesidad de volveros á hablar del asunto.

CAPÍTULO IV.

Amante inquieto, agradablemente sorprendido. Viage inútil á Londres.

Madama Stanhope hablaba con Mariana quando Mr. O'Bryen se presentó. La inquietud, impresa en sus miradas, indicaba claramente lo que estaba pasando en el fondo de su alma; pero no se atrevia á hacer pregunta alguna.

Coronel, le dixo Madama Stanhope, dándose priesa á sosegarle, yo debo deciros que he salido muy mal de mi doble negociacion. Mis

Montgomery rehúsa decididamente á su primo, y mi sobrina á Mr. Willowby. Dios sea alabado! exclamó el Coronel, con una emociion de alegría muy viva. ¿Es cierto que Mis San-Austyn ha desechado á Mr. Willowby? Seguramente, Coronel, le respondió Madama Stanhope. Ah! dixo este, Mis San-Austyn es una excelente criatura que yo querré toda mi vida. En quanto á vos Mis Montgomery, continuó el Coronel volviéndose hácia Mariana, por qué despreciais á vuestro primo? Puede ser que sea esta la única ocasion que jamas tengais de casaros. Eso es muy probable, tío, dixo ella; pero mi partido está tomado. Lo siento por lo que respecta al muchacho, repuso el Coronel; pero me alegro por lo que hace al viejo Montgomery, porque esta bofetada abatirá un poco su grande orgullo. Me marchó pron-

to, porque he dexado en Blackwood un cierto caballero sobre ascuas, aunque procura disimularlo, y es preciso que vaya á sosegarlo.

Despues que se fue el Coronel, Madama Stanhope tomó el partido de escribir á Sir James Montgomery y á Mr. Willowby para darles parte de que sus ofertas no habian sido aceptadas.

La inquietud de Alberto, durante la corta ausencia de su tio, le hizo conocer vivamente lo mucho que á Gertrudis queria. Mas de una vez estuvo tentado de montar á caballo, é ir á casa de Madama Stanhope; pero la reflexion contuvo su impaciencia. No, yo no iré, dixo. Si Mis San-Austyn ha aceptado la mano de Mr. Willowby, yo no seré dueño de ocultar mi turbacion; y así me resigno al tormento de la incertidumbre: yo quedaré bien desagaviado si el su-

ceso me prueba que mis temores han sido mal fundados.

En esta disposicion le halló Mr. O'Bryen. Luego que este entró, se quitó el sombrero, se limpió la cara, y se sentó sin hablar. Alberto tuvo valor para no preguntarle nada, y aguardar á que se explicase. Pero viéndole poco dispuesto á romper el silencio, tomó la palabra al cabo de algunos minutos, y dixo: ¿habeis visto esta mañana á Madama Stanhope, tio? Sí, señor, le respondió este: y como adivino poco mas ó menos qual es el objeto de la pregunta, os digo que vuestra hermana no acepta la mano del joven Montgomery. Tendreis á bien acordaros, que por recompensa de esta accion, me propongo añadir dos mil libras esterlinas á su dote. Espero, dixo Alberto, no olvidar jamas prueba alguna de vuestra bondad. ¿Me atreveré á pre-

guntaros qual es el resultado de las proposiciones hechas por Mr. Willowby? Amigo mio, le respondió el Coronel, vos habeis obrado como un majadero: vos debisteis creerme. Una cabeza de sesenta años vale algo mas que una de veinte y cinco.

Montgomery no quitaba los ojos del Coronel; pero no veia nada en su fisonomía que le ayudase á adivinar lo que tanto deseaba saber. Si Mis San-Austyn, dixo, ha dado la preferencia á Mr. Willowby, preciso será que aguante este golpe con resignacion. Ah! sin duda, dixo el Coronel. Un hombre de espíritu no gime como una mugerzuela. Ella es preciosa, es menester confesarlo; pero facil es hallar otras tan bonitas como ella. Bien que jamas sería agradable verla pasar á otros brazos; pero cómo ha de ser? Yo no lo veré por cierto, dixo Al-

berto. Pues qué hareis? le preguntó el Coronel. Seremos vecinos: Gertrudis, que es buena muchacha, vendrá con frecuencia á ver á su tia. Apuesto lo que se quiera á que tendrá unos hijos preciosos: qué decis vos?

Esta pintura acabó de hacer perder la paciencia á Alberto, y le dixo á su tio: por quien sois, tio, os suplico compadezcais mi debilidad. La incertidumbre en que me dexais es para mí el suplicio mas cruel; decidme prontamente qué es lo que tengo que temer. Si Mr. Willowby está aceptado, me permitireis dexar á Blackwood por algun tiempo, á lo menos hasta que se haya efectuado el casamiento. Pues bien, amigo, llamad en vuestro socorro aquel valor y aquella bella filosofía de que tantas veces me habeis hablado. Sabed pues que Mis San-Austyn... Al llegar aquí, una tos, real ó fin-

gida, impidió á Mr. O'Bryen el continuar. Alberto, que creyó esta interrupcion voluntaria puramente, sacó de esta malicia una esperanza lisonjera.

Bien pudierais decir, continuó el Coronel, á Mistris Mosely me preparase la misma droga ó medicina que tomé anoche, porque tengo un romadizo que no me dexa sosegar. Este acceso os ha acomerido bien súbitamente tío, le dixo Alberto. ¿Que encontrais de extraordinario en eso, señor observador? le replicó el tío. Paciencia, voy á satisfacer vuestra curiosidad. Confieso que es grande, dixo Alberto; pero estoy seguro que no querreis burlaros mas de mi sensibilidad, que lo que yo estoy dispuesto á creer lo que pretendeis anunciarme. Como? ¿Imaginais acaso que Mis San-Austyn ha desechado á Willowby por vos? No por mí, res-

pondió Alberto, seguramente. Pero lo ha desechado? Y bien! sí, señor: eso la perjudica en mi opinion, pues creia tuviese mas discernimiento. No olvidéis que sois mas afortunado que sabio. Peor para vos, si no os aprovechais de esta leccion.

El Coronel y su sobrino hicieron por la tardecita una visita á las damas. Gertrudis observó en el modo con que Montgomery la trataba cierta dulzura y cariño que no acostumbraba tener, y esta observacion la puso colorada. Aunque estaba bien asegurada de la discrecion de su tia, el acordarse de lo que la habia revelado aquella mañana, aumentaba su embarazo y turbacion á la vista de aquel que era su objeto.

La alegría de Mariana, y la original hombría de bien del Coronel hicieron el rato muy ameno y divertido. Pardiez! dixo este último

de repente, mientras mas contento estoy, mas me aflijo por otro lado de que San-Austyn no nos acompañe. Quiero que me ahorquen si no hiciera cien leguas por ir á buscarle; pero solo el diablo sabe donde está escondido. Tiempo hace que este objeto me ocupa, respondió Madama Stanhope: su apoderado debe saber á qué parage se ha retirado, y estoy resuelta á hacer un viage á Londres para preguntarselo, pues no creo rehuse esta confianza á una tia.

Toda la sociedad aprobó con entusiasmo este proyecto: cada uno queria acompañarla; pero Madama Stanhope no quiso que fuese nadie con ella sino Mistris Mosely, pues contaba estar en Londres muy pocos dias. Como yo gusto de executar al instante lo que proyecto, pasado mañana me pondré en camino, dixo.

Antes de su marcha recibió dos

cartas, la una de Mr. Willowby, y la otra de Sir James, en respuesta de las que ella les habia escrito. Estas cartas indicaban visiblemente que se habian picado: la de Sir James, sobre todo, estaba llena de expresiones picantes, dirigidas contra el Coronel, á quien nada dixo de semejante cosa Madama Stanhope.

A su llegada á Londres tomó un quarto en la antigua casa de Mistris Mosely. Al dia siguiente fue á la del apoderado de su sobrino, y le manifestó qual era el objeto de su visita.

No es por cierto una vana curiosidad la que me trae, le dixo. Sé muy bien quales han sido las imprudencias de Federico: pero como tambien sé que trabaja en repararlas, me creia inexcusable si no le facilitase los medios de verificarlo. Yo no sería amigo de Mr. San-Austyn, dixo su apoderado, si tú-

viera con vos la menor reserva sobre lo que toca á su persona. Desde ahora os protesto, Madama, que ignoro absolutamente el parage adonde se ha retirado, sino es á Yorkshire. Allí le dirijo las cartas que necesito escribirle, que es rara vez, supuesto que antes de su partida dexó perfectamente arreglados sus asuntos. Yo le creo tambien enteramente solvente, á excepcion de la gran deuda por la qual ha empeñado sus bienes.

Madama Stanhope se informó sobre este particular de varias mendencias, que el apoderado la explicó con la mayor exáctitud y puntualidad.

Lo que me acabais de decir, dixo al apoderado, me hace pensar que mi sobrino se ha reservado una renta muy módica, comparada con la que disfrutaba en otro tiempo. Él se ha ceñido, dixo el apodera-

do, á ciento y cincuenta libras esterlinas al año; y sé que ha destinado mas de trescientas para sostener á los criados viejos de su familia, que ha dexado en su quinta de Yorkshire.

Este rasgo de bondad, conforme con los principios de Madama Stanhope, habria bastado solo para hacerla olvidar todos los agravios y faltas de su sobrino. Una conducta tan llena de humanidad me encanta, dixo ella, y ya no me permite pensar en otra cosa que en el placer de verle quanto antes.

Salió de Londres muy afligida por no haber podido descubrir donde se hallaba Federico, pero encantada al mismo tiempo del valor que habia tenido para castigarse á sí mismo de sus extravíos, y de la conducta noble que habia tenido, no solo con sus acreedores, sino tambien con sus criados.

CAPÍTULO V.

Declaracion. Sobresaltos del amor.

Pérdida difícil de soportar.

La ausencia de Madama Stanhope no interrumpió las visitas del Coronel, y menos todavía las de su sobrino, que frecuentemente quedaba solo con su hermana y Mis San-Austyn: su tío, con estudio, hacia varios eclipses para favorecer y proporcionar á él y á Gertrudis una explicacion que al fin colmase sus deseos.

Esta maniobra le sirvió grandemente, porque desde el dia despues de la partida de Madama Stanhope, hallandose solo Alberto con las dos amigas, dixo á Mis San-Austyn: ¿me permitireis os abra mi corazon en presencia de Mariana

sobre un objeto del qual depende la felicidad ó infelicidad de mi vida? Ah! exclamó involuntariamente Gertrudis, mas colorada que la grana, qué vais á decirme? Mariana tomó la palabra, y dixo: no os asusteis, amiga; yo, yo misma voy á deciros lo que hay, aunque Alberto no me lo ha confiado. Su corazon es vuestro, él os adora, y quiere ser adorado. Ved aquí adonde se dirige su preámbulo. Esta es loca, dixo Alberto; pero ha adivinado mi secreto. ¿Qual será vuestra respuesta, Mis? Mi mayor deseo es consagrar mi vida á vuestra felicidad; pero si las disposiciones de vuestro corazon no me son favorables, no intento mortificaros. Por penoso que me sea el verme sin vos, me decidiré á hacer este sacrificio.

La emocion de Gertrudis llegó á su colmo. Su voz se desmayaba entre sus labios; y bien presto Al-

berto y Mariana la vieron deshacerse en lágrimas.

Amada amiga, la dixo ésta, con un tono afectuoso, sea la que fuere vuestra determinacion, hablad á Alberto: yo sé que sois incapaz de disimular. Yo quisiera ciertamente explicarme, dixo Gertrudis, con una voz trémula.... pero no puedo... A la vuelta de mi tia.... me conformaré con sus deseos....

Alberto estaba demasiado apasionado para contentarse con una respuesta semejante; y Gertrudis demasiado alterada, y naturalmente tímida para darle otra mas expresiva.

Yo voy á dexaros, la dixo éste, con un suspiro: mañana os será tal vez mas facil el responderme. A vos sola es á quien yo quiero deber mi felicidad, ó de quien espero la sentencia que destruya mis esperanzas. Pues bien está, dixo Mariana,

idos pues! Mañana se os dará audiencia tan temprano como queerais. Entretanto os daremos la mano en prueba de amistad.

Mis San-Austyn ofreció la suya temblando, despues de la de Mariana; Alberto se la besó, y se fue.

Vuestro hermano me ha inquietado cruelmente, dixo Gertrudis á su amiga: no hubiera sido tanta mi inquietud si se hubiera explicado delante de Madama Stanhope. Os responderé, querida mia, la dixo Mariana, que la felicidad de Alberto depende exclusivamente de vos. Él teme, bien segura estoy, que su amor os sea importuno; y en verdad, estoy tentada de creerlo yo misma. Ah, Mariana! vos conceis bien poco mi corazon. Si yo no hubiera conocido jamas á Berners no me habriais visto sino muy sensible á los homenages de vuestro hermano; pero mi imprudencia, que

no se le oculta, me cubre de vergüenza, y me condena á sofocar mis secretos sentimientos. ¿No teneis otro motivo que ese, le preguntó Mariana? Ninguno otro la respondió. Que podia yo decir contra Mr. Montgomery? El mérito no está todo entero de su parte? Es tal la impresion que ha dexado en mi alma mi loca conducta, que emponzoñará mi felicidad hasta en los brazos de vuestro hermano. Si no teneis mas que decir, la dixo Mariana, llena de gozo, sosegaos, Alberto es digno de vuestro afecto; él os hará olvidar toda idea que pudiera perjudicar vuestra dicha y la suya. Ah! qué necias hemos andado en dexarle marchar! El infeliz va á pasar muy mala noche; pero mañana lo indemnizaremos, no es verdad Gertrudis? Yo lo deseo, dixo esta: pero no convendria esperar á Madama Stanhope? Esta señora, dixo

Mariana, aprobará lo que hagamos y asi, mi muy amada, y muy tímida *cuñada*, despedios de vuestros escrúpulos.

Alberto volvió á Blackwood fluctuando entre el temor y la esperanza. Para un corazon apasionado la incertidumbre es un martirio cruel. Si no se tiene un carácter fácil de formarse una ilusion halagüeña, se viene á parar en un exceso contrario de abatimiento. La desconfianza y el temor exágeran las cosas, y lo que debe atribuirse á pudor, se tiene por indiferencia: de manera que acusamos quando debemos dar gracias. Esta falsa interpretacion desespera, y se sufre el castigo del error propio. Tal era la situacion de Alberto. Mr. O'Bryen que la advirtió, le preguntó si lo habian desechado.

No precisamente, respondió; pero Mis San-Austyn me ha dicho

que se conformará con lo que disponga Madama Stanhope. ¿Si participára de los sentimientos que me animan, habria manifestado tanta confusion? ¿Se habria violentado hasta el extremo de verter lágrimas? Mi pobre amigo, le dixo el Coronel, lo mismo conoces tú las mugeres que si hubieras nacido ayer. Todos esos melindres que te asustan y te admiran, les son tan naturales como el beber y comer. Bien puede ser, dixo Alberto; pero yo creo que Mis San-Austyn desconoce toda clase de artificio. El hombre que habrá merecido su estimacion lo sabrá seguramente de ella, sin recurrir á subterfugios indignos de su carácter. ¿Con que era preciso para persuadirte, le repuso el Coronel, que te estrechára entre sus brazos, dandote gracias con enagenamiento por el honor que te dignabas hacerla?... Vaya,

vaya, que eres capaz de aburrir la paciencia de Job. A Dios: voy á acostarme, mañana veremos lo que sucede.

Al dia siguiente se levantó Alberto muy temprano; y quedó sorprendido al ver que su tio habia madrugado mas que él, y que habia pedido el desayuno. Su ayre grave y silencioso le hicieron creer que se hallaria tal vez indispuerto, y le manifestó por lo mismo su cuidado, el qual no hizo mudar al Coronel su sistema, pues solo respondió que lo pasaba bien.

Despues del desayuno dió tres ó quatro paseos en el quarto con un ayre pensativo, y luego parandose delante de su sobrino, le dixo: la disposicion en que ayer os encontré me impidió comunicaros un suceso que á uno y otro nos interesa. Durante mi última residencia en Londres, tuve la impruden-

cia de confiar mis contratos y otros papeles importantes á un zángano que Vansittart me habia recomendado; y una carta que he recibido ayer me instruye de que ha desaparecido con el depósito. Este accidente nos arruina. Pero como estoy asegurado de que Mis San-Austyn os quiere, no está todo perdido. Justo cielo! exclamó Alberto, cuánto lo siento por vos, querido tío! pero aun hay esperanza: con lo que os queda no os vereis obligado á lo menos á sufrir penosas privaciones. Vuestro sobrino hallará medios de subsistir por sí mismo, y creed que esta desgracia no hará mas que aumentar el respeto y el amor que os profesa. Silencio, partidiez! dixo el Coronel, creéis que yo tenga tiempo para enternecerme? Ya callo, tío, dixo Alberto: pero si hay que hacer alguna diligencia, dispond de mi persona.

Mañana lo veremos, le respondió. Esta noche nos juntaremos en casa de Madama Stanhope, y ahora voy á montar á caballo. Ah, tío! exclamó Alberto, y puedo volver allí? ¡Como me amenazaba ayer esta desgracia! No ocultes nada á Gertrudis, le dixo el Coronel.... Su alma es noble, y por lo mismo apostaría mi vida á que nuestra desgracia no os hará perder nada con ella. Al fin, se puede vivir con diez y seis mil guineas tan bien como con sesenta mil. Yo no debo, dixo Alberto, pensar ya en Mis San-Austyn; y aunque ella me creyese digno del sacrificio que decis, no me conveniria consentirlo. Me parece, le replicó el Coronel, haberos oido decir, sin embargo, que queriais deberlo todo al amor. Vuestras opiniones estoy viendo que varian segun los sucesos. Pero permite el honor?.... dixo Alberto. Bien está, le

interrumpió el Coronel ; ya os entiendo: yo gusto de la franqueza, señor mio; y para dexaros convenido, os encargo informéis á Mariana y á su amiga de la desgracia que me sucede: la comision no es agradable; pero á mí me sería mucho mas duro el desempeñarla. Yo iré allá al anochecer.

Alberto queria hacer algunas objeciones; pero su tio le tapó la boca diciendo: si sois mi amigo, me dexareis hacer las cosas á mi modo; y sin hablar mas palabra volvió la espalda, y montó á caballo.

CAPÍTULO VI.

Prueba delicada. Qual fue su efecto

Una revolucion tan repentina en el caudal del Coronel habia causado á Montgomery una sorpre-

sa que le tenia desatinado. Aunque era generoso en extremo Mr. O'Bryen tenia mucho orden unido á una prudencia desembarazada, que no permitia le engañasen fácilmente. Alberto habria querido á lo menos que su tio le hubiese dado, sobre esta desgracia, luces mas precisas para desempeñar convenientemente su comision con su hermana y Mis San-Austyn, sin exponerse á agravar las resultas del suceso que tenia que comunicarlas, ó sugerir esperanzas tal vez ilusorias. Baxo todos estos aspectos esta comision era la mas penosa. Todavía no sabia cómo desempeñarla, quando recibió el billete siguiente de Mariana:

Querido hermano: " Nosotras no saldremos hoy: esto es deciros que os esperamos con mi tio. Os amo demasiado para no comunicaros una cosa que os será muy agra-

dable. Esta confianza es... adivinadla ; pero bastante sabreis quando os haya dicho que jamas amareis á Gertrudis tanto como merece ser amada. Su confusion, que parece os afligió , sus lágrimas deramadas , tienen su origen en un sentimiento delicado y noble , y al mismo tiempo tan lisonjero para vos, que os impone la obligacion de emplear todos los medios posibles á fin de desterrar de su memoria recuerdos importunos , y reconciliarla consigo misma. Persuadidla de que habeis olvidado á Berners: su corazon es vuestro enteramente. — Mariana Montgomery.”

Esta carta, que la víspera habria llevado á su colmo los votos de Alberto , llegó en un momento que no podia servir sino á aumentar sus sentimientos. Este último golpe faltaba á mi desgracia , dixo: yo idolatro á Mis San-Austyn : acabo de

saber que su corazon no es insensible ; y lo sé en unas circunstancias que me es forzoso no pensar en ella , pues asi lo exígen el honor y la delicadeza.

Estas tristes reflexiones afligieron toda la mañana á Montgomery. Un billete, que el Coronel le hizo entregar por un criado , le anunciaba que no volveria á comer. Ah! dixo entónces , mi tio no quiere que yo sea testigo de lo que siente. Yo debo contenerme , y aparentar á lo menos tranquilidad de ánimo.

Despues de comer fue á ver á su hermana y á Mis San-Austyn. Su ayre serio les dió en rostro. Gertrudis , demasiado tímida para preguntarle la causa , dexó este cuidado á Mariana.

Dos horas hace que os esperabamos , le dixo ésta , ¿ que obstáculo pues os ha detenido? Vos debeis suponer , la respondió , que yo no

me habria expuesto á esa recon-
vencion si motivos muy graves no
me hubieran obligado á ello. Cielos!
qué ha sucedido? dixo Mariana,
dónde está mi tio? Por Dios, ex-
plicaos.

Montgomery, despues de haber-
la suplicado no diese demasiada ex-
tension á sus temores, la dió parte,
asi como á Gertrudis, usando de
todas las precauciones que su deli-
cadeza le sugeria, de la pérdida que
su tio acababa de hacer.

No me es posible explicaros, con-
tinuó, dirigiendose á Mis San Aus-
tyn, hasta dónde me aflige este su-
ceso fatal, no por mí, sino por mi
tio y por Mariana. La necesidad
en que me veo de perderos es lo
que mas me consterna, y á lo que
me será bien difícil resignarme. Si
ayer lo hubiera sabido os habria
excusado la turbacion á que dí lu-
gar. Me atrevo á creer, respondió

Gertrudis, con voz desmayada,
que el mal no es tan grande como
parece lo temeis. El depositario in-
fiel de los papeles de vuestro tio
puede ser muy bien que sea arres-
tado. Tambien puede ser que la pér-
dida sea menor que lo que imagi-
nais. Por otra parte, lo que le que-
da al Coronel basta sin duda para
que no se vea obligado á privarse
de lo necesario á su edad. Mariana
tendrá siempre una madre en mi
tia, asi como en mí la mas tierna
hermana. Por lo que hace á vos,
continuó Gertrudis, baxando la voz,
los amigos que os habeis hecho no
se mudarán con vuestra fortuna.

Enternecido hasta el último pun-
to Montgomery, besó á Gertrudis
la mano. Ah! ¿por que, la dixo,
añadis á mis pesadumbres nuevos
motivos de sentimiento, haciendo-
me ver mas y mas toda la extension
del sacrificio que he de consumir?

En verdad , dixo Mariana , á mi ver , que mientras mas reflexiono lo que nos habeis dicho , menos puedo persuadirme á que la pérdida sea tan considerable como la suponeis. Yo no sé nada de sus particularidades , dixo Alberto. Mi tio , que hasta esta mañana no me la ha comunicado , se marchó aceleradamente sin explicarme circunstancia alguna mas sobre ella. Él no ha comido en Blackwood ; pero debe venir aqui á buscarme. Yo creo , dixo Gertrudis , cuya timidez cedia al deseo de consolar á sus amigos , que este suceso no ha de tener tan malas resultas como ahora pensais. Pero aunque vuestros temores no fuesen vanos , la firmeza de alma , de que habeis dado tantas pruebas , os ayudaria á tolerar noblemente esta desgracia. Si solo se tratara del sacrificio de un gran caudal , dixo Alberto , este sacrificio , asi lo

creo , no excederia mis fuerzas. Pero verme arrebatado un tesoro del que depende la felicidad de mi vida , es una prueba muy superior á mi espíritu. Yo debo huir , Mis ; esta conversacion misma , la qual pude evitar , no servirá sino á hacer mas dolorosa la resolucion que el honor me dicta. Ah ! ¿ por que he tenido la debilidad de exponerme á este nuevo peligro ? Pero por mas que me cueste , yo sabré violentarme. Bien podré ser desgraciado , pero jamas seré despreciable. Amigo , dixo entonces Gertrudis , con la mayor y mas afectuosa familiaridad , que nunca habia tenido con Alberto , siento mucho veros ceder á un desaliento tan poco conforme á vuestro carácter. ¿ Yo os pierdo , dixo éste , en el momento mismo que vuestras bondades penetran mi alma con el encanto de la esperanza , y os admi-

rais de que desmayer mi valor! Pero, replicó Gertrudis, con los ojos baxos y una voz trémula, yo no veo por qué vos renunciaréis.... al decir esto, se paró.... Honor tiránico! ven á socorrerme, exclamó Alberto. Sí, Mis, yo no puedo.... no debo ver mas.... El empeño que he tomado conmigo mismo se olvida, si esta conversacion se prolonga. A Dios, mi querida Mariana, vos direis á mi tio que he vuelto á Blackwood. Sobre todo, esforzaos para ocultarle vuestra afliccion, y templar la suya. Yo voy por mi parte á procurar sosegarme. A Dios, Mis San-Austyn. ¡Quiera el cielo que jamas dexeis de ser dichosa! Vos no nos dexareis asi, dixo Gertrudis poniendo la mano sobre su brazo. Ab! ¿por que no está aquí mi tia? ¿Habeis podido creer aun un solo instante, continuó, apartando la vista para ocultar su em-

barazo, que un revés de fortuna tuviese poder para cambiar mi opinion, ó la de Madama Stanhope? Si lo habeis creido, no habeis conocido su carácter. Las miras de interes no son de peso alguno para su modo de pensar. Ha mucho tiempo que declaré, que el hombre que eligiera mi corazon tendria su aprobacion sin otra condicion ninguna. Este hombre, pues que es preciso decírselo.... este hombre está á mi vista. ¡Poderoso Dios! exclamó Alberto, arrojandose á los pies de Gertrudis, yo he soportado la desgracia con resignacion, y la indignancia con honor: ¡no permitais que yo me degrade con una culpable debilidad! ¡Dadme la fuerza necesaria para resistir á una prueba tan arriesgada!

Montgomery tenia la cabeza inclinada sobre el sofá al lado de Gertrudis, bañandola la mano con sus

lágrimas , sin hallar ya expresiones para explicar lo que pasaba en su alma. Mis San-Austyn , no menos conmovida que él , procuraba enxugar las suyas para decir á Alberto con un tono sosegado:

Ahora no hablaremos mas de esto : aquí podeis pasar la tarde. Madama Stanhope , quando vuelva , sabrá decir mejor que nosotros lo que conviene hacer.

A pesar de toda la deferencia que tengo por Madama Stanhope , dixo Alberto , yo no puedo en estas circunstancias subordinar mi conducta á su decision: vuestra mucha bondad en este momento de prueba no se borrará jamas de mi memoria. Pero el honor de Madama Stanhope y el vuestro no os permiten escuchar una imprudente generosidad. Yo mismo , penetrado del amor mas puro por vos , ¿ que no sufriria si me supusieran miras

sórdidas , ó me acusaran de no haber aspirado á vuestra posesion , sino por asegurar la de vuestros intereses? No ; esta sola idea me dará la fuerza necesaria para obrar conforme á mis principios. Mi amor , este amor mismo que me llena de orgullo y de gloria , me impedirá el hacer cosa alguna que ofenda su delicadeza y su pureza. Yo exijo absolutamente , replicó Gertrudis , que mudemos de conversacion. El Coronel va á venir , y es necesario que nos encuentre mas tranquilas. Vamos , Mariana , hazme el gusto de mandar nos traigan el té. Por mas que digais , Mr. Montgomery , continuó Gertrudis , yo diviso todavía la posibilidad de que todos seamos dichosos ; y asi no quiero afligirme , ni perder la esperanza.

CAPÍTULO VII.

*Declaracion. Sorpresa. Prenda
de reconciliacion.*

Mariana hacia el té mientras que Gertrudis, sentada en el sofá, tenia á su lado á Montgomery, que siempre resuelto á no pensar en ella, no se separaba no obstante de su inmediacion, ni se ausentaba. Ambos callaban, y si desplegaban sus labios era solo con algunos monosílabos, los cuales no interrumpian sus recíprocas reflexiones. Gertrudis, con los ojos baxos, se metia en si misma creyendo haberse explicado demasiadamente; pero el dolor de Alberto, y la particular estimacion que de él hacia Madama Stanhope, justificaban lo que ella hubiera creído inexcusable en otra coyuntura. Montgomery, mirando

sin pestañear á Mis San-Austyn, que jamas le habia parecido tan bella, pensaba en lo que habia perdido su tío, y deseaba ardientemente no fuese cosa considerable que le obligase á perder una muger para quien únicamente deseaba los favores de la fortuna. Mariana por su parte estaba bien pensativa: su hermano no la era mas interesante que Gertrudis: ver desvanecerse repentinamente los proyectos de felicidad que su imaginacion habia combinado: este golpe de la suerte la agoviaba, y llenaba su alma de amargura.

En esta disposicion se hallaban los ánimos quando anunciaron al Coronel. Alberto fue el primer objeto á su entrada, que estaba sentado en el sofá al lado de Gertrudis. Al ver el ayre de satisfaccion con que miró este quadro, no se habria dicho que acababa de per-

der la mayor parte de sus bienes.

Querido tio, dixo Mariana, corriendo á abrazarle, ¿ por que nos habeis dexado hoy? ¿ Podeis tener pena alguna de la qual no participen vuestros sobrinos? Vos sois una buena hija, sobrina mia, la respondió; pero ahora no se trata de eso. Alberto os habrá dicho.... Mr. Montgomery, le interrumpió Gertrudis, acaba de referirnos el desagradable chasco que os ha pasado, el qual os priva de una parte de vuestro caudal. Pero, mi querido amigo, esa desgracia no os hace perder vuestros apasionados. Si el mio me fuese arrebatado, y no tuviera la proteccion de mi tia, á nadie conozco en el mundo que quisiera deberle obligaciones antes que á vos. Preciosa Mis San-Austyn, dixo el Coronel, vos sois un ángel. Si tuviera un millon, sería para vos. El dinero no hace dichosos,

continuó ella: yo tengo bastante, gracias á Dios, para mi satisfaccion, y para la de mis amigos, como no sean poco razonables. Hay algunos, añadió, mirando con timidez á Alberto, que son demasiado fieros para participar de la fortuna de aquellos mismos á quienes pretenden estimar mas; pero éstos no tienen un afecto real y verdadero. ¿ No sois vos de esta misma opinion, Mr. O'Bryen? Mi opinion es, dixo éste, que vos sois la criatura mas seductora que he visto en toda mi vida. Ah, tio! dixo Alberto, si supierais la mucha bondad con que hoy se me ha manifestado, me mirariais como el hombre mas dichoso del mundo, y al mismo tiempo como el mas digno de compasion.... Bueno! El diablo se lleve la compasion si vos sabeis al fin á lo que debeis ateneros. Mi querida Mis San-Austyn, ¿ que dia

esperais á vuestra tia? Ya se me hace tarde el verla. Mi tia, le respondió, estará aquí seguramente dentro de dos ó tres dias. Mañana la escribiré noticiandola lo acaecido. Quereis decirla algo? No, respondió el Coronel: decidla solamente que yo soy el viejo solteron mas afortunado de toda la Inglaterra. Alberto, acuérdate de lo que voy á decirte. Dentro de un mes cabal intento dar una fiesta á todos los labradores de Blackwood. Nuestros pobres vecinos, sin distincion, asistirán á ella. Mal haya aquel que no ¡ria. Quinientas libras esterlinas tengo reservadas para los gastos del bayle y de la cena. Alberto, Mariana y Gertrudis empezaron á sospechar que el Coronel habia dexado su razon en la mesa.

Mañana hablaremos de esto, tío, le dixo Montgomery: ya es tarde, y haríamos bien de retirarnos. No

señor, todavía no, le respondió el Coronel. Mis San-Austyn, la dixo á esta: ¿no me hariais el honor de danzar conmigo en aquel bayle? Con mucho gusto, le respondió esta, si el bayle se verifica. De eso, replicó el Coronel, yo respondo. Bien puedo sacrificar quinientas guineas por una ocasion semejante. ¿Que pensais de esto, señor sobrino? Por qué ocasion? le preguntó Mis San-Austyn.

Temiendo que el Coronel diese alguna respuesta á Gertrudis que la desconcertara, saltó Alberto, y dixo: segun las apariencias, yo no estaré en Blackwood en la época que habeis dicho, pues es indispensable que yo practique exquisitas diligencias á fin de reparar, si es posible, la pérdida que habeis experimentado. Por otra parte, un gasto como el que proyectais no podrá seros útil en las circunstancias

actuales , y asi creo que mudareis de parecer luego que lo hayais reflexionado mejor. Ni yo mudaré de parecer , respondió el Coronel , ni vos dexareis á Blackwood. Este es un partido , repuso Alberto , indispensable para vuestros intereses , y si es preciso decirlo , para mi felicidad. Y yo sostengo , replicó el Coronel , que es indispensable os quedeis , tanto por mis intereses , como por vuestra misma felicidad. Alberto , mucho tiempo ha que tenéis la cabeza descompuesta , y que yo pienso en curarosla. Para esto era indispensable un remedio violento , y lo he empleado , con la satisfaccion de haber visto que ha sido eficaz. Vuestro juicio está ya en casa.... y mi caudal tambien.... Y es el caso , que no he perdido nada.

Mariana , Gertrudis y Alberto arrojaron un grito de sorpresa. ¿ No habeis perdido nada , tio ? dixo es-

te último. ; Es posible que hayais tenido gusto de burlaros de mi sensibilidad ! Debia yo suponer que no temeriais.... Mentir , añadió el Coronel , no es cierto , señor mio ? No tengais cortedad ; yo os permito decir lo que querais , pues que mi estratagema me ha salido bien. Que hayais querido , dixo Alberto , usar conmigo de ese artificio , ya lo entiendo , y no me quejo , aunque pudiera hacerlo ; pero ponerme en el caso de engañar á Mis San-Austyn.... Ah ! tio , ¿ que papel me habeis hecho representar ! Tienes razon , le respondió ; no habia pensado en eso. Perdonad , Mis San-Austyn , que yo juro no volver á mentir en todos los dias de mi vida. El mas culpable en todo esto es Alberto. ¿ Por que me ha obligado á valerme de este ardid ? ¿ Podria yo saber qual era su objeto ? preguntó Gertrudis. Era , dixo tarta-

mudeando el Coronel, con un ayre un poco confuso, era para .. hacerme desgraciado y ridículo, exclamó Alberto: y volviéndose á Gertrudis la dixo: mil perdones os pido: yo no os he engañado, sino porque á mí me habian engañado. Yo queria desterrarme de vuestra presencia; y ahora os toca á vos exigir que huya de ella. Por rigurosa que parezca la prohibicion de privarme de vuestra vista, esta prohibicion será justa, y me resignaré en ella. Justo cielo! dixo entónces Gertrudis, adivinando de golpe qual habia sido la intencion del Coronel; ¿habeis podido desconocer mi carácter hasta el punto de imaginar que el interes influiria en mi conducta y en mi opinion? Ya lo veis, tío, dixo Montgomery fuera de sí; Ved ahí el efecto de vuestra estratagemá!.... Mis San-Austyn, creed desde luego, que á mí ha sido, y

no á vos, á quien ha querido probar mi tío.... Enxugad vuestras lágrimas, de rodillas os lo pido: yo no puedo soportar el espectáculo de vuestro dolor. Eh! dixo el Coronel, no haceis mal en pedir la perdón, aunque, á decir verdad, mas bien debia yo hacerlo. Vamos, es preciso disimular errores, y no extrañeis, Mis, que yo no me arroje á vuestros pies tan listo como mi sobrino, porque á mi edad no se tiene mucha ligereza en los miembros; y por añadidura de todo esto tengo el honor de ser gotoso. Pero no importa... yo lo haré... bueno... ya lo hice! Imponedme ahora una buena penitencia, que yo os prometo cumplirla.

Formaba un quadro tan gracioso la postura del Coronel puesto de rodillas al lado de su sobrino, que Mariana no pudo contener la risa. Gertrudis habria hecho otro tanto,

á pesar de las lágrimas que aun corrian por sus mejillas, si la profunda pesadumbre estampada en el semblante de Alberto, no hubiera particularmente llamado su atencion.

Mis San-Austyn, la dixo éste, levantandose, estoy demasiado alterado, y soy poco dueño de mí mismo para poderos convencer de mi inocencia en este ridículo asunto, y asi permitid que me retire. Sin esperar respuesta saludó á las damas y á su tio, y se ausentó.

Ved como se ha ido enfadado, dixo el Coronel. Excelente mozo! yo no quiero darle que sentir; pero me fue preciso hacerlo para llegar á mi objeto. Este es un pequeño mal para un gran bien; esto consuela. Lo que particularmente aflige á mi hermano, dixo Mariana, es, que esta aventura le da con Gertrudis un ayre de mala fe, bien

distante de su carácter. Yo hubiera querido que no nos hubiera dicho tan pronto lo que le habiais comunicado. Es que yo se lo previne asi, dixo el Coronel; y en eso no ha hecho mas que obedecerme y cumplir mis invenciones. Todavía insisto, dixo Gertrudis, en que me digais qual era vuestro objeto. Si, como debo creerlo, queriais examinar mi modo de pensar, no debo estaros obligada por este paso, pues lo suponiais necesario. Ah! Mis San-Austyn, ¡quanto siento, dixo el Coronel, veros dar una interpretacion semejante á mi conducta! Mas quiero deciros la verdad limpia, que dexaros en un error injusto para los dos. No hay duda, tio, dixo Mariana, que debeis explicaros con ella claramente. Convengo en ello, y asi voy á hacerlo, bien resuelto por otra parte, á no volver á las andadas. Alberto os ama, Mis, des-

de el primer dia que os vió ; pero no se atrevia jamas á declararse, temiendo ser mal acogido. Por mas que le atormentaba y estimulaba de todos modos, su necia desconfianza no le dexaba obrar ; porque , con excelentes qualidades , mi amado sobrino está provisto de una buena dosis de preocupaciones , é ideas caballerescas en punto al amor. Por lo que hace á vanidad , no tiene mas que mis chinelas. Quando fuera jorobado ó tuerto , no podia desconfiar mas que desconfia de sí mismo. En fin , jamas ha querido creer que podiais estimarle. No mas tarde que ayer le ví volver tan confuso y tan triste , que perdí la paciencia. Vuestra hermosa timidez, Mis San-Austyn , la imputaba á indiferencia , á disgusto , y á no sé qué. Desde entónçes no ví sino un medio de desengañarle , y ved aquí lo que imaginé.

Lejos de pensar que vuestros sentimientos estuviesen atados al interes , estaba convencido de que si Alberto se os presentaba en una situacion desgraciada , vos pondriais fin á sus incertidumbres , declarandole vuestros sentimientos , fuesen los que fuesen ; y penetrado fuertemente de esta idea , le referí esta mañana la historia que ha venido á contaros. Temiendo no poder yo sostener mi papel si me quedaba en Blackwood , excusé el peligro ausentandome de allí , resuelto en todo caso á hacer mi confesion á la noche ; porque me hubiera sido muy penoso el dexarle hasta mañana en un error tan aflictivo. A mi llegada aquí... perdonad, Mis San-Austyn , creí ver en su semblante , y en el vuestro , una señal de cierta satisfaccion dulce , que me hizo presumir al instante que mi proyecto habia tenido las favorables resultas

que deseaba. Lo que dixisteis un momento despues confirmó mis esperanzas: yo no fuí dueño de mi alegría, y en el entusiasmo que me inspiró, se me escapó la verdad. Ved aquí mi pecado con todas sus circunstancias. Yo solo soy el culpable, y si alguno debe ser castigado, nadie merece serlo sino yo. Mr. O'Bryen, respondió Gertrudis, sonrojada, por mas que quiera no puedo aprobar vuestra conducta. ¡Ese chasco me ha hecho obrar de un modo tan extraño!... Si ha reanimado las esperanzas de Alberto, dixo el Coronel, ya veis que soy demasiado franco para deciros que lo siento. Vos no debeis dudar que os ama sinceramente; pensad un poco en eso, y no quedareis disgustada de haberle vuelto el alma al cuerpo. No es porque yo piense en retractarme, dixo Gertrudis, pero yo hubiera querido que mi tia

hubiese estado presente. Oh! si hubiera estado aquí, la respondió el Coronel, no me hubiera atrevido á obrar asi. Yo me hubiera guardado muy bien de ello, tambien en su ausencia, si no supiese que ella estima á Alberto, y que tiene su aprobacion; pero no ha querido proponerosle por sí misma, por dexar á vuestro corazon la entera libertad de la eleccion. Las bondades de mi tia, dixo Gertrudis, son inagotables; y eso me hace esperar me perdonará el haber sido tan fácilmente engañada por vuestra estratagema. Viendo estoy, la dixo el Coronel, que todavía no me habeis perdonado: decidme pues, ¿que debo hacer para apaciguaros? Mi resentimiento se acabó, y no se hable mas del asunto, dixo Gertrudis, presentandole su mano al Coronel. ¡El cielo os colme de sus favores, mi amada Mis San-Austyn! exclamó

mó con las lágrimas en los ojos: ¿ luego puedo esperar que vos se-
reis tambien el apoyo de mi vejez ?
Yo haré los mayores esfuerzos , le
respondió Gertrudis , con una dul-
zura y una modestia encantadora,
para merecer vuestro afecto. Al-
berto y Mariana , la dixo , no me
son mas interesantes que vos: yo os
confundo á todos tres en mi cora-
zon. Ahora que ya he obtenido mi
perdon , es preciso que me marche
quanto antes á Blackwood para re-
conciliarme con mi sobrino. Viendo
estoy que no será muy facil , y que
me costará mucho mas trabajo el
conseguirlo que con Mis San-Aus-
tyn. Si Gertrudis perdona lo pasa-
do , dixo Mariana , ¿ por que no lo
ha de hacer tambien Alberto? Por
su genio , dixo el Coronel , que no
quiere darse á partido fácilmente;
y apuesto algo á que tengo que en-
fadarme con él. Espero que no,

dixo Gertrudis , sonriendose. Ma-
riana y yo respondemos de ello.
Oh! él no creerá jamas que yo ha-
ya obtenido mi perdon. Yo mentí
una vez.... ¿ Como podrá saber que
ahora no miento? Mi hermano , di-
xo Mariana , no dudará de lo que
le digais. Eso no es muy seguro,
respondió el Coronel. ¿ No podeis
darme una cinta , un guante ó qual-
quiera otra cosa vuestra que le
pruebe está hecha la paz ? Vuestra
palabra le bastará , Coronel , dixo
Gertrudis. Lo dudo mucho , os lo
juro , respondió éste. Una cinta vie-
ja vuestra será mas persuasiva que
toda mi eloqüencia. Vamos , haced
las cosas de buena gracia , si no,
aquí me quedo á dormir. Mariana
habló en secreto á Gertrudis

No por cierto , respondió ésta,
á media voz ; yo no puedo consen-
tirlo. Si vos lo dais , acordaos bien
que no será reemplazado. Pues quie-



ro arriesgarme, dixo Mariana. Como se trata de sacar á mi tío de embarazo, jamas dexará de ser perdonable hasta para con vos misma. Qué viene á ser eso? dixo el Coronel á Mariana; y esta le respondió. Tomad, tío, este retrato en miniatura de mi amiga que traigo al cuello: vos solo podiais hacerme hacer este sacrificio. Pero acordaos de que no os doy ese retrato, y que os lo presentó únicamente para que podais hacer ver que estais perdonado: verificado lo qual, espero me lo volvereis. Como! no os chanceais? dixo Gertrudis, ¿vos cedeis en efecto mi retrato? Sobrina, dixo el Coronel, cogiendole, si este sacrificio queda sin recompensa, yo te permito me mires como el tío mas canalla de los tios. Segun las apariencias tú no volverás á ver este retrato; pero yo haré sacar una copia, y la tendrás en un medallón



guarnecido de diamantes, de tanto brillo como los ojos del original. Me marchó. A Dios. En verdad, Mariana, dixo Gertrudis, algo seria, despues de haberse ido el Coronel, que debo enfadarme con vos. ¿No me he portado ya con bastante indiscrecion esta tarde? ¿Que va á pensar vuestro hermano al ver mi retrato? Ah! vos no le conocéis, mi amada Gertrudis. Franco, generoso y sincero como él es, lo habeis atraído á vos irrevocablemente con los testimonios mismos de estimacion que os echais en cara. El don de vuestro retrato, si fuese hecho por vuestra mano, le pareceria mil veces mas precioso; pero soy yo quien se le ofrece: y asi no podeis con razon creer que habeis cometido un crimen, sino que yo he contraído un mérito en este presente. Decid lo que querais, respondió Gertrudis; pero bien se-

gura estoy que vos me habriais regañado mucho, si yo hubiera dispuesto tan ligeramente de vuestro retrato. ¿Que diriais, por exemplo, si se me hubiera puesto en la cabeza habersele dado á Federico? Eso merece reflexion, dixo Mariana. Si yo estuviese bien asegurada de que fuese el mismo que su tia le desea, y que al mismo tiempo tuviese un carácter apropósito para simpatizar con el mio, me consolaria fácilmente de ver mi retrato á su disposicion. Tambien reflexionareis por otra parte, que hay una diferencia esencial entre mi hermano y el vuestro. Este es un hombre de mundo, que no ha hecho mas que cortejar. Alberto, al contrario, es un solitario tímido, que ha pasado su vida en un desierto, y que hasta el momento en que os vió, ignoraba tuviese un corazon que dar.

Esta fue en substancia la conversacion de Mariana y de Gertrudis hasta la hora de cenar. La una gozaba anticipadamente del placer que tendria su hermano. La otra se sonrojaba siempre un poco de haber descubierto los secretos de su corazon. Pero quando reflexionaba que aquel á quien habia hecho depositario de sus interioridades tenia tantas virtudes como qualidades amables, casi estaba tentada de aplaudir el artificio que habia provocado estas confianzas.

CAPÍTULO VIII.

Reconciliacion. Avisos de la amistad.

Luego que Mr. O'Bryen llegó á Blackwood preguntó por Alberto, y le dixerón que estaba en su quarto. Id, y decidle que estoy aquí,

mandó á un criado, y que quiero hablar con él. Mr. Montgomery es dable esté acostado, le respondió el criado, porque luego que vino se retiró á su quarto. En ese caso, dixo el Coronel, hacedle levantar, y desde hoy en adelante quando hableis de mi sobrino tened la bondad de llamarle vuestro amo. Despertadle, si está dormido, anunciandole que el tratado de paz está firmado, y que el enemigo me ha dado rehenes que nos aseguran su buena fe.

El criado fue al instante al quarto de Alberto, que aun no estaba acostado, y desempeñó su comision lo mejor que pudo, pero de manera que Montgomery no entendió palabra: cosa poco extraña, pues el pobre criado tampoco comprendia nada. Alberto baxó no obstante, lleno todavía de cabilaciones desagradables, y aguardó á

que su tio le dirigiese la palabra, que lo hizo en estos términos.

Yo presumo que vuestro espíritu ha tomado su asiento, y que habeis recobrado aquella flemma filosófica que tanto os distingue. Siento mucho, le dixo Alberto, el que no sea cierto todavía. Si la prueba que imaginasteis no se hubiera dirigido sino á Mariana y á mí, el disgusto que nos ha causado habria podido olvidarse fácilmente, y habria servido para haceros ver lo mucho que os apreciamos; pero nada justifica el papel que me habeis hecho representar con Mis San-Austyn. Eh! ¿pues sobre todo no es culpa vuestra? le respondió el Coronel. Ya no faltaba mas que este expediente para corregiros. El corazon de Gertrudis no me era desconocido; yo estaba seguro que la prueba habia de redundar en gloria suya. A mí no me toca, dixo

Alberto, juzgar vuestra conducta. Yo habria deseado solamente que os hubierais dispensado de echar mano de mí. Sea lo que fuere, dixo el Coronel, mi paz está hecha, y la vuestra por consiguiente; porque os han comprendido (asi lo creo) en el tratado. Miéntras que huis, como un cobarde, en lo mas intrincado del combate, yo, yo me he mantenido firme. Yo he peleado, yo he vencido, y ve aquí los despojos del enemigo, añadió el Coronel, mostrando el retrato de Gertrudis.

Este amado retrato lo habia contemplado muchas veces Alberto teniéndole al cuello su hermana; pero jamas se habia atrevido á pedírselo. Vos sois dichoso, dixo á su tio: si permitis que me explique con franqueza, añadiré que lo sois en esta ocasion, mas de lo que debiais esperar. Hacedme la gracia, le res-

pondió el Coronel, de explicarme vuestro parecer sobre este punto. Yo he salido bien con mi empresa, y todo está dicho y acabado. ¿Ignorais que en el mundo no se pierde el tiempo en escudriñar las causas que han conducido tal ó tal personaje á la fortuna y á la felicidad? Sois rico, ó dichoso? pues lo que habeis hecho para conseguirlo todos creen que es bien hecho. Sois pobre? Oh! todo el mundo piensa que sois imprudente, perezoso ó loco. Sentado esto, el retrato es una excelente adquisicion, supuesto que no le he robado. ¿Es don de Mis San-Austyn? preguntó Alberto. No, le respondió el Coronel: vuestra hermana es quien me le ha dado como prueba y prenda de un armisticio. La boca de Mis San-Austin decia, no; pero sus ojos, mil veces mas expresivos que ella, decian sí. Quando yo era joven tenia

la costumbre de atenerme únicamente al language de los ojos. Ese language, replicó Alberto, no es facil de entenderse siempre. Peor para ti, le repuso el Coronel. Por lo demas, ahora pienso que vuestras dudas, vuestras incertidumbres y vuestras aprensiones se han acabado. Ya estais convencido de que Gertrudis... Es un angel, dixo interrumpiéndole Alberto; pero temo que no agradará á Madama Stanhope la prueba á que la habeis sometido. Si le regañan á alguno, le dixo el Coronel, no será á ti: sobre todo, regañen enhorabuena, yo sostendré el ataque como mejor podré; tú, entretanto, te soplarás las castañas que yo habré sacado del fuego. ¿ No van tus escrúpulos á impedirte el tomar este retrato? Ah, tio! exclamó Alberto, cogiéndole con enagenamiento, é imprimiendo en él sus abrasados labios,

¿ puedo yo resistirme á una seducion tan poderosa? Con que somos amigos, le dixo el Coronel dándole la mano. ¿ Hemos dexado de serlo jamas? le respondió Alberto. Yo he manifestado en esta ocasion un poco mas de sensibilidad; pero ya veis que los motivos son tan disculpables. Me parecia que la delicadeza de Mis San-Austyn habia sido ofendida; porque la veia luchar contra su timidez natural para asegurarme que la mudanza de mi situacion no produciria ninguna en la estimacion que me profesaba; yo la habia oido explicar el deseo que tenia de que Madama Stanhope hubiese estado presente para dar su sancion á los dulces desahogos de su alma bella; yo habia, por último, sentido caer sus lágrimas sobre mis abrasadas mexillas.... ¿ Como saber despues que yo habia provocado su generosidad con una fal-

sa alarma , y no estar fuera de mí? Ningun sacrificio me habria sido costoso por obtener la confesion interesante que oí de su boca ; pero cabe en el deber una simulacion tan cruel! Ah! convenid en ello , amado tio , esta es una licencia , y casi me atreveré á decir una perfidia imperdonable. En fin , la cosa está hecha , dixo el Coronel : y esas reflexiones no se me ocurrieron. No hablemos mas de esto , y solo pensemos en que las resultas han sido favorables. Beberemos una botella de clarete ; el dia ha sido caloroso , y me alegro mucho de acabarlo alegremente.

Al dia siguiente de esta escena llegó Madama Stanhope. Su viage habia sido infructuoso , porque el misterio que hacia Federico del lugar de su residencia era impenetrable ; y asi todos quedaron tristes y desconsolados.

Una sola mirada fue suficiente á Madama Stanhope para penetrar que durante su ausencia habia habido una explicacion entre Gertrudis y Alberto.

Muchas cosas tengo que comunicaros , Madama , la dixo Mr. O'Bryen : sin embargo , lo dexaré para mañana. Despues que os ausentasteis he hecho de las mias ; pero juro que será por última vez. Bien resuelto estoy á enmendarme , y os pido por toda gracia que olvidéis lo que ha pasado. Vos me asustais , Coronel , le dixo Madama Stanhope. Ese preámbulo me da á entender que teneis grandes faltas que echaros en cara. Muy grandes , sin duda , la respondió ; pero habiendo obtenido el perdon de todas las partes interesadas , me lisonjeo de que vos no sereis inflexible. Y á mí , dixo Alberto , es necesario incluirme tambien en el armisticio

como culpable de complicidad, aunque lo he sido sin conocerlo, no habiendo servido, segun la expresion de mi tio, sino para soplarle las castañas sacadas del fuego. Ahorradme, señor sobrino, le dixo el Coronel, el trabajo de justificarnos, pues yo me cargo con toda la culpa.

Suponiendo el Coronel y Montgomery que Madama Stanhope estaba cansada, se retiraron temprano. Gertrudis no se detuvo en contar á su tia todo lo que habia pasado: y esta, por su parte, no manifestó menos zelo en calmar sus temores.

Confieso, la dixo, despues de haberla abrazado tiernamente, que el Coronel ha obrado con alguna imprudencia; ¿pero tú, mi amada hija, debias acaso suponer por un instante siquiera, que yo te juzgaria criminoso por haber cedido á

las inspiraciones de la sensibilidad y del honor, á favor de un hombre virtuoso que vincula su felicidad en amarte? Lo que habria querido, sin duda, es que Mr. O'Bryen no hubiera pensado en echar mano de semejante expediente; pero no estoy disgustada de la explicacion que de él ha resultado, porque al fin ha ilustrado á dos jóvenes estimables sobre sus mutuos sentimientos. Ahora, mi buena y amable Gertrudis, permite que yo te felicite por la posesion de un corazon tan apreciable como el de Mr. Montgomery, pues no tengo la menor inquietud sobre tu futura felicidad. Tu inclinacion al sobrino del Coronel no es, hija mia, una ciega predileccion: un conocimiento íntimo y recíproco la hizo nacer, y la hará duradera. Si yo no hubiera tenido de este mozo la mas alta opinion, me habria guardado muy

bien de favorecer vuestra mutua alianza. Pero quando se han cumplido, como él lo ha hecho, las obligaciones de la piedad filial y del afecto fraternal, no se puede dexar de ser un esposo virtuoso; y asi creo no aventuro nada en confiarle la felicidad de mi amada Gertrudis.

La respuesta de Mis San-Austyn fue como debian inspirarla el reconocimiento, el respeto, la amistad y el amor satisfechos; y Mariana tocaba al colmo de la alegría.

¡Que mudanza tan extraña he experimentado en dos años! decia ella. En aquella época me hallaba sin proteccion, sin amigos, y con mi hermano en una prision, lleno de congojas mi infeliz corazon; y hoy me veo rodeada de personas que idolatro, amada, y llena de honor y de gozo. Para complemento de la dicha veo al mejor de los

hermanos siendo el ídolo de su protector y mio, asegurado de la estimacion del objeto que su corazon ha elegido. ¿Puedo acaso reflexionar todo esto, y hallar expresiones suficientes para pintar mi alegría y mi reconocimiento hácia el ser Todopoderoso que me colma de sus beneficios?

CAPÍTULO IX.

Cartas. Perseverancia en tenerse oculto.

Habiendo obtenido el Coronel su perdon de Madama Stanhope, no sin reconvenciones bastante vivas de antemano, y tratado Alberto ya como amante preferido; las dos familias igualmente satisfechas continuaron viviendo con la mayor armonía. Mr. O'Bryen habria querido que el casamiento se hiciese

quanto antes. Su sobrino, que no lo deseaba menos, se abstenia sin embargo de dar prisa á Gertrudis por no exásperear su delicadeza; y no dexaron de escribir á Federico en esta ocasion, estrechándole á que se reuniese á ellos.

La carta del Coronel respiraba á un tiempo la sensibilidad y la originalidad que distinguian su carácter. Convidando á Federico á apresurar su vuelta, le decia, entre otras cosas, que los lazos del parentesco iban quanto ántes á apretar su union; que en consecuencia era obligacion suya complacer á su nuevo tio, y ser docil á sus instancias. Tambien le hablaba de las calabazas que habia dado su hermana al joven Willowby, y Mariana á Eduardo Montgomery. Mi sobrina, continuaba el Coronel, ha manifestado en esta ocasion un orgullo conveniente. Supuesto que á

su madre no la juzgaron digna de entrar en la noble familia de Sir James Montgomery, ¿ como habia de entrar en ella, ella misma? Ved aquí lo que Mariana habria podido decir. Lo cierto es que ella no hacia caso ninguno de él. Yo no me he mezclado de modo alguno en este asunto; pero su conducta en estas circunstancias la vale dos mil libras esterlinas, que tendrá á su disposicion quando las pida.

La carta de Alberto no era menos amistosa; y suplicaba á Federico aprobase la peticion que tenia hecha de su hermana, sancionando con su presencia su próximo enlace. Yo no puedo ser dichoso completamente, le decia, si vuestra ausencia se prolonga. Se me hace tarde abrazar al hermano muy querido de mi amada Gertrudis. Dadme una prueba de que habeis olvidado lo pasado, y de que los la-

zos de la amistad, no menos que los de la sangre, nos han hecho doblemente hermanos.

La respuesta á estas cartas no tardó mucho tiempo. Ved aquí lo que escribió Federico á Montgomery: "Mi querido amigo: me ha sido preciso leer y releer vuestra carta para llegar á creer el suceso feliz que me participáis. Llamar hermano á uno de los hombres que mas estimo, es una satisfaccion que no esperaba en mi destierro.

¡Quan dulce me sería hallarme en estado de aprovecharme de vuestro convite! pero la cosa.... es imposible. Indicadme no obstante el dichoso dia, y lo miraré como el mas afortunado de mi vida.

No lleveis á mal que de todas las cartas que he recibido en este último correo, aunque todas interesantes para mí, dé sin embargo la preferencia á la del Coronel. La

razon es, porque no ha olvidado que soy un pobre recluso seqüestrado del mundo, ansioso de las mas pequeñas menudencias, de las quales vosotros, amantes afortunados, no sospechais el interes con que las deseo. Vuestra carta no me habla sino de Gertrudis, la de esta de Montgomery, y mi tia me escribe de un modo franco y amistoso, mostrandose como siempre la he conocido, constantemente dispuesta á paliar las faltas de los otros, sin tener ninguna que echarse en cara.

Mr. O'Bryen me cuenta que mi hermana ha despreciado, ó dado calabazas, que es su expresion, á Mr. Willowby, y que Mis Montgomery no ha tratado mas favorablemente á su primo. Compadezco á este último de todo corazon. El sentimiento que inspira una muger semejante no se apaga fácilmente.

Hace mucho tiempo que no me he atrevido á pronunciar el nombre de Mis Montgomery; pero la union que va á formarse de nuestras dos familias me autoriza á pensar en aquella que presto será parienta mia; bien que ella no podrá tratar como hermano al hombre que detesta baxo el nombre de San-Austyn... pero yo me extravió... Es menester apartar reflexiones tan penosas para mí, y que no dexarán de seros importunas.

Los papeles públicos me han instruido de que Berners se ha casado. Compadezco de todo corazon á la desgraciada muger que ha hecho semejante eleccion. Dicen que ella es rica; pero presto quedará pobre, aunque sus bienes fuesen diez veces mas quantiosos. No conozco jugador mas decidido que él, ni mas desgraciado.

Mi correspondencia, como que debe resentirse de la uniformidad de mi vida solitaria, no puede ser interesante. Vos sois demasiado generoso para no disculparla. Penetraos bien de lo muy importantes que son para mí hasta las mas pequeñas circunstancias que tienen relacion con la una y la otra de esas dos familias, donde se concentra todo lo que mas amo en el mundo, y obrad á mi favor en consecuencia. Lo que os parezca pequeño, é indiferente á vos que os hallais rodeado de todos los objetos de vuestro bariño, creed que no lo será para mí. La magestuosa elevacion de un arbol, el abrirse de una flor, la salida del sol, el curso silencioso de una luna plateada, las varias bellezas de la naturaleza, en fin lo que en otro tiempo no me merecia ni una mirada siquiera, fixan hoy mi atencion, y excitan en mi alma

un enagenamiento que yo tenia por imaginario. Precisamente en estos momentos de calma es quando mis pensamientos se dirigen hácia los objetos que tanto respeto como amo, y cuya intermediacion deseo ardentemente. A Dios, amigo mio; apresurad el momento en que yo pueda llamaros hermano. — Federico San-Austyn.”

Qué hombre tan cruel! exclamó Gertrudis despues de haber leído esta carta; ¿como puede suponer que yo quiera mudar de estado sin verle junto á nosotros? Yo no lo exigiré, dixo Alberto, dando la mano á Gertrudis, por mas esfuerzos que me cueste, para conformarme con vuestra voluntad. Voy á escribir otra vez á Mr. San-Austyn, suplicándole se compadezca de mí en esta ocasion: y aun quando no sea sino una corta visita la que nos haga, yo le obligaré á que se rinda

á nuestras instancias. Una vez que le tengamos aqui, no será tan difícil conseguirlo. Venga él, dixo el Coronel, que yo se lo entrego atado de pies y manos á Mariana; y quando ella le tenga en sus redes, yo le desafio á que no se desenreda de ellas. En verdad, tio, dixo esta, que yo no creo que mis redes tengan tanta fuerza. Vos teneis la culpa traviesa, la respondió el Coronel. Acordaos como le recibisteis quando vino á presentarse á ellas, y vereis que entónces le enseñasteis á huir mas que de paso de vuestros lazos. De ahí vienen sus temores presentes y su repugnancia á exponerse segunda vez á una acogida semejante. Al oiros, dixo Madama Stanhope, se creará que vuestra sobrina es una criatura temible, y de un carácter para espantar á los que se la acercan. Yo dudo que Federico sea de esa opinion. También lo

dudo yo, Madama, dixo el Coronel, y por lo mismo es mas digno de compasion, porque eso prueba que tiene tan enfermo el entendimiento como el corazon.

El Coronel que debia ir á comer á algunas millas de Blackwood, se despidió un momento despues; pero Alberto se excusó de acompañarle con la mayor política, queriendo mas bien pasar el dia en casa de Madama Stanhope, como que esta le habia convidado á comer.

CAPÍTULO X.

Otro capítulo de amor todavía.

Despues de comer se retiró Madama Stanhope á su gabinete á contestar ciertas cartas urgentes. Mariana se ausentó tambien un poco despues sin decir palabra, de

modo que Alberto y Gertrudis se encontraron solos. Esta, confusa y con los ojos baxos, callaba; y aquel por sacarla de la confusion en que estaba se remontó á la época de su conocimiento, habló de sus inquietudes pasadas, de su satisfaccion actual, y de todo aquello que se proponia hacer para no manifestarse jamas indigno de su felicidad. He creido hace mucho tiempo, añadió, que os era indiferente, y casi odioso. Ah! y quanto me ha costado el contener la declaracion de los sentimientos que vos me inspirabais! Y yo, dixo Gertrudis, con un ayre tímido, he pensado mucho tiempo que vos no podiais estimarme, y esa ha sido la causa de la violencia que debisteis observar en mi conducta. Qué error! dixo Alberto: ¿no adivináis desde que época os amo? En verdad dixo Gertrudis, que esa es una pregun-

ta que yo no me atrevería á hacerlos. Por qué, dixo Alberto? Sospechariais que no os hablase con sinceridad? Oh! no por cierto, dixo Gertrudis; pero vuestra respuesta me daría á entender, tal vez, lo que temo saber. No puedo comprender vuestra idea, dixo Alberto. Si tuvierais la bondad de explicarme.... puedo yo hacerlo? repuso Gertrudis.... me sonrojo de mi debilidad. Sí, Montgomery, continuó, apartando la vista: quando mi corazon se declaró por vos, todavía estaba en que no me amabais. Mi querida amiga, exclamó Alberto, jamas olvidaré esa confesion preciosa, y consagraré todos los instantes de mi vida á no desmerecerla; pero me es fácil desvanecer vuestros escrúpulos. La primera vez que os vi, todos vuestros movimientos y vuestra fisonomía me paráron, pero sin inspirar-

me amor. Mas luego que os conocí mas; y quando las verdaderas qualidades de vuestra alma noble y generosa se desenvolvieron á mi vista, desde entónces no fui dueño de resistir al imperioso ascendiente que tomabais sobre mí; y sin la funesta idea que tenia de que os desagradaba, hace mucho tiempo que no hubiera tenido nada que descubrir. Ah! Montgomery, dixo Gertrudis, vos os habeis vuelto adúlador!.... Yo no tengo duda, sino sobre la época: eludir la pregunta, puede que sea contemplar mi amor propio. Vos responderiais mas terminantemente si mis conjeturas fueran falsas. Sí, dixo Alberto, yo contemplo el amor propio de alguno, pero es el mio solamente y no el vuestro. ¿Por que quereis obligarme á declarar un robo á mi modo? Un robo! exclamó Gertrudis, pues qué habeis tomado? nada sin

duda sino el corazon de una muger, y un robo de esta especie no es de aquellos que se castigan. No, respondió Alberto, es otra cosa: yo robé... un pañuelo de faltriquera. Bueno! dixo Gertrudis, ¿y que tiene que ver un pañuelo de faltriquera con lo que yo quiero saber? Pues vais á saberlo, dixo Alberto. El dia que os vi tan afanada para volver á la vida á la pobre Betsey Southern, ese dia mismo perdió la libertad mi corazon. Os servisteis de vuestro pañuelo para envolverla la cabeza, y aquel pañuelo vino á parar á mi poder, de donde no ha salido.

Enseñadme, le dixo Gertrudis, á olvidar aquella época vergonzosa de mi vida, porque jamas me acuerdo de ella sin horrorizarme y correrme. ¿Que debisteis pensar de mí, quando Betsey os contó mi historia? Mi loca conducta no pudo me-

nos de excitar vuestro desprecio. Confesad la verdad, Alberto, vos sois incapaz de ocultarla. Pues sabreis, dixo este, que tuve mucho sentimiento, y formé la resolucion de olvidaros, persuadido á que vuestro corazon estaba empeñado irrevocablemente. Mi tio me estrechó á que os pidiera, y yo fui muy dueño de mí mismo para no ceder á sus instancias, y de alli vino el echarme en cara mi insensibilidad y mi frialdad. Ah! quán fácilmente hubiera podido conocer la injusticia que me hacia, si hubiese podido leer en el fondo de mi alma!

Gertrudis inclinó la cabeza, y las lágrimas se manifestaron en sus ojos.

¿Quiera el cielo, dixo al ver esto Montgomery, que jamas vuelva yo á dar lugar á semejantes dolorosos recuerdos! Mis incertidumbres han cedido á la mas dulce convic-

cion. ¿ En el curso de mi peligrosa enfermedad no vi yo vuestras lágrimas, mi amada Gertrudis? ¿ En una época todavía mas reciente, no he visto con que precipitacion os arrojasteis á mis brazos por huir de un peligro...que no se repetirá? Ah! Montgomery, dixo Gertrudis, ese dia fue sobre todo quando me disteis pruebas de interes bien expresivas y tiernas! Vamos, repuso Alberto con agrado, echemos todo eso en olvido. Ahora que nuestros corazones se entienden, que nuestros mutuos temores han desaparecido, ¿ no podré yo decidiros á fixar el dia que completará mis deseos? No hay dos meses, dixo Gertrudis, que os declarasteis. Y dos años hace, dixo Alberto, que os amo. No quisiera, replicó Gertrudis, tener inquietud alguna sobre la suerte de mi hermano. ¿ Que no pueda yo saber, dixo Alberto, donde está escondi-

do para hacerle venir á vuestros brazos! Me parece, le respondió Gertrudis, que el viejo Jonathan, á quien ha dexado en Yorkshire, debe saberlo. Si fuera posible arrancarle este secreto.... Yo vuelo á Yorkshire, dixo Alberto, y estoy seguro de que mi tio querrá acompañarme. Federico le estima; si llegamos hasta ese solitario obstinado no volveremos sin él. Tantas bondades, dixo Gertrudis, me imponen las mas dulces obligaciones, y las cumpliré, Montgomery, pues creo poderlo asegurar. Vos vais á verme demasiado ejecutivo, mi amada Gertrudis, y á acusarme de que yo propio pongo precio á mis servicios. Pero acusadme y regañadme, yo soy inflexible, y mi intencion es partir dentro de dos dias. El tiempo de mi ausencia es indeterminado; porque si llego á saber que San-Austyn ha salido de Ingla-

terra, y está en Francia, ó en qualquier otro rincón de la Europa, no me detendré en ir á sacarle de allí. La celeridad de su correspondencia nos indica no obstante que no está lejos de nosotros. Yo parto pues; pero para sostener mi espíritu en esta expedición, emprendida bajo los auspicios del amor, por el interés de la amistad, necesito la seguridad de ser recompensado á mi vuelta..... Y bien! mi querida amiga, no me respondeis? Madama Stanhope os responderá por mí, y yo me conformaré con sus deseos. Vamos á buscarla, como á Mariana, para consultarla sobre la nueva tentativa que habeis resuelto hacer.

Al instante aprobó el proyecto Madama Stanhope. Jonathan es el único, dixo, que puede sacarnos de dudas, á menos que no esté también empeñado en el misterio. Os daremos Gertrudis y yo cartas

credenciales para facilitar el suceso de vuestra comision; pero si esta tentativa no produce efecto, es menester renunciar todo otro expediente.

Luego que comunicaron al Coronel lo que se habia dispuesto, exclamó: ¡pardiez! vos habeis adivinado lo que yo queria hacer, pues contaba ir á Londres dentro de ocho dias para aclarar este asunto que tengo en mi corazón; pero al mismo tiempo para adquirir nuevas noticias, de las cuales no habria hablado á menos que no hubieran tenido el favorable efecto que tanto se desea. No me disgusta que Alberto haga este viage. Dos cabezas valen mas que una, aunque sean de ajos, dice el proverbio.

Tres dias despues Mr. O'Bryen y su sobrino estuvieron listos para marchar. Madama Stanhope les entregó las cartas para Jonathan, y

para Federico, en el caso de encontrarle, y otra para su apoderado en Londres, en la qual le suplícala mirase al Coronel y á Montgomery como los mejores amigos de su sobrino, y les diese sobre el objeto de sus diligencias todos los indicios que estuviesen en su arbitrio.

Nuestros viajantes, antes de entrar en el carruage, se desayunaron en casa de Madama Stanhope. Mariana y Gertrudis parecían tristes y abatidas. Qué significa eso? dixo el Coronel, que no habia perdido nada de su buen humor. Vuestras caras melancólicas me dan calentura, y os lo advierto. Vamos, valor: nosotros traeremos al hijo pródigo. Yo creo haber leído que las damas estaban en uso de armar á sus caballeros. La moda ha pasado, y yo lo siento, porque una buena muchacha vale mas para ayuda de cámara, que un lacayo rús-

tico. Querido tío, respondió Mariana, esforzandose á parecer alegre, ¿por que no me enviasteis á buscar para entraros las botas? Oh! dixo el tío, en buenas manos me habria puesto! Vos podeis hacer algo mejor, zanganita....viniendo á abrazarme, y á desearme buen viaje. Mariana se levantó, y echó los brazos al cuello de su tío con toda la ternura de su corazon. Que el cielo te haga dichosa, hija mia, la dixo el tío, llenandola de caricias.

Mis San-Austyn levantada tambien para abrazarle á su vez, lo executó, y el Coronel la dió cinco ó seis besos muy bien aplicados.

Ahora, dixo este, me creo invulnerable. Federico bien puede ver lo que hace, pues no se escapará del asalto que le preparo. Vamos, señor sobrino, alto á las armas, marchemos.

Alberto abrazó tambien á las da-

mas, y llegandose á Gertrudis la dixo al oído: *acordaos....* oh! si! respondió ella con emocion: ¡como podría yo olvidar un proceder tan generoso!

CAPÍTULO XI.

Deudas generosamente pagadas. Disputa muy extraordinaria entre tío y sobrino.

Al día siguiente á su llegada á Londres, Mr. O'Bryen y Montgomery fueron á visitar al capitán Watson, y le llevaron á comer con ellos. El Capitán no habia podido dexar de admirar la conducta de Alberto desde su desafio con San-Austyn, y supo con gusto que se habian hecho amigos: en quanto al retiro de Federico no pudo darle noticia alguna, porque no le habia vuelto á ver mas despues que

salió de Londres. Sus amigos sospechan, dixo, que ha pasado al Continente. Lo que á mí me hace dudarlo, es que he recibido despues de su partida dos cartas suyas selladas en Reppon. Es un mozo ciertamente lleno de generosidad y de nobleza, y sus extravíos son de aquellos que solo á él perjudican, y que fácilmente se reparan; mientras que el miserable á quien tiene derecho de echarle en cara sus desgracias, está envilecido, y no se atreve á manifestarse. Fué cierto que Berners se casó? preguntó Alberto. Cierto y muy cierto, le respondió el Capitán, y con gran disgusto suyo. Un amigo mio estaba en el Haya quando este casamiento se efectuó. Nosotros lo supimos, dixo Alberto, por los papeles públicos. Si su muger no es joven, á lo menos la tienen por muy rica. Eso fue, respondió el Capitán, lo que tam-

bien creyó Berners, pero su travesura le faltó en aquella ocasion. La prenda que ha cautivado dama mucho tiempo de Graham antes de casarse con él, habia hecho tan buen uso de su caudal, que dexó muy poca cosa por su muerte. Fina para engañar Mistris Graham, supo hacer creer que era rica; y sin estar en la flor de su edad, la quedaba mucho brillo, y cierto manejo seductor que la atraxo un monton de admiradores. Berners por su parte se vendió por hombre opulento, de suerte que se buscaron ambos con la recíproca intencion de engañarse, y lo consiguieron completamente los dos. Vease ahí un bribon castigado como lo merecia, dixo el Coronel; yo compadezco no obstante la suerte de su muger; porque él hará mil diabluras hallandose sin dinero. Me parece, dixo Watson, que vos, mi Coronel,

podeis hacer mejor uso de vuestra compasion. Segun me han escrito, la tal señora hizo pasar las penas del purgatorio al pobre Graham: sin duda no habrá dexado de hacer, y hará lo mismo con su segundo marido; y así contemplo que no se quedarán á deber nada los dos lindos esposos.

Al otro dia Mr. O'Bryen y Montgomery fueron juntos á casa del apoderado de San-Austyn, y despues de los cumplidos de estilo, le dixo el Coronel: yo tengo encargo de Madama Stanhope de satisfacer las deudas de su sobrino, y así tened á bien citar á todos sus acreedores, y tener pronto un descargo completo para Mr. San-Austyn. Si mal no me acuerdo creo se trata de unas seis mil guineas. Esta noche os entregareis de esta cantidad; y he mandado á mi apoderado venga á buscarme aquí. Ya hay

extinguidas dos mil libras esterlinas de esta deuda, le dixo el apoderado, y asi solo quedan por pagar quatro mil. Caspita! dixo el Coronel, la paciencia pierdo, viendo que por tan poca cosa el aturrido se esconda y rehusé el darse á partido con sus amigos. Parece, dixo aquel, que Mr. San-Austyn estaba decidido á desempeñar sus bienes en el menos tiempo posible, supuesto que á este fin ha consagrado casi todas sus rentas: resolucion ciertamente que le hace mucho honor. Ah, tio! dixo Alberto á Mr. O'Bryen despues que se despidieron del apoderado de Federico, vos me habeis ocultado una sorpresa bien agradable. Bien seguro estoy que habeis imaginado vos mismo este expediente para obligar á San-Austyn á venirse con nosotros. Yo no hago, le respondió el Coronel, sino lo que Ma-

dama Stanhope querria hacer infaliblemente si no la quedase todavía un poco de incertidumbre sobre la constancia de las disposiciones actuales de su sobrino; pues estoy persuadido á que esta excelente muger no tiene apego ninguno al dinero.

Despues de comer, el Coronel en el momento de salir para ir á la cita que tenia dada, dixo á Montgometry: tengo que evacuar ciertos negocios que me ocuparán parte de la noche: no os necesito; y asi quedaos aqui, ó haced lo que mejor os parezca hasta mi vuelta: entónces sabreis lo que se ha hecho en vuestra ausencia.

Alberto no dixo palabra, y dexó salir á su tio á la cita que tenia dada. Como es menester menos tiempo para dar dinero, que para buscarle, el negocio quedó prontamente concluido; el Coronel contó la

suma , y tomó recibo á nombre de San-Austyn. La escritura por la qual habia empeñado Federico sus bienes, no debia ser entregada sino á él mismo y baxo su recibo ; y asi se convino en que su apoderado fuese el depositario de ella hasta que él se presentase á recogerla.

Ahora , señores, dixo el Coronel , luego que este asunto se concluyó , lo que tengo que deciros concierne al mismo tiempo á la familia de Mr. San-Austyn , y á la mia. Mi sobrino , Mr. Montgomery que me acompañó aqui esta mañana , debe casarse con la sobrina de Madama Stanhope , y os quedaré obligado de que extendais las capitulaciones matrimoniales. El caudal de Mis San-Austyn asciende á diez y seis mil libras esterlinas , de las quales quedará dueña para sí y sus herederos , con una dote proporcionada á los bienes de Mr. Mont-

gomery. Este artículo le dexaréis en blanco. Mr. Wright, mi apoderado, os dirá á quanto asciende mi caudal, del qual desde ahora aseguro la mitad á mi sobrino sin ninguna especie de restriccion. Es menester que la escritura esté expedida para firmarse de aquí á quince dias lo mas tarde, pues para entonces habremos vuelto á Londres.

Despues que hubo dado todas las noticias y apuntes necesarios que le pidieron los magistrados, Mr. O'Bryen volvió á su posada, y encontró á Alberto muy ocupado en escribir á Gertrudis. Yo espero , le dixo el Coronel , que no hablareis nada de lo ocurrido esta mañana. Tiempo tendremos de hacerlo á nuestra vuelta. Por lo mismo no hablo palabra, dixo Alberto. ¿ Habéis concluido vuestros negocios, añadió? No señor, le respondió. No he concluido ni mis negocios, ni

los vuestros. Los de San-Austyn son los que lo estan. Ved aquí su descargo final. Mucho me alegro, dixo Alberto: yo ignoraba que tuvieseis otros negocios á parte de los de San-Austyn, y sobre todo, otros en los quales debiese yo interesarme.

El Coronel, sin responderle, bebió á la salud de Mis San-Austyn, y estrechado por su sobrino, le dixo: yo no he querido vuestra compañía, porque me hubierais contrariado, y algunas veces me agrada hacer mi santísima voluntad, sin tener que responder á las majaderías de *pues, ya*. Sabreis pues que he dado orden de que extiendan vuestra escritura matrimonial, y creo que á nuestro retorno no sea un papel inútil. ¿No encontrará extraño Madama Stanhope que se haya dado un paso semejante sin su noticia, dixo Alberto? ¿y que pensará tam-

bien Mis San-Austyn? Todavía reconconvenciones! El diablo contigo cargue, y Dios me perdone, enemigo de sobrino. No, no serías tú el que me atraparas, si yo fuera buena muchacha, le dixo el Coronel. Pues sí señor, replicó Alberto, temo afligirla. Es imposible, le repuso el Coronel, porque no manifestaremos este documento sino á su debido tiempo. Lo que yo he hecho nos evitará el disgusto de esperar. Gertrudis conservará la propiedad de sus bienes con un dote proporcionado á los vuestros. Tanta generosidad me agobia, dixo Alberto, y faltan expresiones á mi reconocimiento. Sin duda es conveniente dexar á Mis San-Austyn el goce de sus bienes; pero en quanto á mí, os suplico me dexéis dependiente de vos. ¿Pensais que sea penoso, y vergonzoso para mí el consideraros siempre como padre? Lejos estoy

de imaginarlo , Montgomery , dixo su tio ; pero en esta ocasion me parece necesario lo que hago. Yo no quiero que digan que Mis San-Austyn se ha casado con un hombre que no tiene nada.

El agradecimiento tierno de Alberto no le permitió hacer réplica alguna ; y se cubrió la cara con las dos manos para ocultar sus lágrimas.

Vámos, vámos, sé razonable, le dixo el Coronel ; bien pensado tenía que todo esto te enterneceria, y por lo mismo lo he dispuesto y arreglado sin ti. Mas habria hecho sino hubiera temido tu resistencia. ¿Que importará que yo te abandone mi caudal desde ahora , ó que lo conserve para que lo disfrutes despues de mi muerte ? Yo no debo temer que el afecto que me tienes se debilite ; y pues soy tu segundo padre , yo reclamo sus derechos. Déxame hacer lo que quiero, y no

me lo agradezcas. Ah, tio! exclamó Alberto, mi mismo padre no nos hubiera dispensado tan singulares favores, ni tenido con nosotros tantas bondades como las que os debemos. Cada dia, despues que hemos tenido la dicha de conoceros, lo habeis señalado con algun beneficio. Pero quedar enteramente independiente, es lo que ni debo ni puedo consentir. Pues sin embargo, yo lo quiero, dixo el Coronel, y asi será. ¿Quien sabe lo que puede sucederme ? Si la edad me volviera un poco mas loco de lo que soy, pudiera tal vez enamorárme. Yo quiero correr ese riesgo, dixo Alberto. No señor, le replicó su tio, y no se hable mas del asunto. Haz traer la cena, y soplemonos en la cama quanto antes, porque mañana muy temprano tenemos que marchar.

CAPÍTULO XII.

*Betsey Southern vuelve á parecer
en la escena.*

En la larga mansion que Mr. O'Bryen habia hecho en las Indias Occidentales contraxo íntima amistad con un propietario llamado Vicente. Este era un hombre de cerca de treinta y seis años, bastante bien hecho, de un carácter sólido, y con una renta de seiscientas libras esterlinas.

Al dia siguiente de la partida del Coronel para Londres, este Vicente, á quien varios negocios de comercio habian traído á Inglaterra, llegó á Blackwood con la intencion de ver á su antiguo amigo antes de reembarcarse para las Indias. Mistris Mosely le recibió con toda la consideracion debida al amigo de

su protector, y envió á decir á Madama Stanhope quien era el sujeto que habia llegado; y esta dama le hizo decir al instante pasase á su casa, lo que executó sin detenerse.

Madama Stanhope le contó que el Coronel y su sobrino habian dexado momentaneamente á Blackwood para ir á terminar un asunto que le importaba mucho á ella especialmente. Vicente al cabo de quince dias tuvo precision de volver á Londres; pero no se le dexó marchar sino despues de haber prometido volver á Blackwood antes de su reembarco para las Indias.

Aunque todo el dia estaba en casa de Madama Stanhope, dormia en Blackwood, y se desayunaba ordinariamente con Mistris Mosely: en consecuencia tuvo ocasion de ver á Mis Southern, á la que tuvo por hija suya. La figura de esta jóven, y la dulzura de su trato te-

nian un superior atractivo; y ese Mr. Vicente que habia llegado á los treinta y seis años con un corazon invulnerable, en menos de quince dias llegó á ser el humilde adorador de la tímida y modesta Betsey.

La víspera de su viage á Londres una casualidad favorable le proporcionó una conversacion particular con ella, en la qual se declaró, y la ofreció su mano con tanta finura como respeto. Mis Soutbern recibió sus ofertas con los sentimientos de una jóven, cuyo corazon no estaba empeñado; pero la memoria funesta del delito de Berners no la permitió aceptarlas. Sin embargo mezcló tanta dulzura en su negativa que su amante conservó la esperanza de vencerla.

Convengo, la dixo, en que apenas me conoceis; pero me atengo á lo que de mi carácter y persona

os informe Mr. O'Bryen. ¿Si este informe me es favorable, y que vuestro corazon esté libre, por que me repelereis? Porque, respondió Betsey avergonzada, no soy digna del honor que quereis hacerme. Permitidme, la dixo, me dirija á vuestra madre.

A estas palabras, no pudo Betsey contener sus lágrimas. Ah! exclamó, ya no tengo madre. Mi buena amiga Mistris Mosely me sirve de tal. ¿Luego á esta comunicaré mis intenciones, dixo Vicente? El respeto filial que la teneis me es un seguro garante de vuestra deferencia á sus consejos. Yo daré la vida por manifestarla mi reconocimiento; pero os suplico, señor, no penseis en mí, porque soy una desgraciada, que...

No tuvo espíritu para decir mas, y huyó, dexando á Mr. Vicente algo sorprendido de su conducta.

Mistris Mosely, que llegó un momento despues, interrumpió sus reflexiones, y la informó de las ofertas que acababa de hacer á Betsey.

Mis Southern, respondió esta buena muger, está confiada á mis cuidados, y la miro como á hija; pero su suerte depende de Madama Stanhope, y es menester que yo hable con ella antes de contestaros. Me parece, la respondió, que yo puedo sin inconveniente comunicarla mis intenciones, mañana mismo, antes de marchar.

En efecto, al otro dia habló Mr. Vicente á Madama Stanhope, la repitió lo que habia dicho á Mis Southern, y solicitó su mediacion.

Yo creo poder contar, la añadió, con conseguir mis deseos, si os dignais interesaros á favor mio. Aunque no conozco á Mis Southern sino muy pocos dias hace, me parece que es la única muger que me

conviene. Poco tiempo me queda que estar en Inglaterra para poder esperar una larga decision. La disparidad de nuestras edades, si su corazon está libre, será compensada con mis atenciones y con mi inalterable cariño á su persona. Sobre todo estoy convencido de la bondad de su corazon, aunque no tuviera mas prueba que su conducta con Mistris Mosely, á quien he creido, y tenido hasta ahora por madre suya. Yo os prometo, respondió Madama Stanhope, comunicarla vuestras intenciones; pero sería, no obstante, prudente no mirar este asunto con un interes demasiado vivo. Betsey es una joven muy estimable; pero hay gran diferencia entre vuestra situacion y la suya. Eso puede ser, Madama, la dixo: pero su juventud y su rostro compensan con usura las ventajas que yo puedo ofrecerla. Yo aplaudo en

ella, sobre todo, la dulzura de su carácter, y la bondad de su corazón; y estoy muy distante de exigir de Mis Betsey un amor de novela. Ciertos miramientos y una amistad sólida me bastan, y creo poderlo esperar de ella. En este asunto, respondió Madama Stanhope, procuraré obrar con la mas rigurosa imparcialidad; y á vuestro retorno de Londres sabreis las resultas.

Al dia siguiente á la partida de Mr. Vicente, Madama Stanhope hizo llamar á Mistris Mosely y á Mis Southern, y desempeñando con esta la comision de que se habia encargado, la pidió su respuesta. Ah, Madama! la dixo esta, yo no seré jamas capaz de engañar á ningun hombre: ; quien ha de querer casarse con una muger desgraciada y culpable! Mr. Vicente, respondió Madama Stanhope, es

un hombre de razon, y sabe hacer distincion entre la imprudencia y el crimen; y á esta distincion es á la que debeis mi estimacion y mi afecto. Abridme vuestro corazón, querida. ; Si jamas hubierais visto á Berners, habriais aceptado la proposicion de Mr. Vicente? Nunca hubiera pretendido unirme á él, la respondió. El Coronel tiene á Mr. Vicente en la mas alta opinion, segun nos lo ha dicho varias veces, replicó Madama Stanhope. Vuestra conducta actual justifica el interes que inspirais. Qualquiera que sea vuestra determinacion, contad con mi amistad. Hablad sin temor, y no tomeis consejos sino de vuestro corazón.

Mis Southern respondió de modo que dexó percibir era sensible á las ofertas de Mr. Vicente, confesando no obstante habria deseado conocerle mas antes de decidirse; pero,

añadió, el honor que quiere dispensarme hace mas amarga la memoria de mi extravío. La dama de Berners no debe ser la muger de un hombre estimable. No es menester engañarle, sin duda, dixo Madama Stanhope; ¿tendreis bastante espíritu para autorizarme á declararle todo lo que ha pasado?

Esta pregunta causó la mayor turbacion á Betsey; pero un momento despues volvió en sí, y dixo: sí señora, tened la bondad de contárselo todo. Esta confesion servirá de excusa á la negativa que debo dar á una oferta que me habria lisonjeado, si me hubiera creído digna de ella. Si esta declaracion que hará ver á Mr. Vicente el candor de vuestra alma, pudiese mudar su resolucion, contad á lo menos, querida mia, con la perseverancia de mi amistad, y con la de toda mi familia.

CAPÍTULO XIII.

Viage al Norte.

Mr. O'Bryen y su sobrino llegaron á la casa de campo de la familia de San-Austyn tres dias despues de su salida de Londres. El viejo Jonathan, por quien preguntaron al instante, despues de haber leido con ternura y respeto la carta de Madama Stanhope, los conduxo á la sala, y los preparó la cena, á petición del Coronel, que manifestaba un grande apetito.

Mr. Jonathan, le dixo, yo obro como lo veis. En la mano de vuestro amo está hacer otro tanto en mi casa quando guste pasar á ella. Madama Stanhope os habla en su carta del objeto de nuestro viage: y pues que os necesitamos, no dudo nos servireis. Ah, señor! respondió el viejo Jonathan, Madama

Stanhope es la mejor muger del mundo. Si me es posible obedecerla sin faltar á lo que debo á mi amo, yo lo haré con mucho gusto. Yo la he visto nacer. Todos los criados de su padre se habrian arrojado al fuego por servirla. No es nuestra intencion Mr. Jonathan, le dixo el Coronel, el exponeros á una prueba tan terrible. Todo lo que teneis que hacer por servirnos es decirnos francamente donde está Mr. San-Austyn. Eso es precisamente, respondió, lo que me está prohibido. ¿Y á que viene esa prohibicion, replicó el Coronel? Un criado no tiene derecho, dixo el viejo, de preguntar á su amo el por qué de las órdenes que le da. Yo le supliqué casi de rodillas que se quedase aquí; pero no quiso, y marchó. Bien está, dixo el Coronel; pero nada os impide decirnos donde se halla. Perdonad señor, el me

queria hacer jurar que guardaria el secreto; pero como yo no gusto de hacer juramentos, se contentó con mi palabra. Pues bien, guapo Jonathan, le dixo el Coronel, yo me encargo de que se os perdone esta falta, y cien libras esterlinas serán el premio de vuestra complacencia. Señor: ¿os agradaria, respondió Jonathan, que seduxesen la probidad de vuestros criados, y que les ofreciesen cien libras esterlinas por revelar un secreto que les hubieseis mandado tener oculto? Reflexionad, le dixo Alberto, que solo pensamos en la felicidad de vuestro amo. Su tia y su hermana estan impacientes por verle volver á ellas.

Súplicas, promesas y amenazas empleó Mr. O'Bryen sin fruto; Jonathan se mantuvo inflexible, y el Coronel y su sobrino se fueron á acostar poco satisfechos del fin de su mision.

Al dia siguiente no fueron mas felices. La asistencia mas puntual les fue prodigada por el viejo Jonathán; pero el secreto que querian descubrir no salió de su pecho.

La obstinacion de este viejo, dixo el Coronel, me encanta, y me corre á un mismo tiempo. Pardiez! vease un lindo viage! Bien recibidos vamos á ser por cierto á nuestra vuelta. Lo que me dexa esperar ver aparecerse á San-Austyn, dixo Alberto, es el partido que habeis tomado de soldar sus cuentas. El querrá desempeñarse con vos, y puede ser que debamos al amor propio lo que ha reusado á nuestras instancias. Inútil es, dixo el Coronel, que estemos aqui mas tiempo. Sin embargo no quisiera volver todavía á Blackwood; y si no supiera que el tenerte separado de Gertrudis es lo mismo que dar-te tormento, propondria dar una

vuelta que tengo en mi corazon mucho tiempo hace. No teneis mas que mandar, dixo Alberto, y solo quisiera me dixerais á donde pensais ir; porque teniendo que escribir esta noche á Mis San-Austyn para participarla el ningun fruto que hemos sacado de nuestras diligencias, la diré al mismo tiempo vuestra determinacion y nuevo proyecto. Siempre he tenido deseo de visitar la casa de campo de tu padre, le respondió el Coronel. Luego que el arrendatario haya cumplido su contrato, la tomaremos, y haremos en ella los reparos convenientes; porque pienso que tu intencion no será dexarla arruinarse. Ah! no necesito deciros lo mucho que ese plan me agrada, respondió Alberto! Si fuésemos allá, dixo el Coronel, antes de volver á Blackwood, qué diriais? Pero puede ser que sea una casa miserable:

dexémoslo , porque yo no podria verla sin detestarme á mí mismo. El temor que manifestais, dixo Alberto , me decidiria por sí solo á suplicaros hicieseis ese viage. Nada fastuoso hay en los lugares que vieron nacer á Mariana y á mí; pero quanto mira á la comodidad se halla allí reunido. ¿ Quanto tiempo gastaríamos en este viage, preguntó el Coronel? Diez dias á lo mas , respondió Alberto , pues que la estacion es hermosa , y vamos en posta. En ese caso, dixo el Coronel, vamos allá al instante. Los caballos, respondió Alberto, estarán prontos dentro de media hora , y mañana podremos dormir en Edimburgo.

En el momento de partir hizo el Coronel otra nueva tentativa con Jonathan , por arrancarle el secreto. Yo os predigo, mi viejo camarada , le dixo al tomar el coche, que San-Austyn no os dará gracias

por vuestra terquedad ; pero yo no guardo rencor , y tomad esas veinte guineas para vos y las gentes de la casa. Bebereis á la salud de un par de enamorados , cuyo casamiento no tardareis en saber. Ah ! exclamó el viejo Jonathan , ¿ luego es la amable Gertrudis la que se casa ? que el cielo la bendiga , y bendiga tambien al hombre que ha elegido !

Alberto le apretó la mano afectuosamente , y marcharon. A medida que este se acercaba al lugar de su nacimiento , mil memorias tiernas se le representaban , y sumergian en melancólicas reflexiones. El Coronel no estaba menos pensativo ; no quiso detenerse ni un dia en Edimburgo , aunque era la primera vez que veia aquella capital de la Escocia ; y á los tres dias de su partida de Yorkshire llegaron al condado de Sutherland. Como Mr. O'Bryen , á pesar de su edad , gus-

taba de montar á caballo, y este ejercicio le sentaba bien, propuso á su sobrino hacer á caballo el resto del viage. Habiendo dexado en consecuencia su carruage y sus criados en la posada, al dia siguiente se encontraron en Melness. La intencion de Alberto era tomar noticias de su amigo Mr. Home acerca del arrendatario que ocupaba su casa: pero Mr. Home y su muger estaban en el campo; no obstante supo por sus criados que podia contar con una acogida amistosa por parte de aquel arrendatario, á quien todo el mundo alababa, por que exercia la hospitalidad con la mayor cordialidad y franqueza.

Mas hay todavía, añadió el criado de Mr. Home; vuestra ama de llaves, Bárbara, vive en la casa, y tendrá gran gusto en veros: la pobre muger no habla jamas de vos, ó de Mis Montgomery sin enterne-

cersé. Pobre criatura! dixo Alberto. En Ross estaba colocada quando llegamos á Inglaterra. Mariana no habria dexado de atenderla si hubiera creido que sus socorros la fuesen necesarios. Supuesto que la casa solo dista de aquí dos millas, dixo el Coronel, vamos á estar allí despues de comer. Yo no estoy cansado, y nada mejor podemos hacer que no detenernos.

Alberto consintió en ello; y al salir de Melness entraron en un valle cerrado por dos montañas áridas, cuyas cumbres tocaban á las nubes. Al aspecto de aquellos promontorios salvages el Coronel enmudeció, se puso pensativo, y una obscura melancolía estaba pintada en su semblante. Montgomery por su lado al volver á ver aquellos sitios que le acórdaban los inocentes placeres de su infancia, y las primeras pesadumbres de su juventud,

se sentia demasiado conmovido para romper aquel melancólico silencio. De repente Mr. O'Bryen paró su caballo, y dixo á su sobrino: yo no iré mas allá: jamas he visto un país mas horroroso que este. El miserable que ha podido dexar á su hermana enterrarse en estos desiertos, mientras que él vivia en la abundancia, mereceria morir en ellos abandonado de toda la naturaleza. Animo, tio, respondió Alberto: presto vereis que el país muda de aspecto. En efecto, apenas hubieron andado un poco, quando entraron en un vallecito agradablemente cultivado, y sembrado de chozas, cuyos habitantes simples, y casi salvages, y á quienes la vista de un extranjero era un espectáculo extraordinario, les miraban con una admiracion mezclada de respeto. Muy luego una preciosa habitacion situada en la pendiente de una

colina, atraxo las miradas del Coronel. Un jardin que la industria y la naturaleza herloseaban, la cercaban por todas partes. Delante de ella se veian árboles de diversas especies, arbustos y flores; por detras se extendia una huerta espaciosa que elevándose con la montaña ofrecia á la vista el mas agradable espectáculo.

El Coronel se paró. Yo me engaño, dixo á su sobrino? Ah! sin duda: esta hermosa casa no será la de vuestro padre. Os engañais, mi querido tio, respondió conmovido Alberto, pues esta casa, hoy monumento de la inestabilidad de las cosas humanas, fue largo tiempo el asilo de la paz y de la dicha de los que me dieron el ser.

Mr. O'Bryen no respondió nada. Llegando á la casa se apearon, y Montgomery llamó á la puerta. Una muger anciana vestida con aseo,

y manifestando en su semblante alegría y buena salud, vino á abrirles. Al ver á Alberto quedó sorprendida, y despues de haberle mirado un rato, como para asegurarse de que sus ojos no la engañaban, se tiró á él abrazandole, y exclamando: Mr. Alberto! mi amado hijo! que dicha es la de veros! Ah! yo no la esperaba ya! ¿Por que no habeis traído á la buena Mis Mariana? Mi querida Bárbara, respondió Alberto, abrazándola al mismo tiempo, mi hermana está buena, y probablemente la vereis presto. ¿Podremos ver á tu amo? Este señor es mi tío, y quiere visitar nuestra antigua habitacion. Seais bien venidos, les dixo Bárbara. No hay hombre mas humano ni mejor que mi amo. Si supierais solamente la mitad del bien que hace á los infelices que le buscan, le amariais como yo le amo. Me alegro mucho,

la dixo Alberto, de que os halleis en una situacion tan feliz. Decid á vuestro amo que estamos aqui. Mi tío debe estar cansado; estamos á caballo desde esta mañana. Mi amo, dixo Bárbara, ha salido, pero no tardará: miéntras que viene podeis descansar.

Bárbara los conduxo á la sala, cuyos muebles se mantenian en el mismo órden que Alberto los habia visto en otro tiempo. La silla poltrona de su padre, una pantalla bordada por su madre, y su piano llamaron á la vez su atencion, y le causaron una impresion la mas tierna. Al mirar á su tío, le vió con las lágrimas en los ojos, y este espectáculo aumentó su propia emocion. El cielo que me llevó el mejor padre, ha querido que vos le reemplaceis, le dixo Alberto; y si habeis perdido objetos que interesaban á vuestro corazon, pensad que

mi hermana y yo nos empeñaremos en indemnizaros. Dexa correr mis lágrimas, respondió el Coronel, enxugandose los ojos: estas no son amargas. Lo que estoy viendo suaviza la amargura de mis pesadumbres. Yo no esperaba encontrar una habitacion tan cómoda; y ya no dudo que mi hermana, con un esposo é hijos como los suyos, habrá vivido aqui dichosa. Ah, señor! dixo Bárbara, esta casa era un paraiso sobre la tierra, y los que la habitaban unos ángeles. Veinte años enteros les servi, y creo que mientras mas iban entrando en edad mas se querian. Bárbara, dixo el Coronel, vos vendreis á Inglaterra á acabar vuestros dias junto á los hijos de vuestros buenos amos. El cielo os bendiga, señor, dixo Bárbara. Yo daré mi vida por estos niños que tantas veces he tenido en mis brazos. Pero en mi edad ya no hay

gusto para viajar. Solo deseo una cosa, y es el quedarme en esta casa hasta que me muera. Pues os quedareis en ella, mi buena Bárbara, dixo Alberto, y yo cuidaré de aseguraros una pension conveniente para que no os falte nada. Oh! eso es inútil, respondió Bárbara, porque Mr. Audley, el amo á quien hoy sirvo, me da quanto necesito, y permaneceré en su servicio mientras que esté contento conmigo. Es el mejor hombre del mundo. Todos nuestros vecinos le admiran y bendicen desde la mañana hasta la noche. Vos me inspirais un deseo vehemente de conocerle, dixo Alberto. ¡Es tan modesto, y tan dulce, continuó la buena Bárbara! Jamas olvidaré el dia que entré á servirle, porque entónces estaba bien triste. Mi hermana se habia muerto, y no tenia amigo ninguno; y habiendome visto por casualidad en casa de

Mr. Home, y sabiendo que yo habia servido á vuestros padres, me dixo le convenia, y me traxo consigo. Yo estaba mal vestida y muy afligida; pero al instante me puso decente, y sus bondades me consolaron bien presto. Estoy aturdida de que un hombre de este carácter no se haya casado. La soledad en que vive debe parecerle muy penosa. Desde la mañana hasta la noche está ocupado. Quando suelo decirle que estará muy cansado, se rie, y me responde que no podria estar ocioso un minuto. En efecto, yo observo que se entristece quando no tiene que hacer. El jardin estaba lleno de broza quando nos trasladamos aqui: él la ha limpiado y compuesto por su mano con el ayuda de su criado.

Alberto y su tio estaban ocupados en admirar el órden y la variedad de legumbres, frutas y flores

que adornaban el jardin, quando Bárbara grita de alegria, ah! ya oygo á mi amo. Cielo! á regañarme va por no haberos ofrecido de refrescar; porque siempre me dice que en un pais como este, cada casa debia ser una posada; y la suya lo es, porque todo el mundo viene á ella, sea rico ó sea pobre, y este con preferencia..... Perdonad que voy á recibirle.

Bárbara no se dió bastante prisa; porque al instante mismo se abrió la puerta, y entró su amo. Jesus! exclamó, retrocediendo, me han vendido! San-Austyn! creeré lo que veo? dixo Alberto, corriendo á abrazarle. Vendido! podeis acaso serlo, quando veis á un hermano, á un amigo á quien este encuentro colma de alegría y completa sus deseos? Cáspita! dixo el Coronel, ¿estabais de acuerdo para sorprehenderme? ; El chasco es ex-

celente! Yo os lo perdono de todo corazon. Vamos, venga vino pronto, porque lo necesito para recobrar mis espíritus. Mi amado Coronel, dixo Federico, sin duda soy deudor de vuestra visita á la indiscrecion de Jonathan, y se la perdono por el placer que me ha procurado. Vino, vino, pronto, repitió el Coronel: ¿creéis que yo pueda resistir una conmocion semejante sin un excelente confortativo? Mi encuentro con Alberto no me trastornó ni con mucho como este. Querido amigo, le dixo Federico, desolado estoy por no tener vino en casa. Esta es la primera vez que siento su privacion, y me avergüenzo.... ¿Por que razon avergonzarse, dixo Alberto? Mi tio gusta de cerveza: Bárbara, anda á buscar la mejor de la bodega, que me persuado la beberá con gusto. Bárbara salió, y un momento des-

pues volvió con dos botellas de excelente cerveza. Sentémonos San-Austyn, dixo entónces el Coronel. Vos sabreis que no os pierdo de vista: es menester que me deis vuestra palabra de honor de no andar con misterios con nosotros. Ya será bien inútil, dixo Federico. Aqui me creia bien oculto; y á pesar del gusto que tengo de veros, no os ocultaré que no estoy satisfecho de Jonathan. El cielo le confunda, dixo el Coronel! El bribon no merece le queráis mal. Jamas hemos podido arrancarle vuestro secreto, á pesar de la oferta de cien guineas que le hice. Nuestra venida aqui es solamente un efecto de la casualidad.

Alberto confirmó la asercion del Coronel. Yo no puedo dexar de creerlos, dixo Federico; pero os confieso habria querido hallarme antes de este suceso un poco mas

reconciliado conmigo mismo. Sea como fuere, yo me lisonjeo, Montgomery, de que no despedireis á vuestro inquilino. No seguramente, respondió Alberto; pero si persistis en vivir aquí usaré de toda la influencia que tengo con Gertrudis, luego que adquiriera el correspondiente derecho, para empeñarla á que venga aquí conmigo, porque estoy determinado á reclamar de vos todas las prerogativas de la fraternidad. El expediente que he tomado, dixo Federico, me ha parecido indispensable. He querido experimentar si me era posible vivir tres años seguidos de un modo que me permitiese el fiarme en adelante de mis principios; ¿y por que me impediriais el acabar la execucion de mi proyecto? Un año ha pasado ya, y me resignaré gustoso á pasar aquí los dos restantes. En aquella época me hallaré desempe-

ñado de todas mis deudas, entraré en el goce de mis rentas, y procuraré usar de ellas mejor que lo hice antes. Ahora hablaremos de eso, dixo el Coronel, pues se me hace tarde el saber como os habeis confinado aquí. Vuestra curiosidad es justa, dixo Federico, y voy á satisfacerosla al instante. Montgomery me perdonará sin duda el haberle engañado. Oh, desde luego! dixo este, pues que debo á esa treta el mejor día de mi vida. Debeis acordaros, dixo Federico, que nos encontramos en casa de Madama Stanhope el mismo día que fuisteis á buscarme, despues del odioso mensaje de Berners á Mis Montgomery, y que me contasteis vuestra historia. No obstante mi extravagante conducta y mis gustos de entónces, tuve gran deseo de seros útil; pero persuadido á que no habriais querido aceptar ningun favor mio, indi-

qué á mi tia la profesion de las armas. Este estado os desagradaba; y el comercio parecia llenar vuestros deseos: yo pasé toda la noche pensando el modo de servirlos, sin darme á conocer, creyendo por otra parte no poder jamas hacer bastante para reparar la injuria de que teniais que quejaros. Al fin pensé en la casa que teniais en el Strathnavern. Vos habiais dicho que no habia quien la alquilase, á causa de la excomunion en que habia incurrido vuestra familia; y desde el dia siguiente hice la diligencia de tomarla por mi cuenta. Me indicaron un Mr. Micloed, domiciliado en Aberdeen, y en el espacio de un mes el asunto quedó concluido, baxo el nombre de Audley, quedando el mio ignorado de todos aquellos á quienes trataba entónces, y hasta de Mr. Home. De este modo me he procurado el derecho de ocu-

par esta habitacion, sin haber formado entónces el proyecto de firmarme en ella. Un hecho me falta que aclarar, dixo el Coronel. Todavía me acuerdo de un párrafo de una de vuestras cartas, en que me deciais que un error desesperado habia sido la causa principal de vuestro proyecto de retiro: error, añadiais, que nuestro encuentro habia disipado. Este es un enigma que jamas he podido desatar. Pues vais á saberlo, dixo Federico. Sumergido en todos los excesos de la disipacion, me lisonjeaba de haber superado mi inclinacion á Mis Montgomery, quando la casualidad la ofreció á mis ojos en el teatro de Drurylane. Un instante bastó para desengañarme: yo me creia curado, y no lo estaba. Obligado á apartarme de ella, despues de la indiscrecion que la hizo sabedora del desafio, que vos tuvisteis la ge-

nerosidad de ocultarla, pasé á un palco inmediato; desde allí, Coronel, os vi entrar, y sentaros entre Mis Montgomery, y Mistris Moseley. Vais á burlaros de mí; lo merezco, y sufriré la mofa lo mas filosóficamente que pueda. Mi primera conjetura fue que erais su marido. Desesperado y furioso quise huir, pero no tuve valor para hacerlo, y os seguí al salir del teatro, á cuya puerta oi llamar á los criados de Mis Montgomery. Yo la pido mil perdones, é igualmente á vos mi buen amigo; pero me atreví á confundirla entónces con las mugeres del mundo que componian mi sociedad. Amor, aborrecimiento, deseo de verla, y proyecto de huir de ella, todo esto llenaba mi alma de afectos tumultuosos y contrarios que la despedazaban por todas partes; mi salud se resintió, y cai malo. En el silencio de la soledad con-

seguí tranquilizarme. Mis extravíos me causaron horror, y arrancarme del abismo, ó perecer fue entónces mi resolucion. Empecé por procurar á Berners una plaza en los guardias; empeñé mis bienes para pagar mis deudas, y tomé el partido de dexar la Inglaterra con ánimo de no volver á ella hasta hallarme enteramente desempeñado. En estas circunstancias fue quando os encontré Mr. O'Bryen, y quando vos me abristeis los ojos sobre la injuria atroz que mis presunciones habian hecho hacer á Mis Montgomery. Este encuentro no me hizo mudar de plan; y la perfidia de Berners, que descubrí al otro dia, gracias á Mis Southern, solo sirvió para hacerme apresurar su execucion. Durante mi mansion en Yorkshire, que prolongué con la intencion de saber quales serian las resultas de la herida de aquel miserable, me

dió gana de ir á Edimburgo, donde no habia estado, y de andar una parte de las montañas de Escocia. Esta casa, que no dexé de visitar, me agradó tanto, que resolví limitar y concluir en ella mis viages, persuadiendome á que podria vivir en un parage semejante tan ignorado, como en el continente. En consecuencia volví á Yorkshire para dar mis órdenes é instrucciones á Jonathan sobre el modo de remitirme las cartas, y dirigir las mias, y me di priesa á fixarme aqui con un solo criado y la buena Bárbara. Bravo, amigo, dixo el Coronel: esta relacion me encanta; pero espero que al fin acabareis vuestro romance con nosotros.. Yo no me hallo en disposicion de volver á montar á caballo esta tarde; podeis alojarnos? Seguramente dixo Federico. Mr. Montgomery lo hallará todo dispuesto y ordenado

como lo estaba en otro tiempo. Este es el gusto de Bárbara, al qual no me opongo jamas.

Federico los conduxo á varios quartos que solo tenian de notable la mayor sencillez, y el aseo mas grande. Alberto, que advirtió un sombrero en una pequeña pieza, donde habia una cama, preguntó: quién duerme aqui? esta es la pieza de Mariana. Hoy es la mia, dixo sonriendose San Austyn. Otras hay mas cómodas, replicó Alberto. Mariana dormia solamente en ella por estar mas á mano de mi madre, si se la ofrecia algo de noche. Y Federico la prefiere, dixo Mr. O'Bryen, porque Mariana la preferia. Vamos, sed franco, no lo he acertado? Yo no niego nada, respondió Federico: quando no se tiene á mano todo lo que se desea se contenta uno con algo, que vale mas que nada. Asi, asi me gustan los hombres, francos

é ingenuos, dixo el Coronel. La vista del jardin agradó mucho á Alberto por las mejoras que en él habia hecho Federico. Bárbara vino á avisar que la cena estaba pronta; y el Coronel quedó gustosamente sorprendido de hallar en ella vinos de varias clases en abundancia, que San-Austyn habia enviado á buscar á Melnes por su criado: atencion que Mr. O'Bryen le agradeció mucho.

CAPÍTULO XIV.

Viage á Londres. Disposiciones.

Y bien! quando marchamos? dixo el Coronel á Federico al tiempo que se juntaron á desayunarse al otro dia. Alberto, que ya quisiera estar lejos de aqui, cuenta los minutos, y nos enviaria á los diablos

si fuera menos politico. Por cierto, dixo Federico, que no me dexareis tan pronto. Antes de vuestra llegada nada me faltaba aqui; pero vuestra ausencia me va á hacer conocer el disgusto de vivir solo. No experimentaréis ese disgusto, amigo mio, le dixo el Coronel, porque yo os llevo. Todo está preparado allá abajo, y sereis recibido con los brazos abiertos. Breve, ó venis con nosotros, ó me quedo aqui. Sería jugar-me una buena pasada, á mí que cuento baylar en la boda de Alberto el resistiros á nuestras instancias. Suplicoos, dixo Federico, no me deis priesa á abandonar una resolucion de la qual pende mi tranquilidad futura. Yo he resuelto permanecer aqui hasta la época que no deba nada. Vease aqui, dixo el Coronel, un mozo bien terco; es menester servirle á su modo. ¿Me prometéis venir á Blackwood, luego

que hayais recibido vuestro finiquito del individuo á cuyo favor empeñasteis vuestros bienes? Os doy mi palabra de honor, le dixo Federico, que lo haré. Pues bien, le repuso el Coronel, aqui le teneis sobre la mesa. Yo os cojo la palabra, y es preciso seguirnos.

San-Austyn enmudeció por algunos instantes; pero al fin dixo: Vos me agobiais, generoso amigo; yo que no he merecido de vuestra familia sino el aborrecimiento y el desprecio, recibir tantas pruebas de generosidad, de bondad, y de un paternal afecto, esto es mas de lo que puedo soportar! Sosegaos, mi amado Federico, le dixo Alberto. No somos amigos? qué digo! no somos hermanos? ¿y entre nosotros deben tomarse en boca servicios ni obligaciones? A lo menos, Coronel, replicó Federico, para satisfaccion mia, y de mi amor pro-

pio, si lo llevais á bien, consentid que mis bienes queden á disposicion vuestra, hasta que expiren los tres años de mi empeño. Bien, bien, dixo el Coronel; por todo paso con tal que yo os lleve.

Por la tarde, todos tres fueron á Melnes con el designio de hacer una visita á Mr. Home, el qual los recibió con la cordial franqueza de un montañés; pero no pudo lograr el detenerlos; y proyectada su partida para el dia siguiente, volvieron á dormir á la habitacion de Federico.

Despues de haber dexado la casa encargada á Bárbara, Mr. O'Bryen, su sobrino, y Federico, acompañado de su criado, se pusieron en camino al otro dia temprano. Llegando á la posada donde habian dexado á sus criados, tomaron caballos de posta, y rápidamente pasaron á Rippon, y alli

descansaron un dia. Alberto escribió á Gertrudis; pero el Coronel, permitiendole contase su retorno á Escocia, le prohibió expresamente dixese que habian hallado á Federico.

Al dia siguiente volvieron á tomar la posta, y al tercero llegaron á Londres. El infatigable Coronel fue al instante á casa de su apoderado con Alberto y San-Austyn. Muchachos, les dixo, al llegar, hacedme el favor de escucharme. Portaos como hombres de razon en el asunto que vamos á terminar. En quanto á vos, San-Austyn, se trata de retirar vuestros papeles, y los títulos de propiedad de vuestros bienes de mano del hombre que los tenia en depósito. Pensad que es vuestra tia la que ha arreglado vuestros negocios, y que yo no he sido mas que un agente suyo. Tú, sobrino, yo no

exijo de tu complacencia sino un silencio absoluto sobre lo que va á pasar. Pardiez! esto no es difícil, tú me das mas sujecion para deshacerme de mi dinero, que la que tuve para ganarle. Yo lo heredé de mi padre; este lo recibió de su tio, y tú lo tendrás de mí. Todo esto es muy natural. Vos me comprendéis los dos; y así comportaos en consecuencia, ó me enfado muy de veras.

Este serio discurso hizo tan dóciles á Federico y á Alberto como él queria. Concluidas todas las disposiciones respectivas tanto á los negocios de San Austyn, quanto á la cesion que el Coronel hacia á Montgomery de la mayor parte de sus bienes, se volvieron á la posada. Mr. O'Bryen para animarlos convidó á cenar al capitán Watson, el qual tuvo mucho gusto en volver á ver á Federico, y sobre todo en

verle reunido á los dos hombres que mas queria.

Durante la cena el capitan Watson les dixo, que Berners y su muger habian hecho una separacion escandalosa; que ella se habia marchado á Venecia, y él á Portugal.

Esta noticia fue el asunto de su conversacion, hasta el momento de retirarse el Capitan. Entónces fue quando Alberto contó á Federico que Gertrudis habia sido herida por Berners: suceso que se lo hubiera hecho mas odioso á Federico si hubiese podido aborrecerle mas.

CAPÍTULO XV.

Reunion.

Al otro dia muy temprano Mr. O'Bryen con su sobrino y San-Austyn, partió para Dorsetshire. Quando llegaron á una distancia de dos

millas de la casa de campo de Madama Stanhope, Federico se separó para irse á Blackwood donde le esperaban, porque el Coronel tuvo la precaucion de enviar delante á su criado. Su sobrino y él continuaron su viage, y llegaron á la casa. Fueron recibidos como acostumbraban serlo, aunque disgustadas las recibidoras de verles volver como habian ido. La alegría del Coronel, y sobre todo la de Montgomery, aturdia, y casi escandalizaba á Gertrudis. A lo menos, se decia ella, debia afligirse de no haber encontrado á mi hermano. Si le agradezco el gusto que manifiesta al verme, otro tanto le agradecería la expresion de su sentimiento por la inutilidad de su viage.

El Coronel se extendió mucho sobre la terquedad del viejo Jonathan, á quien jamas pudo arrancar el secreto. Vuestra carta, dixo Ma-

dama Stanhope, nos informó de que disteis una vuelta á Escocia hasta el patrimonio de Mr. Montgomery. ¿Habeis quedado contento de lo que habeis visto? Enteramente satisfecho, Madama, la respondió.

He quedado encantado de la habitacion, pero aun mas del que ahora la ocupa, que es Mr. Audley: es el mejor muchacho que he visto en mi vida; y á menos que no me hayan engañado diez leguas en contorno, es tan bueno, como amable. Me alegro, dixo Mariana, con expresion; nuestra pobre choza ha sido siempre el asilo de la paz y de la virtud. ¡Quiera Dios que jamas dexé de serlo! Mi hermano me ha dicho que el inquilino no es casado: y en un país tan desierto la privacion de toda sociedad debe parecerle difícil de soportar. El no es casado, dixo el Coronel; pero tiene consigo una muger, á la que pa-

rece muy adicto, y quiere mucho. Puede ser, replicó Mariana, que sea alguna parienta. No, no son parientes, respondió el Coronel. El la vió por casualidad, la encontró de su gusto, y la empeñó á irse con él; y estoy bien seguro de que la cuidará miéntras viva. Debe hacerlo sin duda, dixo Mariana, sonrojandose, y siento mucho que un hombre semejante habite la casa de mis padres. ¿Y como habeis podido decirnos que ese hombre era bueno? ¿Pues que es lo que prueba que no lo sea, repuso el Coronel? Lo que acabais de contarnos, le respondió Mariana. Yo no os he dicho nada que se parezca á eso, añadió el Coronel: ¿y por que dar á mis palabras un sentido que no tienen? Eh! Mariana, eso es muy malo: yo no os habria creído jamas capaz de tener semejantes ideas. En verdad, Coronel, dixo Madama

Stanhope, que vuestra alegría os arrebatá. Vos no advertis la confusión que causais á vuestra sobrina: yo he querido enseñarla á no precipitarse en sus juicios. Vamos, vamos, continuó el Coronel, pasando la mano por la cara á Mariana; voy á tranquilizaros. La muger que tiene consigo aquel mozo, es fuera de burlas vuestra antigua criada Bárbara. Yo imagino que está seguro con ella. Poco cuidado me da su virtud, dixo Mariana riendo. Y yo quiero, la replicó el Coronel, que os le dé, Mis. Aquel mozo nos ha manisestado tanta amistad, y hemos estado tan encantados de las mejoras y adornos que ha hecho en la casa, que lo hemos empeñado, no sin mucho trabajo, á acompañarnos, y está en Blackwood; yo no he querido presentárosle Madama, añadió el Coronel, dirigiendose á Madama Stanhope, sin haber obtenido antes

vuestro permiso. Me parece, Coronel, le respondió esta, que á veces sois tan ceremonioso, como os picaís de no serlo en otras ocasiones. ¿Tengo necesidad por ventura de repetiros á cada momento que vuestros amigos lo son míos? En ese caso, Madama, la repuso el Coronel, voy á decir á Alberto vaya á buscarle, pues estoy cierto de que ese mozo os agradará. Si Mariana pudiera amarle, creo que sería un casamiento muy completo. Por cierto, Coronel, le dixo Madama Stanhope, que os adelantais demasiado. Vos no conocéis ese mozo sino muy poco tiempo hace: ¿y como podéis contar, ni saber qual es su carácter? Bien está, Madama, la respondió; pero en esto creo tener razon, y quando le veais sereis de mi mismo parecer. Y bien! Alberto, dixo á su sobrino, que veia sentado junto á Gertrudis, ¿que haceis

abi? ¿por qué no vais á buscar á vuestro amigo? pues se me hace tarde el presentarle á Madama Stanhope. Mis San-Austyn os permitirá, asi lo espero, el dexar para otra ocasion el fin interesante de la anedocta que la contabais al oido.

Alberto se levantó, y marchó al instante. Madama, dixo entonces Mr. O'Bryen á Madama Stanhope, quisiera deciros una palabra á parte. Yo he consultado en Londres á varios agentes, y quisiera saber qual era vuestro modo de pensar acerca de lo que me han informado.

Mariana y Gertrudis se retiraron. Entónces Mr. O'Bryen contó á Madama Stanhope todo lo que habia pasado en su viage, sin ocultarla el partido que habia tomado de pagar las deudas de su sobrino. La hizo presente con todo el calor de la amis-

tad que despues de un año habia tenido Federico una conducta irreprehensible; que habia dado pruebas de generosidad y de bondad, que no debian dexar la menor duda de que habia vuelto al camino de la virtud, y á la solidez de sus buenos principios. Madama Stanhope oyó esta relación como debia oirla una tia sensible y generosa, á la qual se la hace tarde abrir los brazos á su sobrino.

¿Pero por que dixo á Mr. O'Bryen habeis tenido á mis pobres chicas suspensas y pensativas? Gertrudis quedará encantada de volver á ver á su hermano, y Mis Montgomery se esforzará, bien segura estoy, á olvidar lo pasado, por complacerme. Espero yo tambien, dixo el Coronel, que lo olvidará por su propio interes. El pobre mozo la quiere hasta el extremo, aunque apostaré qualquiera cosa á que no

se lo dice. Baxo ese respecto, dixo Madama Stanhope, no le compadezco, porque ha merecido lo que le sucede. Pero estoy impaciente por comunicar tan buena noticia á nuestras mozas. Ah! mi querido amigo, yo conozco la imposibilidad de indemnizaros de las penas que os ha costado el traer á ese fugitivo. Vos me indemnizaréis ampliamente, la dixo el Coronel, dexandome el gusto de sorprehender á Mis San-Austyn, y á mi sobrina. Yo no he querido tomarme esta libertad con vos; pero con ellas estoy casi seguro de ser perdonado. Vos me habiais sin embargo prometido, le dixo Madama Stanhope, que renunciariais semejantes sorpresas. Sí señora, la respondió, si se trataba de afligirlas; pero esta es al contrario. Permitid pues que yo tenga este gusto, y será la última vez. Preciso es, le dixo, darosle, puesto que

sois incorregible. Madama Stanhope llamó, y Mis San-Austyn y Mariana entraron en la sala. Un momento despues se oyó parar un coche.

Alberto es, dixo el Coronel, que llega con Mr. Audley. Vamos Mariana, este es el momento de desplegar vuestros atractivos y vuestras gracias, hija: tirad con todas vuestras baterías á un tiempo, y matadle sin darle quartel. No por cierto, tio, le respondió esta riendose; yo no quiero tirar al ayre; y por otra parte pudiera suceder que el paxaro no valiese tanto como la pólvora. Cuidado: mirá que si tú yerras este, desde ahora te pronostico que morirás soltera.... Pero voy á recibirle.

Mr. O'Bryen salió de la sala, y un momento despues volvió á entrar en ella trayendo á Federico de la mano.

Permitid, Madama, dixo el Coronel á Madama Stanhope, os presente este jóven, cuya cabeza ha podido extraviarse; pero cuyo corazon jamas ha dexado de ser bueno. Hermano! mi querido hermano Federico! exclamó Gertrudis, interrumpiendo al Coronel, y arrojandose al cuello de San-Austyn, diciendo, sois vos á quien abrazo? O Madama, continuó esta conduciendo á su hermano á los pies de su tia, á los quales ella misma se arrojó tambien diciendola, recibid á mi hermano: vos me habeis perdonado; y seriais menos buena con él? Hablad, tia la mas querida: bendecid á vuestros dos hijos.

Madama Stanhope enternecida en extremo no pudo en algunos instantes articular palabra; se inclinó á ellos, los abrazó tiernamente, y al fin les dixo: ¡Que la bendicion del cielo, mas poderosa que la mia,

os acompañe incesantemente! ¡Buscad siempre la felicidad en la virtud!

La emocion de aquellas tres interesantes personas no les permitió ver que el Coronel se habia ido con su sobrina y sobrino.

Ah, Madama! dixo San-Austyn, ¿es posible que recibais con tanta bondad al que con desprecio de su propio juicio ha desdeñado vuestros sabios consejos, y ha roto con vos y con toda la familia por entregarse al mas vil y miserable? Merezco las mas sangrientas reconvenciones, y por lo mismo me siento con valor para escucharlas. Pero este exceso de generosidad me agobia. A menos que la memoria de lo pasado no se borre enteramente de la vuestra, no osaré creer que podais perdonarme. Nuestra buena tia lo olvidará todo, dixo Gertrudis. Aqui no se acuerda ya nadie de vuestros errores pasados: ¿no

han olvidado los míos? Ah, Federico! ¿he merecido yo el amor de un hombre como Montgomery? San-Austyn abrazó tiernamente á su hermana.

Hija mia, dixo Madama Stanhope, calmad vuestra emocion. Federico ha vuelto como yo le deseaba siempre, y así condenaremos al olvido lo pasado. ¡Que sueño espantoso me parece haber tenido! dixo Federico. ¿Como he podido yo tener fascinados mis ojos tan largo tiempo? Nada menos que en el momento en que repelia vuestras bondades, os hacia justicia, y mi indignidad me horrorizaba. Aquella noche misma que meditaba la muerte de Montgomery, ó la mia, no pude soportar la idea de que habia de pasar á vuestros ojos por mas vil todavía de lo que lo era en efecto. Os escribí, os expliqué el arrepentimiento de mis extravíos; y en

otra carta dirigida á Mis Montgomery, la ofrecia todas las satisfacciones que estaban en mi mano. Ah, Federico! dixo Gertrudis, ¿como pudisteis pensar conspirar contra la vida de Montgomery? Si el uno ó el otro hubiera perecido, ¡que desgracia no habria sido la mia!... Yo os acuso de cruel; y yo misma me acuerdo de un tiempo en que Alberto me era casi odioso. Mi corazón se ha mudado mucho, y no temo decir delante de vos y de mi tia, que el hermano de Mariana es para mí tan apreciable como vos mismo. Federico, si amais la virtud, es preciso que ameis á Montgomery. El es el hombre, dixo aquel, que mas estimo, excepto su tio, á quien debo obligaciones que ni puedo pagar, ni explicar. Ambos merecen en efecto todo vuestro reconocimiento, dixo Madama Stanhope, por el zelo infatigable que han manifesta-

do por haceros dichoso, y traerme un sobrino que me es preciso estimar siempre. Pero soseguemonos un poco, y vamos á buscarlos, porque son dignos de nuestro afecto, y de toda nuestra confianza. Voy á buscarlos, dixo Gertrudis: no esperaba yo esta mañana tener un dia tan gustoso.

El Coronel estaba en la biblioteca con Alberto y Mariana. En un instante fue á ellos Gertrudis llena de alegría, y les dixo:

Venid, amigos míos, á participar de nuestra satisfaccion. Estoy enfadada con Alberto porque ha tenido valor de dexarme tanto tiempo en la incertidumbre. *Yo no soy voluntariamente culpable*, respondió Alberto. Sin trabajo me perdonaríais si supierais el que me ha costado obedecer á mi tío, y lo que á este ha sido menester emplear de codazos, de ojeadas, y de gestos para impe-

dirme que revelase el secreto. ¿ Luego es contra vos, Coronel, dixo Gertrudis, contra quien debo enfadarme? Yo soy demasiado viejo, respondió este, para resistir una tempestad. Acordaos del trabajo que me costó el echarme á vuestros pies la última vez que hube menester me perdonaseis. Vamos á buscar á mi tia, dixo Gertrudis. Pues bien, ¿ y vos Mariana, no me felicitais por haber encontrado á mi hermano? Con todo el corazon, respondió esta. ¿ Pero no es mejor que yo me quede aqui? La vista de Mr. San-Austyn y la mia va á ser desagradable para uno y otro. Preciso será venir á parar siempre en que os veais, dixo el Coronel; y así lo mas presto que se salga del paso es lo mejor. No vayais con un ayre serio y remilgado á cortar á ese pobre mozo, y hacerle perder todo el fruto de su reconciliacion con su fa-



milia. Este dia es un dia de olvido y de felicidad. Olvidar y perdonar es lo que está en el orden.

Mr. O'Bryen entró el primero en la sala, y apretando cordialmente la mano á Federico, le dixo: gracias á Dios el barco está en el puerto. Diabólicamente obstinado habeis estado amigo querido; pero ya veis que todo va bien. Mi amado Federico, dixo Alberto, abrazandole, este dia nos hace á todos felices. No teneis sino una falta, y esta es habernosla retardado tanto.

Mariana, durante estas felicitaciones, estaba sentada al lado de Madama Stanhope, no sin que Federico la viese, y la mirase de tiempo en tiempo lleno de cortedad, y sin atreverse á acercarse á ella; pero el Coronel le sacó de este embarazo, le cogió por la mano, y conduciendole hácia ella, dixo: mi querida Mariana, ¿no felicitareis vos á Mr.

San-Austyn por su venida? Entónces respondió ella un poco confusa: me alegro mucho Mr. San-Austyn de un suceso que causa tanto placer á las personas que mas quiero en el mundo. En ese caso, replicó el Coronel, dadle la mano en señal de amistad.

Mariana le presentó su mano, y Federico la recibió de rodillas, imprimiendo en ella un beso tierno y respetuoso. Aceptad, la dixo, este testimonio de mi arrepentimiento. Mi pasada conducta no os puede inspirar mas horror que el que á mí me causa, y conozco que jamas me debeis perdonar. Hace mucho tiempo, le dixo Mariana, que me esforzé á mirar lo pasado como un golpe de imprudencia, propio de vuestros pocos años, y tendré mucho gusto en veros colocado en el número de mis amigos. Acepto, dixo Federico, ese título sagrado



con el mayor reconocimiento , ya que he perdido el derecho de poder aspirar á mayores pretensiones. Mi querido Coronel , dixo entonces Madama Stanhope , que queria disipar lo penoso de esta escena , es menester que nos conteis vuestro viage ; todos estamos un poco conmovidos , y vuestra relacion nos explayará sin duda.

El Coronel satisfizo los deseos de aquella dama , y consiguió esta desterrar asi , hasta las sombras de la melancolía que tenian los que le escuchaban , excepto Federico. La noche estaba muy entrada , y los tres hombres se retiraron por lo mismo á Blackwood.

CAPÍTULO XVI.

Generosidad. Amante importuno.

Al otro dia temprano Madama Stanhope envió á buscar á San-Austyn , y le dixo la expusiese el verdadero estado de sus negocios , á fin de que ella pudiese hacer de modo que él entrase al punto en el goce de los bienes de su padre.

La corta renta que me reservé , respondió , ha sido suficiente para todas mis necesidades. Hoy me inspira la opulencia un cierto horror. La única persona por la qual podia desear ser rico , la perdí para siempre. Federico , le dixo la tia , el hombre que mas desconfia de sí mismo merece en mi concepto mas confianza que aquel que cuenta demasiado con sus fuerzas. Continúa

portandoos como ha un año lo haceis, que de mí tendreis todos los socorros de dinero que puedan seros útiles.

Federico no respondió. El reconocimiento y la vergüenza de haber desconocido tanto tiempo las bondades de una tia tan generosa, agitaban su alma, y le impedían el uso de las palabras.

Hablad, Federico, continuó Madama Stanhope; poneos en estado de que yo pueda servirlos de un modo eficaz. Yo sé que vuestros bienes estan empeñados. Si habeis contraido otras obligaciones decidmelo francamente. No tengo mas empeños, dixo, que aquellos de que acabo de quedar solvente. ¿No sabeis que el Coronel lo ha terminado todo? Lo que mas siento es que no puedo atraerle á cierta composicion que mi orgullo me hace parecer indispensable. Yo me encargo, dixo

Madama Stanhope, de hacerle entrar en razon. Esa delicadeza, que apruebo, no debe militar conmigo, y así quatro mil libras esterlinas me parecerán muy bien empleadas, si contribuyen á vuestra felicidad, No necesito deciros que mi caudal está enteramente á mi disposicion, y que Mr. Stanhope, que no dexó parientes, dispuso que todos sus bienes quedasen á favor de mi familia. No hareis mas que recibir adelantada una porcion de lo que tendreis algun dia. ¿Quiera el cielo, dixo Federico, que este caudal permanezca largo tiempo entre las manos de la que sabe hacer tan buen uso de él! La herencia de los mas quantiosos bienes no compensaria jamás la pérdida de una amiga como vos.

Mariana y Gertrudis vinieron muy presto á buscarles. La presencia de Federico hacia que la pri-

mera estuviese extraordinariamente seria. Gertrudis se afligia sin embargo de reflexonar que el tiempo iria acostumbrandolos á los desahogos de la confianza y la amistad.

El Coronel y Alberto, convidados á comer con las damas, no tardaron en llegar. Madama Stanhope les instruyó de las ofertas que habia hecho Mr. Vicente, relativas á Mis Southern, y del partido que habia tomado de escribirle, despues de haber marchado á Londres, para confiarle la historia desgraciada de aquella infeliz muchacha. El Coronel, que estimaba á Mr. Vicente, deseaba por la felicidad de Mis Betsey que esta declaracion no le hiciese mudar de resolucion; Madama Stanhope pensaba que no tardaria en responder, ó que él mismo traeria la respuesta.

Se propuso pasar á la pieza de la música, y todo el mundo fue á ella,

á excepcion de Madama Stanhope y el Coronel, que tenian que hablar de negocios. Federico quedó agradablemente sorprendido del progreso de su hermana, y la felicitó con alegría.

Un momento despues vinieron á decir á San-Austyn que su tia le llamaba; de suerte que Alberto hallandose solo con Gertrudis y Mariana, no perdió la ocasion de recordar una promesa que le habian hecho para la época del último viage.

Mi querida Gertrudis, la dixo, ¿me permitireis os acuerde un empeño que parece habeis olvidado? Vos habeis contraido una deuda de honor, y es menester pagarla. Yo adivino lo que es, dixo Mariana: insistid Alberto, que yo estoy de vuestra parte. Mariana, dixo Gertrudis, yo miro esto como una declaracion de guerra, y os lo advier-

to. No la queráis mal, replicó Alberto; yo rehusó su mediación, y solo fío en vuestra generosidad. Pensad que se ha pasado un mes desde nuestro viage á Yorkshire. No tengo derecho de reclamar..... Mariana no ha perdonado á mi hermana, le interrumpió Gertrudis. Esa no fue, dixo Alberto, una condición del tratado. Es cierto, dixo está; pero yo la quiero por preliminar absolutamente. ¿Que decis, Mariana, dixo Alberto á su hermana? Yo digo, respondió, que eso no debe tener relación conmigo; por otra parte yo he perdonado sin restricción á Mr. San-Austyn, y siento mucho no verle tan gustoso como debía estarlo, despues de haberse reconciliado con su familia. Ah, Mariana! exclamó Gertrudis, yo conozco alguno cuya sonrisa desvanecería en un momento toda la melancolía que le queda. Si habláis

por mí, dixo Mariana riendose, voy á ensayar mis atractivos. Yo os daré cuenta del efecto dentro de media hora. Diciendo esto salió rápidamente de la sala.

Montgomery, dixo entonces Gertrudis á Alberto, ¿no pensáis que ahora se puede confiar á Federico la felicidad de Mariana? Sí, yo lo creo, respondió este, porque la ama, y estoy cierto de ello. Pero vos que teneis la confianza de mi hermana, debeis saber si ella es sensible á su amor. A decir la verdad no lo sé, respondió Gertrudis; pero aunque lo supiera no creeria que debía decirselo á ninguno de los dos. En ese caso, dixo Alberto, suprimo mis preguntas, quando por otra parte tengo que hacerlas en causa propia; y aquellas me permitireis no las abandone. Y bien, mi querida Gertrudis, ¿no fixareis al fin el día que debe completar mis votos? Ah,

Montgomery! le respondió Gertrudis, sonrojandose, ¿por que me ins-
tais á tomar tan presto un empeño
irrevocable? Consultad vuestro co-
razon, la dixo Alberto; por mí
puedo responder, que mi amor está
hecho á prueba de todas las vicisi-
tudes humanas. Ya conoceis mi co-
razon, Alberto, le dixo Gertrudis.
Mi mayor deseo es el merecer vues-
tra estimacion; pero concededme un
poco tiempo para disponerme á to-
mar un estado, que me inspira tan-
to temor, como esperanzas. ¿Y vos
no concedereis nada á una pasion
tan ardiente como la mia, á una
pasion que es la constante ocupa-
cion de mi vida? Apénas os veo á
mi gusto; entónces os veré á cada
instante del dia; constantemente
junto á vos hallaré un poderoso
contraveneno contra los cuidados
que nos persiguen hasta en el seno
de la felicidad. Pensamientos, gus-

tos, placeres y sentimientos, to-
do será comun. Vuestra voz dulce
y sensible encantará mis oidos, y la
dicha de mi vida será asegurar la
vuestra. Cesad, cesad, os suplico...
dixo Gertrudis conmovida toda....
Yo no sé que deciros.... Yo haré lo
que disponga mi tia. Eso me basta,
mi amada amiga, la dixo Alberto.
No quiero prolongar vuestra inquie-
tud, y mudemos de conversacion. Mi
tio tiene el proyecto de mejorar
nuestra pobre choza de Escocia, y
añadirla dos ángulos mas. Yo espe-
ro que algun dia vendrá conmigo mi
querida Gertrudis á ver los lugares
donde pasé mi infancia, las monta-
ñas que tantas veces pisé, y donde
la naturaleza despliega una magni-
ficencia respetuosa y salvage. Vos
me contareis, dixo Gertrudis, to-
dos los sucesos de vuestro padre,
me hablareis de vuestra juventud,
de vuestra madre, y de sus virtu-

des, para que yo aprenda á imitarla. Montgomery la abrazó con enagenamiento.

La llegada de Madama Stanhope con el Coronel y Federico no permitió replicar á Montgomery. Esta dama habia por fin conseguido que Mr. O'Bryen aceptase el reembolso de la anticipacion que habia hecho á su sobrino.

Como! solitos, dixo el Coronel, al entrar! ¿Que habeis hecho de Mariana? Yo creí que os acompañaba, dixo Gertrudis. Yo no la he visto, dixo Madama Stanhope. Por respuesta á una reconvencion que la hizo Mis San-Austyn, dixo Alberto, se marchó riendo, y diciendo que iba á ensayar el efecto de sus atractivos sobre la melancolía de Federico; pero creo que nos ha faltado á la palabra. ¿Ha dicho eso verdaderamente, preguntó San-Austyn con cierta alteracion? Segu-

ramente lo ha dicho, le respondió Alberto; pero apuesto á que ha ido á pasearse al parque sin acordarse de tal cosa.

San-Austyn dudaba. No me atrevo, dixo... Aconsejo á mi sobrino no vaya allá, le interrumpió Madama Stanhope. Conviene dexar á Mis Montgomery sola consigo misma. Mi estimada amiga, dixo el Coronel, vos echariais á perder todas nuestras muchachas si os dexaran hacer. ¿Que mal hay en enviarla á decir con San-Austyn que el té está pronto? No pensais mas que eso, Coronel, le preguntó Madama Stanhope? No me preguntéis, Madama, porque no os prometo responder francamente. Querida tia, dixo Gertrudis, permitid solamente á Federico vaya á decirla que el té la espera. Yo no tengo nada que decir contra esa simple comision, respondió Madama Stanhope son-

riendose. San-Austyn parecia todavía irresoluto.

Pardiez! dixo el Coronel impaciente, los mozos del dia son tan cobardes como las liebres. Que Montgomery sea tímido, pase tambien, porque es un salvage fresco que acaba de salir de las montañas; pero vos San-Austyn! ; vos me asombrais por vida mia! Vamos, marchad pues: id á decirla que Madama Stanhope la espera.

Federico obedeció, aunque con alguna repugnancia. Apénas estuvo fuera de la sala Gertrudis se fue á él, y le dixo: San-Austyn, vos hallareis probablemente á Mariana en el conservatorio de plantas: decidla de mi parte que la suplico se venga; si no os cree, manifestadla este retrato, añadió, entregandole el de Mariana, que acababa de quitarse del cuello.

Armado con este talismán, voló

Federico, y en breve se halló inmediato al conservatorio, donde en efecto estaba Mariana. Esta cantaba acompañandose con el arpa. Aquel esperó que el romance se acabara, antes de atreverse á presentarse. Mariana al verle se turbó, y dixo levantandose: Mr. San-Austyn solo! Parece bien que vengais á echarme de mi retiro? Perdonad, Mis, la respondió Federico: yo no soy mas que un simple enviado. De quien? supongo que del Coronel. Sí, Mis, la dixo, del Coronel, de vuestro hermano, de Madama Stanhope y de Gertrudis. ;De Madama Stanhope y de Gertrudis, repitió Mariana con un ayre de incredulidad! Sí, la dixo Federico, de ellas mismas; y Gertrudis, temiendo no me creyeseis, me ha dado este retrato como garante de mi mision. Os doy, dixo Mariana entonces visiblemente conmovida.... No me

permitireis que os acompañe, ó espere, la interrumpió Federico? Gracias, le dixo: temeria haceros aguardar. Diciendo esto recogió sus papeles de música con un ayre tan turbado, que dos ó tres veces se la cayeron de las manos.

A propósito Mr. San-Austyn, dixo Mariana, vos os olvidais de darme mi retrato. ¡Darosle, Mis, respondió Federico, quando lo he recibido de Gertrudis! Os protesto que jamas me desprenderé de él. Yo he ofendido al original hasta el punto de no atreverme jamas á esperar perdon; pero este retrato no me abandonará jamas: es el retrato de la única muger que he amado, y que podré amar en mi vida, á pesar del desprecio, y del aborrecimiento que me tiene. Mr. San-Austyn, respondió Mariana, avergonzada, ¿por que estais imaginando siempre que os aborrezco? Por cier-

to que no me haceis justicia. Supuesto que teneis la bondad, dixo Federico, de darme esta seguridad, una palabra mas os pido; el reposo de mi vida depende de ella. Pues qué quereis, preguntó Mariana? Temo, la dixo, que mi presencia en este sitio os sea importuna: confesadlo francamente, que yo hallaré pretextos para huir y retirarme de nuevo á mi amada soledad. Sí, Mis Montgomery, yo volveré con una cierta alegría á la habitacion que fue vuestra; allí iré á pensar en vos, y soñar á lo menos en la dicha que mis extravíos me han prohibido esperar. ¿Es posible, le dixo Mariana, os haya ocurrido que vuestra presencia me importuna? Yo estoy muy satisfecha y contenta de que hayais vuelto al centro de vuestra familia. El hermano de Gertrudis no es una persona indiferente para mí. ¿No

os tengo ya dicho que he olvidado lo pasado? ¿No os he dado la mano en señal de reconciliación? Y ahora os la vuelvo á dar repitiendo las mismas seguridades.

Federico cogió la mano de Mariana, y cayó á sus pies casi desmayado. Seriamente asustada esta, volvió la cabeza hácia San-Austyn, y le dixo, vos me afligis Federico. Por vos, y por mí, os suplico os soseguéis. ¡Ah, Mis Montgomery, la dixo, un poco en sí, y bañándola en lágrimas la mano, perdonad esta emocion involuntaria! Mis remordimientos eran demasiado terribles para que la alegría que me causa mi perdon no sea excesiva. Me creereis ahora? le dixo Mariana. Estad seguro de que ya no existe mi resentimiento; era imposible que yo fuese enemiga de Mr. San-Austyn, á menos que él mismo no lo hubiera querido. Des-

de este dia, dixo Federico, empieza la época de mi reconciliacion conmigo mismo, supuesto que vos habeis aliviado mi corazon del grave peso que le oprimia. Ya que vuestras inquietudes estan desvanecidas, démonos prisa á volver á casa. Sobre todo tranquilizaos por no dar materia á las bufonadas de mi tio.

Diciendo esto salieron del conservatorio de plantas, y se encaminaron juntos hácia la casa, hablando familiarmente. Mr. San-Austyn, dixo Mariana, no sé si accederéis á la proposicion que voy á hacer; pero será servirme esencialmente el no negarse á ella. Entregadme el retrato que os ha dado Gertrudis.

Federico miró á Mariana afligido, sin manifestarse dispuesto á obedecerla. Pienso, dixo esta, que no lo dexareis de hacer, si os prometo volverosle á entregar antes de acabarse el dia. Os confesaré bue-

namente, que no es otro mi deseo que reir un poco con Gertrudis. Ella misma ha querido darme el chasco que yo la dí, y es menester que yo me divierta con su pequeña venganza. Cedo, Mis, dixo Federico; pero os suplico no olvidéis que os entrego lo que mas amo en este mundo. Diciendo esto sacó del pecho el retrato, lo llegó á los labios con ternura, y lo entregó á Mariana.

Entónces apresuraron el paso hácia la casa, y de allí á poco vieron á Gertrudis que les miraba desde la ventana, con el Coronel y Alberto.

CAPÍTULO XVII.

Amante acusado de locura. Presente doblemente precioso.

Mr. O'Bryen al ver que Federico y Mariana se acercaban dixo con un ayre risueño: pardiez! yo me felicito de haber enviado á San-Austyn; yo encuentro su fisonomía menos tétrica que antes. En quanto á Mariana, no sé que pensar; pero me parece que tiene un ayre triunfante y maligno que jamas se lo he visto. Yo no tengo mas que hacer, dixo Gertrudis, sino estarme quieta. He querido darla el chasco que ella me jugó, entregando su retrato á Federico: apuesto á que salgo cargada en costas. Yo os diré francamente, amiga, observó Madama Stanhope, que en esta ocasion habeis obrado con mas libertad

que os convenia. Me sería sin duda alguna muy agradable ver unido mi sobrino á Mis Montgomery ; pero no sufriré que importunen á esta, ni que traten de forzar su consentimiento. ¿No me jugó ella el mismo chasco, dixo Gertrudis? Bien está, la replicó su tia ; pero sabia ella que vuestro corazon no la desmentiria. Y si yo puedo formar la misma conjetura ¿que direis, la replicó Gertrudis, en el mismo tono?

Federico y Mariana que entraron en la sala, interrumpieron este diálogo. Mucho habeis tardado, dixo Mr. O'Bryen á Federico. No me parece justo hacer esperar á Madama Stanhope.

San-Austyn se ciñó á responder, que no habia hallado tan presto á Mis Montgomery. Tomaron el té, y la conversacion fue general. En un momento en que esta empezaba á desmayar, Gertrudis tomó la pala-

bra, y dirigiendose á su hermano, dixo :

Apropósito; yo os presté el retrato de Mariana. ¿Quereis tener la complacencia de devolvermele? Mr. San-Austyn ha tenido la bondad de darmele, dixo Mariana, sin dexar á Federico tiempo para responder. Como veo el caso que vos haceis de él, tendré cuidado de no volverle á exponer á semejantes aventuras. Vos os burlais sin duda, replicó Gertrudis ; bien segura estoy de que mi hermano no os lo habrá dado. Os equivocais, querida, la dixo Federico ; y es muy cierto que yo no le tengo. Mr. San-Austyn, dixo Mariana, tened la complacencia de no satisfacer su curiosidad. Basta que sepa no tendrá mas mi retrato, puesto que ha tenido por conveniente disponer de él. Y bien! Gertrudis, dixo Madama Stanhope, ya os hallais presa

en vuestras mismas redes. ¿Si vos teneis el retrato, lo que dudo mucho, dixo Montgomery, por qué no lo manifestais? Porque le tiene, respondió el Coronel. Yo la creia muy fina, pero no tanto que haya hecho hacer esa locura á San-Austyn. Si esa es locura, dixo Federico, ya está hecha. Como! le habeis dado realmente el retrato? preguntó el Coronel. San-Austyn respondió, baxando la cabeza.

Pardiez! dixo el Coronel; yo no creia que erais tan novicio y tan loco. ¿Pensais que vuestra hermana os le dió para que lo fueseis á entregar? Agradezco á mi hermana sus bondades, dixo Federico; pero no pude resistirme á las órdenes de Mis Montgomery. Resistirse á sus órdenes! repitió el Coronel. Pobre mozo! Admiro vuestra docilidad, amigo. Si os casais algun dia, y vuestra esposa quiere que la com-

pongais las medias y peyneis el doguito, presumo que la obedecereis, sin aguardar á que os lo diga dos veces.

Yo me prestaré sin duda á los deseos de mi muger, dixo Federico riendose, aunque convengo en que no tengo demasiada habilidad para complacerla hasta ese punto. Yo debo confesar, dixo Alberto, que mi tio tiene razon. Vamos claros Federico, vos no habeis correspondido á la esperanza de cada uno de nosotros en esta ocasion. Nadie os pide parecer, señor mio, le dixo Mariana. Acordaos de lo que me debisteis en una ocasion semejante, y sereis mas circunspecto en esta. Como lo ha dicho muy bien mi tio, vos volvisteis las espaldas en lo mas intrincado de la batalla, sin vergüenza de no alcanzar el premio de la victoria. Bravo, bravo, zángana! gritó el Co-

ronel, riendo á carcajadas: esta es una leccion bien merecida. Es menester convenir en que el señor hacia una triste figura, y que sin el retrato jamas habria podido apaciguarle. Era imposible, dixo Alberto, que el retrato de Mis San-Austyn produxese otro efecto. Yo conozco todo el precio de un regalo semejante, y tendré gran cuidado de no desasirme de él. Eso será bien hecho, dixo Mariana; y para probaros que yo tambien estimo mi retrato, quiero confiársele á alguno, que no dispondrá de él ligeramente, como persona que será su depositaria. Mi tio y Alberto tienen ya mi retrato en grande. Gertrudis ha perdido el derecho de tenerle. Mi amada Madama Stanhope tiene el original, que espero no se separará de ella: y así, continuó Mariana, con un ayre de conmocion, y encarnada como la grana, yo pien-

so que puedo dar este en cuestión á Mr. San-Austyn como una prenda de amistad, y un reconocimiento de la confianza que me ha manifestado poniendole á mi disposicion.

San-Austyn recibió el retrato, transportado, besó tiernamente la mano que se lo presentó, y salió de la sala por ocultar la emocion que no estaba en su mano.

Amada Madama Stanhope, dixo Mariana, sentandose en el sofá á su lado, decidme si he hecho mal. Yo no hallaba otro medio de probar á Mr. San-Austyn que le perdonaba; espero que ahora no lo dudará ya. Hija mia, la respondió Madama Stanhope, vuestro corazon os ha inspirado bien, y os doy gracias por mi querido Federico, pues espero que será digno del generoso perdon que le habeis concedido. Mariana, dixo Gertrudis, abrazandola tiernamente, es imposi-

CAPÍTULO XVIII.

Incomodidades de la vida de los solteros

Mr. Vicente volvió de Londres, y el Coronel le recibió tan bien, como aquel le habia recibido á él en las Indias.

Las desgracias de Mis Southern no habian disminuido en nada el interes que ella le habia inspirado, y asi estaba siempre dispuesto á ofrecerla su mano y su fortuna si ella queria aceptarlas.

Bien está, le dixo el Coronel, este es un negocio que debe arreglarse entre Mis Southern y vos; hablaremos á su amiga Mistris Moseley, y esta os proporcionará la ocasion de explicaros. ¿Pero que diablo os ha tentado, Vicente, para que penseis en casaros? ¿He de

quedar yo solo de soltero? Yo no pensaba, dixo Vicente, en mudar de estado, antes de haber visto á Mis Southern; pero si ella no se niega á mis deseos, no me pesará renunciar la vida de soltero. Os apruebo la idea, amigo mio, le dixo el Coronel: esta vida es insoporable, y lo he experimentado á mi costa. Antes de haber encontrado á Alberto, estaba melancólico y obscuro como un tambor enlutado. Vivir solo, comer solo, beber solo, é irse á la cama solo, un hombre que gusta de la sociedad, es una situacion bien triste. Vos sois un partidario tan zeloso del matrimonio, Coronel, le dixo Mr. Vicente, que no extrañaria el veros algun dia alistado baxo sus banderas. Como! dixo el Coronel, á los sesenta y quatro años! No, no, Vicente; al abrigo estoy de semejante locura, teniendo un sobrino y una sobrina

á quienes miro como hijos. Por otra parte, nada conozco en el mundo mas rídículo que un par de caducos que se casan, quando debian pensar en rezar y encomendarse á Dios.

Mistris Mosely y Madama Stanhope protegieron los votos de Mr. Vicente; y Mis Southern, cuyo consentimiento no estaba detenido sino por la vergüenza de lo pasado, le dió al fin. Como el barco que debia llevarle á Indias estaba pronto á dar la vela, las formalidades se abreviaron, y el casamiento se efectuó en presencia de las dos familias. Gertrudis, con parecer de su tia, regaló á Betsey cinquenta libras esterlinas. Mariana la dió otro tanto por órden del Coronel; y estos presentes con los que añadió Madama Stanhope la compusieron una dote que podia satisfacer á un hombre mas interesado que lo era Mr. Vicente.

Seis días despues del casamiento fue preciso partir. La separacion fue dolorosa, sobre todo á Betsey y á Mistris Mosely. Pero Mr. Vicente templó lo amargo de la despedida, prometiendo traer su muger á Inglaterra en todo el año siguiente.

Madama Stanhope, instada por Montgomery, habia fixado á la época de un mes su union con Gertrudis. En este intervalo Mr. Vicente y Betsey Southern se habian casado, y Federico habia hecho algun progreso con Mariana, sin haber no obstante atrevídose á solicitar una declaracion positiva.

Quatro dias despues de la partida de Mr. Vicente, la detencion fixada por Madama Stanhope espiró. Montgomery, transportado de alegría, andaba ligero como el viento, miéntras que Gertrudis tenia un ayre reservado y tímido contra su costumbre. Ella hubiera querido

que el casamiento se hiciése de secreto; lo que no era del gusto de Mr. O'Bryen.

Como! decia este: ¡el mas bello dia de mi vida, el dia que me da una preciosa sobrina, queriais que yo estuviese escondido, como si tuviera que avergonzarme de lo que iba á suceder! No, no será asi, amiguita. Si dependiera de mí no habria en aquel dia ni un corazon afligido en los tres reynos.

Para conciliarlo todo propuso Madama Stanhope á Mr. O'Bryen dar á todos sus vasallos una fiesta campestre, segun él mismo lo deseaba, con tal que su sociedad particular fuese la misma; cuyo proyecto agradó igualmente al Coronel y á Gertrudis.

CAPÍTULO XIX

La accion mas seria de la vida.

El dia por tanto tiempo deseado llegó al fin. Montgomery, acompañado del Coronel y de Federico, fueron temprano á casa de Madama Stanhope, que salió prontamente á recibirles, con Mariana, y Gertrudis, que estaba temblando.

Por mas que he hecho para animar á esta criatura, dixo Madama Stanhope, no he podido conseguirlo. Espero, Mr. Montgomery, que vos sereis mas dichoso que yo.

Este se sentó al lado de Miss San-Austyn, y con melosas chanzas y atenciones delicadas consiguió tranquilizarla mucho; y presto la llegada de los coches anunció que los esperaban en la Iglesia.

Ahora es, querida mia, la dixo Alberto en voz baxa, quando debeis esforzaros, no sea que piensen que Montgomery no está tan bien en vuestro corazon como él discurre estarlo. Si me amais, Gertrudis, ¿á que viene esa desconfianza? ¿Este dia, que es el mas feliz de mi vida, será diferente para vos? Pensais mal de mí, respondió Mis San-Austyn; mi corazon toma mucha parte en vuestra satisfaccion.... Pero Montgomery, la memoria de lo pasado me importuna. Os prevengo, Gertrudis, dixo Alberto, que si os obstinais en acordaros de lo que todo el mundo ha olvidado ya, seré para vos un tirano inexorable. En mi corazon no ha quedado mas lugar que para el amor y para vos. Vamos, Alberto, dixo el Coronel: vos no advertis que el tiempo se pasa. ¡Hacer esperar á un ministro del santo Evangelio! Yo creia

que tuvieseis mas religion.

Mr. O'Bryen dió la mano á Madama Stanhope, Montgomery á Gertrudis, y Mariana dió la suya á Federico. Las damas con Alberto subieron al coche de Madama Stanhope, y el Coronel á su cabriolé con Federico.

A su llegada á la Iglesia observó Alberto con gusto que Gertrudis estaba mas placentera, por lo que la dió gracias en voz baxa. Montgomery, le dixo ella, yo voy á contraer un empeño aprobado por mis amigos, por mi conciencia, y por el cielo mismo, supuesto que él me une á un hombre virtuoso. Mis temores han desaparecido; y no temo dar mi mano á quien tiene ya mi corazon.

Las ceremonias empezaron al instante, y Gertrudis pronunció con voz entera el juramento que la unia á Montgomery. A su vuelta á casa

de Madama Stanhope, Alberto abrazó tiernamente á su esposa, dandola gracias por el honor que le habia hecho. El Coronel y Federico la abrazaron á su turno, y el primero se volvió hácia su sobrina, la imprimió un beso sonoro en cada mejilla, y dixo á Federico hiciese otro tanto: vamos, no tengais miedo, le añadió, viendo que titubeaba: no temais que os muerda.

San-Austyn se adelantó con ayre tímido, y obedeció al Coronel; de lo que Mariana sin querer se puso excesivamente encarnada.

Segun lo habia propuesto, y lo deseaba Mr. O'Bryen, fueron todos á Blackwood. Todos los arrendadores de este, y todos los habitantes del lugar, sin distincion, estaban alli juntos, é hicieron conocer su alegría viendo á los nuevos esposos. Despues de una comida abundante, hubo bayle que se pro-

longó hasta bien entrada la noche. El Coronel en medio de aquellos buenos labradores, apretando la mano al uno, sonriendose con el otro, y hablando con todos familiarmente, parecia un buen padre en medio de sus hijos. Les presentó á Madama Stanhope y á sus dos sobrinas; y aquellas buenas gentes las colmaron de bendiciones.

Madama Stanhope y Mariana permanecieron varios dias en Blackwood con Gertrudis; Federico continuó viviendo alli, y fue un testigo ocular del matrimonio mas feliz del mundo.

Con acuerdo de su tio, Montgomery habia asegurado á Mistris Mosely una pension vitalicia de cien libras esterlinas, con la eleccion de vivir en Blackwood, ó de ocupar una pequeña habitacion en las inmediaciones de su casa; pero ella prefirió conti-

nuar sirviendoles como antes.

Entre los cumplidos que recibieron los nuevos esposos con motivo de su casamiento advirtieron el de Eduardo Montgomery, que felicitandoles, les decia que no se tomaria la libertad de visitarlos antes del año venidero, visto que él queria evitar la presencia de su prima Mariana, hasta que hubiese él perdido toda esperanza de interesarla á favor suyo: lo que debia verificarse si la instruian bien.

Madama Stanhope estaba ausente quando Alberto leyó esta carta en presencia de las dos familias reunidas.

Qué quiere decir esto? preguntó Mariana. Bien claro le he hablado para que jamas cuente conmigo. Qué mas espera? El quiere segun presumo, dixo el Coronel, saber si os casais. Si ha querido saber eso, dixo Mariana, no quedará mejor

informado que yo lo estoy. Yo juzgo no obstante, replicó el Coronel, que no pensais ser siempre rigurosa con el pobre Federico que está sin sombra. En verdad mi corazon sufre mucho por él el dia que se casó Alberto. El infeliz suspiraba tan fuerte, que temí no perturbase la sagrada ceremonia. Por mí, dixo Mariana riendo, yo no oi nada de eso, aunque estaba á su lado. Oh! repuso el Coronel, yo sé muy bien que no hay peor sordo que el que no quiere oir; pero tambien sé que tú eres una buena muchacha, y que no mentirás con propósito deliberado: ¿crees tú que San-Austyn te estima? Por Dios, Coronel, dixo Federico, no hagais preguntas importunas á Mis Montgomery, ella conoce mi corazon, y.... Pardiez! amigo, ¿quien os pide parecer? le dixo el Coronel. Yo tengo derecho, segun pienso, para preguntar á mi

sobrina. La vanidad nos hace á veces, dixo Mariana, formar juicios falsos. En este caso yo misma me recuso. El Coronel la miró, y dixo:

¡Una muchacha de veinte años, que no sabe si un joven la ama! Véase ahí un fenómeno que me aturde. Afuera burlas, Mariana, tú debes estar contenta y satisfecha de la conducta de Federico. A pesar de todas tus maulas, vivo seguro de que no te desagrada, porque á perro viejo no hay tus, tus. Eh! ¿no podiais decirle de una vez lo que tiene y puede esperar? En verdad, querido tío, dixo Mariana, que eso es sacarme de mis casillas. Mi generoso amigo, dixo Federico, mudemos de conversacion por quien sois. Yo conozco todo el precio de vuestras bondades, pero no puedo sufrir que aflijan á Mis Montgomery. Ella me ha perdonado; y no quisiera

volver á exponerme á la desgracia de desagradarla. Mariana es demasiado justa, dixo Mistris Montgomery, para castigar á mi hermano por las instancias de Mr. O'Bryen: el corazon de Federico la es conocido; el momento llegará en que ella no le oculte ya sus sentimientos.

No conozco muchacha que con mas gracia que Mariana haga una buena accion, dixo Alberto, riendose. Apuesto á que da uno de estos dias á Federico una muestra de lo que sabe hacer, que le dexa sorprendido. Si volveis á cogermme aqui, replicó Mariana, sin Madama Stanhope, os permito me atormenteis á vuestro gusto. Delante de ella no os atreveriais á sitiarme como lo haceis. Bien sabemos, dixo el Coronel, que ella te echa á perder: pero vamos, sé buena muchacha, y por amistad di á Mr. San-Austyn que tenga

esperanza. Para que lo resuelvas te se dexa todo el tiempo que tú quieras. Hacedlo por mí, hermana, dixo Gertrudis abrazandolos, tambien por mí, Mariana, añadió Alberto con un tono afectuoso.

San-Austyn se echó á sus pies. Nada tengo que pedir, dixo, sino vuestra compasion. Pronunciad pues mi sentencia: sea la que fuere yo me someteré á ella sin quejarme de vos. Jamas muger alguna se ha visto tan apurada como yo, dixo Mariana. Es cierto que no tengo ninguna objecion que hacer á Mr. San-Austyn.... Dexemos enagenamientos amigo.... Alberto me dixo un dia que mi tio queria haceros tener junto á mí el noviciado de Jacob junto á Raquel. Si teneis valor para ello, yo lo consiento de corazon. La prueba es larga, dixo Federico; pero si la juzgais indispensable pasaré por ella, y no

creeré haber comprado cara mi felicidad.

Desde este momento San-Austyn fue recibido como amante y pretendiente declarado; pero Mariana, y Madama Stanhope misma, que no estaba disgustada de ello, y aun queria asegurarse mas y mas de la virtud de su sobrino, no manifestaban gran priesa en fixar la época que debia coronar sus deseos.

CAPÍTULO XX.

*Fin de una vida libertina. Felicidad.
que es el fruto de la virtud.*

Cerca de quatro meses despues de su casamiento Montgomery recibió una visita del capitán Watson. Este oficial contó á la pequeña sociedad la muerte de Berners. Despues de haberse separado este de su muger, pasó á Lisboa; allí formó un enredo con la esposa de un rico negociante, de la qual recibia frecuentemente sumas considerables. El marido, receloso ya, los hizo espiar. La intriga se descubrió, la dama fue á un convento, y á Berners le asesinaron, sin que jamas se supiese quienes habian sido los asesinos, á pesar de las diligencias mas activas practicadas al efec-

to por el embaxador de Inglaterra en aquella corte.

Madama Montgomery no estaba presente quando el capitán Watson contó esta anécdota. Alberto se lo dixo con todas las precauciones necesarias para no exponerla á una conmocion peligrosa.

El capitán Watson permaneció dos meses en el seno de aquella dichosa familia. Como Federico deseaba pasar á Yorkshire, y todo el mundo queria acompañarle, fueron juntos con el Capitán hasta Londres. Allí se separaron, prometiendo recíprocamente verse de tiempo en tiempo.

La llegada de la familia á Yorkshire fue un dia de fiesta para todo el canton. Madama Stanhope y el Coronel determinaron, así como Montgomery, pasar allí una parte de la primavera.

A mediado de Junio el tiempo

estaba hermoso. Federico manifestó la intencion que tenia de ir á visitar lo que él llamaba su desierto de Strathnavern, y todo el mundo quiso seguirle.

Despues de un viage muy agradable llegaron á Melnes, y de allí se dirigieron al desierto. El aspecto salvage del pais sorprendió á Madama Stanhope y á Gertrudis, causandolas tristeza y terror; pero mejorandose la vista de aquel lugar á medida que se iban adelantando, esta sorpresa se desvaneció enteramente, sobre todo quando vieron la casa, cuya perspectiva ofrecia un golpe de vista el mas interesante. Pero ¿qual fue el asombro del Coronel, de Alberto y de Mariana, quando observaron que los edificios se hallaban hermoseados y aumentados en mas de la mitad?

Qué significa esto? exclamó Mr. O'Bryen. Yo creo que los encanta-

dores han adivinado mis ideas, y se han dado priesa á realizarlas. Ah! Federico, dixo Alberto, todo esto es obra vuestra. Ya no me sorprende vuestra obstinacion en permanecer aqui. Con maestros tan hábiles, respondió San Austyn, es imposible ser jamas inepto. Pardiez! repuso el Coronel, esto es aprovecharse admirablemente de mis lecciones. Bravo, amigo mio, ya veo que sois un mozo segun mi corazon. Querido tio, dixo Montgomery, las mejoras son tan considerables que han debido arrastrar á San-Austyn á enormes gastos. Y bien! sea. San-Austyn es mozo; y tiene dinero ademas para contentár sus caprichos; y vos, sobrino mio, no seriais digno de hacer bien, si no supieseis recibir nada de vuestros amigos. Yo lo acepto todo, dixo, como una prenda de la amistad que nos une. Esta casa me será mas

agradable, supuesto que tendremos la facilidad de vivir en ella todos juntos. Aunque yo no haya aplaudido siempre las mañas del Coronel, dixo Madama Stanhope, confieso que este rasgo de imitacion, por parte de su pupilo, me encanta.

Gertrudis le dió gracias con la mayor expresion; pero una mirada de Mariana, que no hablaba palabra, fue su mas dulce recompensa.

La buena Bárbara muy compuesta y acicalada salió á recibirles. La presencia de San-Austyn la causó tanto gusto como la de Mariana y Alberto. Al entrar en la casa todo lo hallaron en orden, los criados necesarios para servirles, y los nuevos quartos puestos con el mayor gusto.

San-Austyn, dixo Montgomery, decidme como os habeis compuesto para hacer fabricar en tan poco

tiempo aumentos tan considerables, pues no habeis dexado un dia siquiera á Blackwood. Todo esto, como lo dice el Coronel, parece se ha hecho por ensalmo. Ved aqui mi secreto. Estas mejoras y mudanzas se comenzaron casi al mismo tiempo que entré á poseer mis bienes. Vos sabeis que durante estos seis últimos meses no he tenido ningun gasto que hacer, y asi he empleado mis rentas en estas obras. Pero lo que ignorais es que todo esto se ha hecho segun vuestras órdenes. El criado que yo tenia mientras mi residencia aqui, me ha servido de agente; y el arquitecto que empleé en los reparos de Yorkshire, ha dirigido el trabajo. Yo no he tenido otro mérito que el de habérosle recomendado. Excelente pasada! dixo el Coronel, apretando la mano á Federico, y añadiendo: yo mismo no habria hecho mas. Yo

ereo, que no os ceñireis á darnos solamente una buena posada, y que la cena no quitará lo demas. Bárbara avisada de que debiamos venir, dixo Federico, habrá hecho milagros, y asi espero no nos falte nada.

Seis semanas enteras se pasaron, como un dia, en aquella hermosa habitacion. Todos los pobres de los alrededores conocieron la influencia de la mansion en ella de sus dueños: asi quando se anunció su partida la desolacion fue general. Como se acordaban de la excomunion fulminada contra la familia de los Montgomery, la parroquia se sublevó; á pesar de los esfuerzos de Alberto y de su tio: el ministro, despues de alguna resistencia, cuyas resultas conoció que podian tener malas consequencias, levantó la excomunion, y bendixo á los maldecidos en otro tiempo.

Federico no habia perdido tiempo con Mariana, mas dispuesta á enter necerse en los lugares que la acordaban su infancia, y unos padres cuya memoria la era tan grata: asi resistió débilmente á las instancias de San-Austyn, y acabó por último, prometiendole que sería suya luego que volvieran á Dorsetshire.

En efecto, el casamiento se verificó ocho dias despues de su llegada á casa de Madama Stanhope; y esta pareja compitió en felicidad con la que formaron Alberto y Gertrudis. Todavía fue preciso en esta ocasion conformarse con el gusto del Coronel, que dió una fiesta esplendida á sus vasallos. La boda se celebró entre la familia, sin convidar á ningun extraño. Al acabarse la comida, que fue muy agradable, Mr. O'Bryen, mirando atentamente á sus dos sobrinos, les dixo riendose

Por fin os he conducido al puerto: es menester convenir en que he maniobrado regularmente. Mas de una vez he perdido la paciencia, y segun mi parecer, señores, vosotros sois mas felices que sabios. Es preciso que yo os cante, á mi modo, una antigua cancion sobre dos bravos de vuestra estofa, amorosos, tímidos y desmayados como vosotros: yo ignoro si acabaron por cansar á sus deidades, ó si ellas encontraron á estos Ganimedes de su gusto; porque la cancion no dice nada de esto..... Os reis? Como os agrade, sobrinos. Hay historias que se parecen: si esta es poco mas ó menos la vuestra, podeis disimularme algo de malicia; eso no cuesta nada siendo dichosos. Tio, dixo Mariana, levantandose, voy á acompañaros con el piano. No, no, dixo el Coronel, yo te dispenso de ese trabajo. El acompañamiento me haria

perder el compas. Mi voz de Sibila y el piano harian un mal casamiento ó mal maridage que es lo mismo. Yo quiero andar suelto, y cayga el que cayga. Allá voy, amigos, y tened paciencia.

Sin que os ofendais, señores,
Voy á decir la verdad:
Á uno la prudencia apruebo,
Y á otro la docilidad.

La crítica nada dice
Sobre vuestra heroycidad;
Pero si el amor os pica,
Sois dos bobos y no mas.

Su inhumana huyendo el uno,
Va á un desierto á suspirar;
Junto á la suya gimiendo
Pretende el otro admirar.

¿Que diriais al hombre astuto
Que despreciando *pues, ya,*
Os diera á este tiempo el chasco
De llevaros la deidad?

Compadezco á vuestras bellas
Por vuestra formalidad;
Muchas prudentes he visto,
Mas tan sufridas jamas.

Por querer agradar mucho

Las llegais á fastidiar;

En el amor, y en la guerra

Va mejor quien anda mas.

Si vuestra historia escribis

No os alargueis por piedad,

Porque tal vez lo que os guste

Nos puede desagradar.

Todas esas boberías

De amores abandonad,

Que en toda novela se hallan,

Y nadie las lee ya.



ERRATAS.

TOMO I.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
43...	18...	enteramente..	atentamente.
57...	20...	pasó	paró.
61...	23...	arrastran	embargan.
123...	10...	honrad-ma- nifestad ..}	honrar, mani- festar.

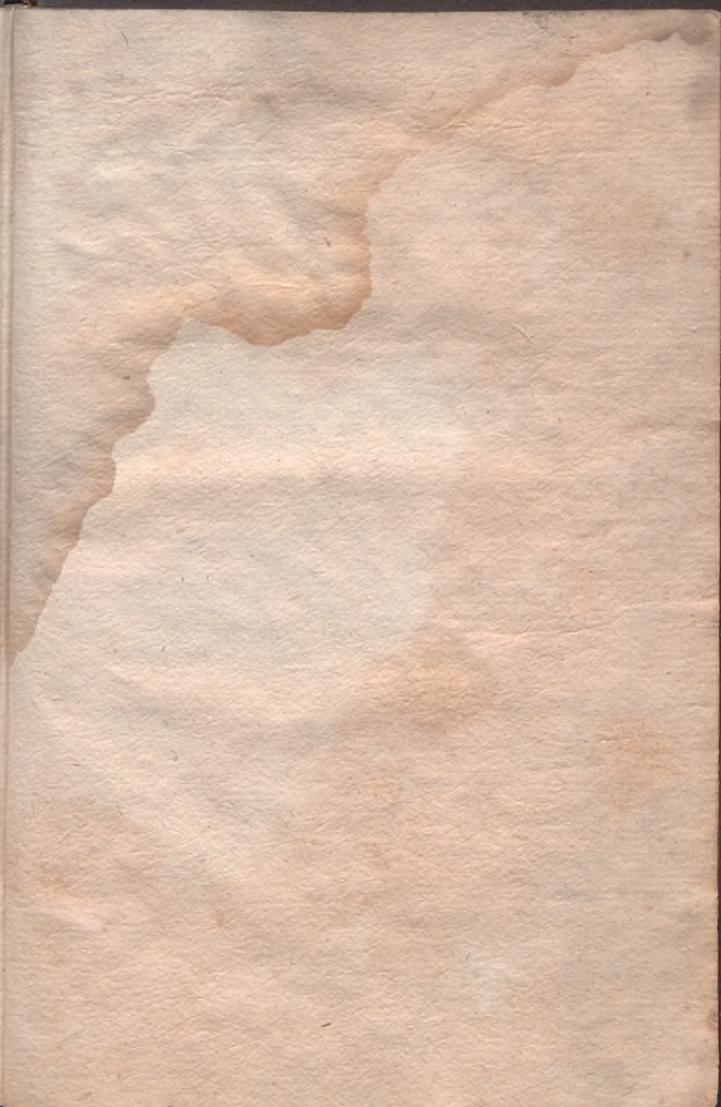
TOMO II.

35...	21...	muerta?	muerta!
79...	9...	diferencia	deferencia.
117...	18...	juzgado	jugado.
120...	4...	deliriais	delirais.
283...	17...	Monton	Mórton.
301...	7...	de no venir ...	á venir.
322...	18...	ha que	que.
338...	8...	fue	ful.
341...	10...	parecia	pareciese.
343...	6...	ausencia	anuencia.

TOMO III.

64...	14...	respüeta	respuesta.
81...	8...	declaré	declaró.
196...	16...	manifestado ..	manifestado.
216...	7...	hermana	hermano.

Faint, illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side. The text is arranged in several paragraphs and is mostly obscured by the paper's texture and some staining.





BIBLIOTECA NACIONAL



1001211557